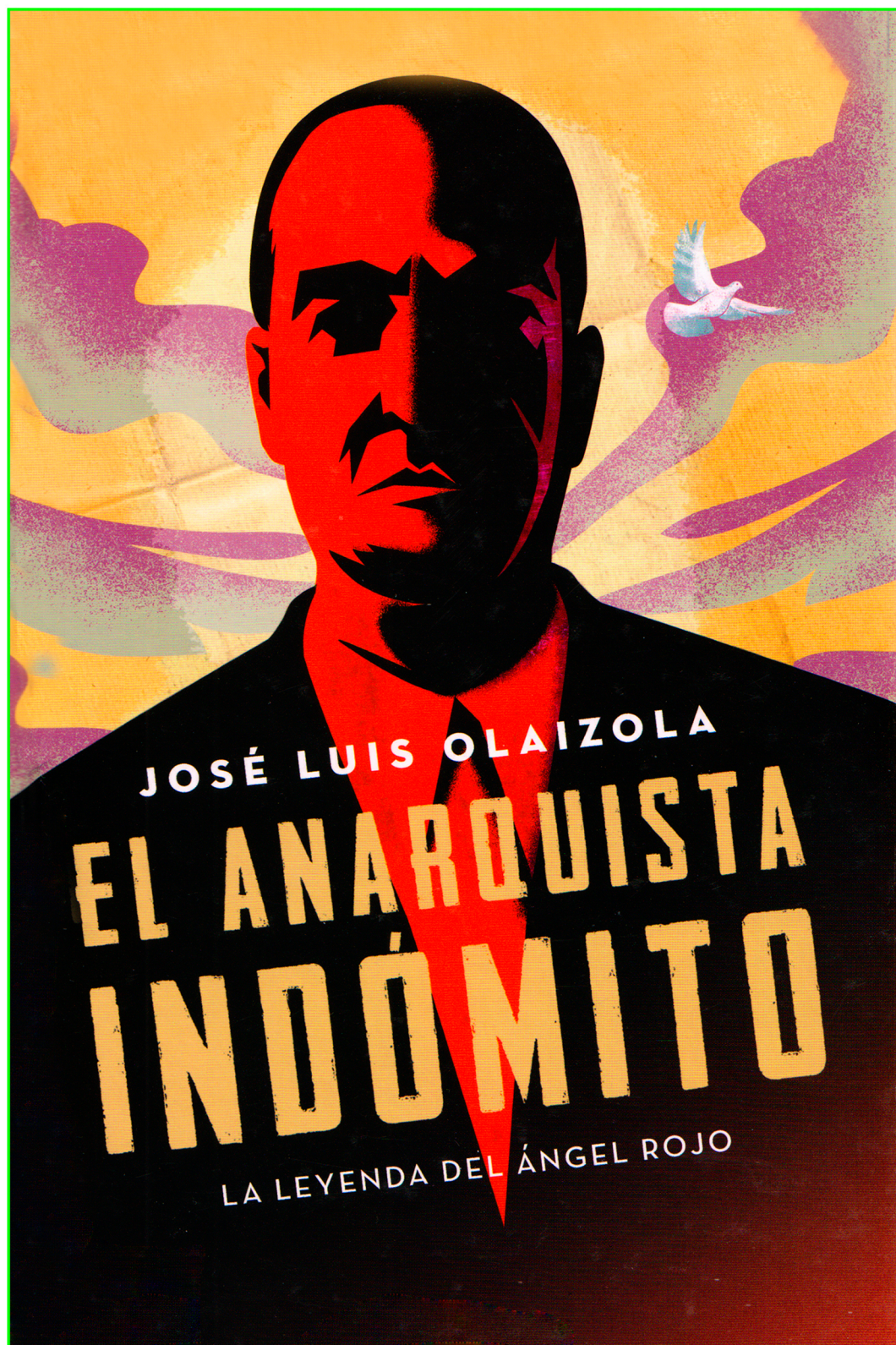




JOSÉ LUIS OLAIZOLA

EL ANARQUISTA INDÓMITO

LA LEYENDA DEL ÁNGEL ROJO

Al anarquista Melchor Rodríguez (1893-1972) se le conoce con el apodo de “el ángel rojo” por haber salvado miles de vidas de opositores políticos durante la Guerra Civil española.

Como Director General de Prisiones, Melchor Rodríguez se opuso a riesgo de perder su vida, a los asesinatos de presos políticos que tanto Santiago Carrillo como José Cazorla, ambos del PCE, procuraban con el fin de exterminar a la llamada “quinta columna”.

Miles de personas se salvaron de los fusilamientos nocturnos en Paracuellos del Jarama y en el cementerio de Aravaca gracias a la valentía de “el ángel rojo”.

Personalidades como Raimundo Fernández Cuesta, Agustín Muñoz Grandes, Bobby Deglané, Ramón Serrano Súñer o Rafael Sánchez Mazas así lo testificaron tras terminar la contienda.

José Luis Olaizola

EL ANARQUISTA INDÓMITO

Le leyenda del Ángel Rojo

Cubierta: Opalworks

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A Marisa, mi pareja sentimental de toda la vida.



Melchor Rodríguez

CONTENIDO

Aclaración

- I. Melchor Rodríguez natural de Triana, Sevilla
- II. Melchor, huérfano de padre
- III. Melchor, aprendiz de torero
- IV. Melchor se inicia como maletilla
- V. Los amores de Melchor
- VI. Melchor, militante anarquista
- VII. El pacto de San Sebastián, preludio de la II República
- VIII. Participación de Melchor en la Sublevación de Jaca
- IX. Melchor expulsado de la FAI
- X. La checa del palacio de Viana
- XI. Paracuellos del Jarama
- XII. Melchor Rodríguez, Inspector Especial de Prisiones
- XIII. Melchor y la supresión de las checas de Madrid
- XIV. Melchor se juega la vida en la cárcel de Alcalá de Henares
- XV. Consejero del Ayuntamiento de Madrid
- XVI. Alcalde de Madrid. Entrega de la ciudad a los nacionales

Epílogo

Acerca del autor

ACLARACIÓN

El autor de este libro ganó el Premio Planeta en 1983 con su novela *La guerra del general Escobar* en la que dedica un capítulo a la figura de Melchor Rodríguez, el ángel rojo, muy laudatorio de su persona.

Dieciocho años después, en el 2001, editó otra novela *El amante vicario* en la que vuelve a dedicar otro capítulo al mismo personaje en iguales términos laudatorios. Con lo que queda clara su estima por la figura de Melchor Rodríguez.

De ahí su alegría cuando se presenta en su domicilio el editor Alex Rosal, de LibrosLibres, y le propone escribir una novela sobre el citado ángel rojo, que no duda en aceptar ya que se le presenta la posibilidad de relatar por extenso la vida de un personaje tan querido por él.

El autor aclara que para la composición de esta novela, que comprende solo determinados aspectos de la vida de Melchor Rodríguez, se ha valido de todos los recursos literarios propios del género, incluso creando personajes de ficción para apuntalar el relato, pero respetando siempre el marco histórico.

A tal fin ha manejado una extensa bibliografía entre la que

destaca la excelente biografía de Alfonso Domingo, titulada *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez*, de la editorial Almuzara. En caso de duda el autor se ha atendido a los datos contenidos en ella.

I. MELCHOR RODRÍGUEZ, NATURAL DE TRIANA, SEVILLA

Melchor Rodríguez García, nació en el barrio de Triana, de Sevilla, el 30 de mayo de 1893. Por su trayectoria juvenil nada hacía suponer que acabaría siendo conocido como El Ángel Rojo por su destacada actuación en la Guerra Civil española de 1936/1939, ni cuanto menos que alcanzaría puestos de relevancia en el movimiento anarquista español.

Su padre, Isidoro Rodríguez, era marcadamente militarista ya que participó como soldado de reemplazo en la primera expedición española que tomó posesión de las islas Chafarinas, en Marruecos, hacia la primera mitad del siglo XIX; eran unos islotes que pese a su pobreza –carecían de agua potable– se consideraban de un gran valor estratégico, por ser el único puerto abrigado de los vientos del primer cuadrante norte. Isidoro tuvo una actuación destacada en aquella operación, ya que fue mencionado en la Orden del Día; al poco, cuando tomó parte en la conquista del Wad Ras, fue ascendido a cabo, y unos meses después a cabo primero. Se retiró licenciado a la península y siempre se sintió muy orgulloso de su condición de africanista. En Marruecos había servido a las órdenes de un joven teniente, Mola, por el que mostraba gran admiración, y que pasados los años se convertiría en el famoso general Mola, artífice de la sublevación militar de julio de 1936, a la que se opondría Melchor con alma y vida.

Cuando regresó a Sevilla con una medalla militar y con un ligera cojera consecuencia de una esquirla de metralla, se puso a trabajar en una modesta empresa que había montado su padre, pero que la hubo de cerrar por falta de resultados. Llegó a pensar en regresar a Marruecos que lo tenía por Eldorado para la gente emprendedora como él, pero ya se había desposado con María García, una atractiva joven de 19 años que se encontraba en estado de Melchor, su primer hijo, y entendieron que era mejor dar a luz en Sevilla que en un país prometedor, pero más atrasado a la sazón.

En Sevilla reverdeció su gran pasión por el mundo del toro. En Marruecos había coincidido con otro soldado, sevillano como él, Manuel Fernández, con el que había hecho gran amistad, tanto por razón de paisanaje, como por estar muy vinculado al toro ya que pertenecía a una familia que, desde generaciones, servía en la ganadería de los marqueses de Almonte, que tenían sus dehesas en la denominada Ruta del toro, que discurre entre Sevilla y Algeciras.

En Marruecos echaban en falta el que no hubiera corridas, aunque lo comprendían ya que consideraban que el moro no tenía cultura para entender ese arte. Siempre hablaban del toreo con gran reverencia.

Cuando Manuel Fernández regresó a Sevilla se puso a trabajar en la ganadería almonteña y al cumplir los treinta años fue ascendido a la categoría de mayoral, la máxima que había alcanzado ningún miembro de su familia.

Fueron años de gran felicidad para Isidoro ya que su amigo

Manuel Fernández le invitaba con frecuencia a visitar la dehesa, y llegó a participar en las tientas, siendo uno de los que con su capote encelaban a los toros bravos. En una de las tientas un hijo del marqués, que a la sazón lo era don Romualdo Hernández de Pastrana, le dijo:

–No se da usted mala maña con el capote, Isidoro.

Isidoro agradeció el cumplido y le dijo que había llegado a soñar en hacerse torero, pero cuando estaba en sazón para ello se cruzó el servicio a la patria y la patria estaba por encima de todo. Al hijo del marqués, que se llamaba Romualdo como su padre, le pareció muy bien, pero le dijo que dadas sus disposiciones podía encontrar trabajo en su ganadería.

–Eso, claro está, si no está contento con el trabajo que tiene ahora, que creo que es en el puerto ¿no?

–Contento estoy, don Romualdo, pero me va menos que lo de andar enredando con el toro.

Su amigo, Manuel Fernández, también le animó; puede que ganara algo menos, pero no siempre, porque cuando llegaba la época de las corridas, y les salía una buena solían tener sus primas. Y en cuanto a salubridad no se podía comparar moverse entre vagones de carbón, a disfrutar de los aires del campo.

Pero la gran oposición le vino por parte de su mujer de la que estaba muy enamorado y le había dado otros dos hijos, Rosario y José, y confiaba que le daría más.

–¡Tú estás loco –le reprochó– a estas alturas y con tres hijos meterte a torero! ¡A quién se le ocurre!

Isidoro, pacientemente, le aclaró que no se trataba de hacerse torero, sino de trabajar en una ganadería, a lo que María le replicaba que en una ganadería siempre corría el peligro de que le dieran una cornada y... ¿qué iba a ser de ellos si la dejaba viuda y con tres hijos?

Paradojas de la vida. Isidoro, por complacer a su mujer, renunció a trabajar en la ganadería de los Almontes y siete años después falleció de la manera más impensada; mientras dirigía una operación de descarga de carbón, una de las vagonetas se desprendió de la vía, con tan mala fortuna, que cayó sobre su persona falleciendo en el acto.

Isidoro, como es natural, no sabía que iba a morir en la flor de la vida, y disfrutó mucho los últimos años de su existencia. Su trabajo en el puerto era muy cómodo, ya que su calificación de capataz de carga y descarga, le correspondía disponer lo que debían de hacer otros, para lo que se daba buena maña recordando sus tiempos de cabo primero en los que tenía que mandar a una tropa más levantisca que la de los cargadores del puerto que con su trabajo se jugaban el jornal. Daba órdenes, pero él no tenía que hacer ningún esfuerzo físico, algo muy apreciado en su clase social. Cuando tenía que tener encuentros con los jefes del puerto, para recibir instrucciones, se vestía de corbata y se sentía muy señor.

Durante esos años su amistad con Manuel Fernández y con el hijo del marqués, fue creciendo, hasta convertirse en una

desmesura que se la acabó contagiando a su hijo Melchor, sobre todo a partir de que cumplió los siete años, la edad de la razón, y era de razón que se asomara a un mundo que le estaba vedado a la mayoría de los mortales, pero no a su hijo.

Se desplazaba todos los domingos a la dehesa de los Almontes, y acabó siendo uno más de la cuadrilla. Llegó a conocer al mismo marqués, y tuvo la satisfacción de oírle decir que ya había oído hablar de él. ¿Bien o mal? señor marqués, se atrevió a preguntarle. Y el marqués le respondió con una sonrisa afable.

Los domingos de primavera era cuando solían tener lugar las tientas, en las que tomaba parte Isidoro, y a su término se servían unos tacos de jamón y queso acompañados de vino de Montilla.

En estos eventos Isidoro se mostraba muy respetuoso y agradecido a la deferencia, y luego se lo contaba con mucha satisfacción a su esposa María, que se sentía muy orgullosa de que su marido departiera con gente tan importante, aunque le advertía que tuviera mucho cuidado de no acercarse a las vacas. «¡Son toros, mujer!», le aclaraba, «y en la dehesa se muestran más pacíficos que en la plaza».

Los diez días de vacaciones que le correspondían durante el verano los aprovechaba para acompañar a alguna de las corridas del marqués, que solían tener lugar en cosos de Andalucía y veía los toros desde la barrera.

Cuando Melchor cumplió los siete años pidió permiso a los marqueses para hacerse acompañar de su hijo.

–Quiero que tenga mis aficiones –les aclaró– y si está de Dios no me disgustaría que se hiciera torero.

Al marqués hijo no le pareció mal ya que en su familia desde muy pequeños se movían en aquel ambiente.

Para Melchor, acompañar a su padre a la dehesa, de la que tanto se hablaba en su casa, le produjo una gran satisfacción. Adoraba a su padre a tal extremo que en ocasiones tenía remordimientos pues pensaba que le quería más que a su madre, que era la que se ocupaba de él. María García había pertenecido a una familia ilustrada, con letras, y hasta llegó a pensar en ser maestra, pero su pronto matrimonio con Isidoro truncó esos sueños. Pero no perdió la afición y le enseñó a leer a Melchor cuando todavía no había cumplido los cinco años, y el niño se sintió muy ufano de entrar en la escuela, ya con letras, para las que siempre tuvo una gran soltura, pues desde muy joven comenzó a componer poesías, y de mayor compuso alguno de los himnos más famosos del anarquismo español.

A los ocho o nueve años la admiración de Melchor por su padre era reflejo de la que sentía su madre que siempre que hablaba de él era para preservarlo de todo mal. A padre –como les decía– no se le podía molestar nunca, porque trabajaba mucho para poder mantener a la familia y que no les faltara de nada. Todos los días debían dar gracias a Dios –era muy piadosa– por tener un padre tan cumplidor. A padre no se le podía discutir nunca y si les daba un bofetón –en aquellos tiempos no estaba mal considerado pegar a los hijos– era porque se lo tenían merecido. En la escuela debían ser muy aplicados para no disgustar a padre. Padre había sido un héroe

que en África había salvado la vida de mucha gente y por eso le habían dado una medalla, aunque él no hiciera alarde de ello.

Esto último no era del todo cierto ya que en un lugar destacado de la casa lucía una fotografía de Isidoro Rodríguez, con su uniforme de cabo primera con unas charreteras que a su término sujetaban la famosa medalla, a la que Isidoro se refería como muestra, no de su valor, sino de su amor por la patria. Para hablar de España se ponía de pie y, a veces hasta se destocaba, y cuando los políticos en el gobierno hacían algo malo procuraba disculparlos. A los militares que habían servido en África los disculpaba a todos. «¡Hay que ver lo que es aquello!» decía. Había tenido a mucha honra el haber servido a las órdenes del general Primo de Rivera, de quien contaba que una noche estando de guardia en un cerro batido por un viento helado –las noches africanas podían ser terribles–, se presentó de improviso el general, en una visita de inspección, le saludó afectuosamente y le preguntó que si se encontraba bien, a lo que Isidoro le contestó que se encontraría mejor si tuviera unos guantes, ya que se le quedaban las manos heladas. Y el general, con gran naturalidad le dijo: «Tome los míos». ¡Y le dio sus guantes!

El guante de la mano derecha, que era con la que sostenía el fusil y disparaba, acabó destrozado, pero el de la mano izquierda lo conservaba en una caja de caoba y, de vez en cuando, se lo enseñaba a las visitas explicando su origen.

Para ir a la dehesa del marqués, que distaba pocos kilómetros de Sevilla, se servían de un carricoche que le prestaba un compadre, también aficionado a los toros, y con el

que Isidoro tenía atenciones. Pero sobre todo tenía simpatía para ganarse el favor de las gentes. En eso le insistía mucho a sus hijos: «Ser simpático no cuesta nada, y te puede proporcionar mucho provecho». También les insistía en lo de ir bien vestido: «Cuesta lo mismo que ir mal vestido, y menuda diferencia». En eso mucho le ayudó la María García que cuidaba de que los niños fueran muy apañados: cuando vestían de pantalón corto llevaban medias largas, y en ocasiones vestían unos pantalones breeches, que estaban de moda en Inglaterra. Eso en cuanto a los dos chicos, porque a la niña ella misma le hacía los vestidos con muchos adornos de encajes. Los domingos no consentía que salieran a la calle sin lustrarse los zapatos.

Esa costumbre del bien vestir la conservó Melchor toda su vida y en el denominad» Madrid, rojo, cuando andaba con gente ruda, entre chekas, no era extraño que vistiera de chaqueta y corbata.

Cuando Melchor estaba para cumplir los once años, y marchaban en el carricoche camino de la dehesa, le hacía confidencias que consideraba que podían aprovechar a quien llevaba camino de hacerse un hombre. Y Melchor se atrevía a preguntarle:

–Padre, ¿por qué madre va tanto a misa y usted apenas pisa la iglesia?

–Vamos a ver, hijo –le respondía el padre–, a mí me parece muy bien que madre vaya a la iglesia, y que vosotros la acompañéis...

–¡Padre, pero es que a mí me ha hecho ser monaguillo! –se lamentaba el chico.

–Pues tampoco me parece mal, porque conviene estar a bien con los curas. Cuando yo estaba sirviendo en un tabor en Marruecos...

Cuando estaba en Marruecos tenían un capellán castrense, con el grado de capitán, con el que se entendía muy bien. No parecía un cura, fumaba y bebía mucho y soltaba tacos, pero era el primero en estar en la línea de fuego en los combates, para poder atender a quien precisara sus servicios. A él le solía decir: «A ti no te hacen falta mis servicios, Isidoro, porque te basta con tu ángel de la guarda».

–Porque yo, hijo –le explicaba– no tengo nada contra Dios, pero creer, lo que se dice creer, en quien creo es en el ángel de la guarda. Si no fuere por él no estaría vivo.

Y le contaba diversas ocasiones en las que estuvo a punto de morir, y en el último momento le salvó el ángel de la guarda.

–Tú, hijo, si llegas a ser torero, no te olvides nunca de tu ángel de la guarda. Me parecerá muy bien que tengas devociones a la Virgen, e incluso a más de una como es costumbre entre los matadores, pero no dudes que el que te sacará del apuro será tu ángel de la guarda.

También le aclaraba que pese a haberse encontrado en tantas situaciones de peligro había procurado matar lo menos posible.

–A veces pienso que puede que no haya matado a nadie, ya que procuraba no tirar a matar sino a partes del cuerpo de las que puedes salir vivo. No digo que en medio del fragor del combate, no haya herido mortalmente a alguien, pero no era esa mi intención. Eso que tenía muy buena puntería. La vida es sagrada, hijo, incluso la de tu enemigo también es sagrada. Piensa que quien hoy es tu enemigo, mañana puede ser tu hermano, o poco menos.

Y le contaba que después de la batalla de Wad Ras, hicieron prisioneros, y algunos querían matarlos a todos, pero el teniente Mola dispuso que se les empleara en obras de fortificación. A él le correspondió dirigir una cuadrilla en la que había un chico joven con el que acabó haciendo gran amistad.

–No digo que fuéramos como hermanos, pero tenía toda clase de atenciones conmigo, y llegó a ofrecerme una hermana suya. ¿Para casarme? le pregunté riendo. No hace falta que te cases, me explicó, pero puedes servirte de ella, porque eres una buena persona. Esto me lo diría porque entre ellos es costumbre tener más de una mujer, pero yo no acepté y casi se ofendió.

Se quedó pensativo y le explicó a Melchor:

–Cuando seas un poco mayor y puedas entenderlo, te explicaré cómo debes comportarte con las mujeres. En el mundo del toreo puede ser un asunto muy enojoso.

Pero como se murió antes de que Melchor se hiciera mayor se quedó sin recibir de su padre los consejos prometidos.

Melchor cayó muy bien en la dehesa del marqués.

Al mayoral, Manuel Fernández, no le pareció mal que su padre quisiera hacer de él un matador de todos. Y al marqués tampoco ya que acostumbraba a patrocinar a jóvenes que aspiraban a ello.

El mayoral al varío por primera vez, comentó:

–Planta no le falta para los años que tiene.

Melchor, a los diez años, parecía mayor y se le veía robusto y con gran soltura de movimientos.

Para el chico fueron los meses o años más felices de su vida y, por eso, la prematura muerte de su padre fue una tragedia. Porque su padre era el artífice de que fuera todos los domingos y algunas semanas del verano a la dehesa, en la que era bien tratado por ser hijo de quien era. Un padre que todo lo hacía bien, y que encima no le gustaba matar a la gente. Si hubiera querido hubiera podido matar a cientos, porque tenía muy buena puntería, pero no quiso. Animales no le importaba matar y los domingos de los meses de febrero y de marzo, en los que había menos labor con el ganado, el señor marqués organizaba cacerías y su padre era el que más perdices mataba a pesar de disparar con una escopeta del veinte, que le prestaba el mayoral. Si mataba, por ejemplo diez, se quedaba con dos y las otras eran para el señor marqués; un domingo llegó a matar veinte.

Otro punto en el que su padre insistía mucho era en lo que llamaba «saber estar».

–Hay que saber estar, hijo, y cuando habla una persona de mayor respeto, escucharla con atención, y no dar tu parecer si no te lo preguntan. Y si te lo preguntan dar tu opinión con modestia.

Aunque padre entendía mucho de toros, cuando hablaba el hijo del marqués, y el mismo mayoral, y no digamos alguno de los matadores que frecuentaban la dehesa, se reservaba su opinión.

Melchor llegó a conocer varios matadores famosos, que se movían con gran soltura por la dehesa y eran tratados con respeto hasta por el señor marqués. Había uno, Torquito, que no faltaba a ninguna de las tientas, siempre vestido con pantalón de talle, chaquetilla corta y sombrero cordobés con el que se cubría una larga y trenzada coleta de pelo natural. Tenía unos andares muy cadenciosos, como si estuviera siempre en posición de entrar a matar, y lo curioso es que era de Bilbao. Su padre decía que todos los de Bilbao eran muy fanfarrones, pero Torquito le cayó muy bien a Melchor porque fue el primero que le animó a dar unos pases a una becerra. Lo hicieron al alimón, pero no de una manera improvisada sino explicándole muy bien el torero como tenía que coger la capa por un extremo, con las dos manos, y no de cualquier modo sino de suerte que pudiera soltarla rápido si el animal se enganchaba en ella. El la tomó por el otro extremo y le dieron media docena de pases al astado muy medidos, según expresión de Torquito, que al final tuvo palabras de elogio para el chico:

–Lo has hecho muy bien, chaval. Sin asustarte y templando.

¿Has tenido miedo?

–Un poco, señor.

–Eso es bueno. Al toro hay que temarlo, pero siempre con respeto y un poco de miedo no está de más.

Era la primera vez que Melchor se ponía delante de un toro y cuando volvían a casa le preguntó muy emocionado a su padre:

–¿Usted cree que sirvo para esto, padre?

–Eso Dios dirá –fue su lacónica respuesta.

Melchor pensó que su padre recurría a Dios, solo para lo que le interesaba.

A partir de ese día Melchor comenzó a familiarizarse con los animales, se movía entre ellos procurando adivinar sus intenciones. Cuando les visitaba un matador de postín y en aquel año desfilaron por la dehesa nada menos que Joselito y el Gallo, ambos en la cumbre de su fama, su padre le decía que sabiendo estar, no perdiera detalle de cuánto hicieran o dijeran, y Melchor se daba cuenta de la importancia que le daban a lo de adivinar las intenciones del toro. De eso dependía el acertar con la suerte, que es como llamaban a la corrida.

Según su padre el toro era el animal más parecido al ser humano, en sus reacciones y, por eso discurría más o menos como los hombres y, por tanto, se podían adivinar sus intenciones.

En la dehesa ya se hablaba con gran naturalidad de que Melchor iba para torero, porque valor y disposiciones no le faltaban, y el chico le dijo un día a su padre:

–Me sabe mal que mintamos a madre.

Porque María García no veía con buenos ojos que su hijo mayor tuviera que acompañar a su padre, con tanta frecuencia a la dehesa. ¿Para qué te lo tienes que llevar siempre? le requería a su marido. ¡Mujer, para que tome un poco el aire!, le decía. ¿Y por qué no te llevas a los otros?, insistía la mujer. Porque son pequeños, le mentía descaradamente, ocultándole sus intenciones de hacer de él un torero.

A Melchor le sabía mal porque quería mucho a su madre, la cual le advertía, además, que los niños que mentían se iban al infierno, lo cual no estaba seguro de que fuera verdad, pero no le hacía ninguna gracia esa posibilidad. El padre le hacía considerar que estaba por ver si servía para torero, o no, y eso no se sabría, como pronto, hasta los quince años. ¿Para qué darle un disgusto a su madre por algo que luego igual no sucedía?

Los días más felices de su vida fueron seguidos por el más triste de todos ellos.

II. MELCHOR, HUÉRFANO DE PADRE

La familia Rodríguez García vivía en el barrio de Triana, de Sevilla, en una calleja que venía a dar al Puente de Triana, desde el que se divisaba todo el río, y al fondo la Giralda. A espaldas tenía el Mercado y no lejos se encontraba la Capilla de la Virgen del Carmen de la que María García era especialmente devota.

A Isidoro le parecía un privilegio residir en un barrio tan singular, cuna de toreros, comenzando por Manuel García El Espartero, así nombrado porque su padre tenía una espartería en la misma calle de las Sierpes, y siguiendo con Enrique Vargas el Minuto, de larga trayectoria, que llegó a matar a un toro desmandado en la misma puerta de su casa. La Guardia Civil lo quería matar a tiros, pero el Minuto no lo consintió y se hizo bajar un estoque de su casa y lo despachó bridándose al público que se había arremolinado frente al portal en el que se había refugiado el astado. Esta historia le encantaba a Isidoro que le decía a Melchor: «Si llegas a ser torero, tú con dignidad, como el Minuto, que no te tengan que matar un toro a tiros».

Los tres hermanos iban a la escuela pública que estaba en el Altozano, y a cuyo frente se encontraba un maestro, don Antonio Serrano, que sería quien inculcaría en Melchor la afición a la poesía. No era mal estudiante, aventajado en letras

porque se las había enseñado su madre antes de entrar en la escuela. Entre sus compañeros tenía algún ascendiente pues se conocía su intención de hacerse torero, algo que no les extrañaba porque toreros eran Joselito el Gallo, Juan Belmonte, e Ignacio Sánchez Mejías, todos ellos nacidos en el barrio de Triana. A sus compañeros les decía que lo de ser torero estaba por ver, pues eran muchos los muchachos que lo pretendían y pocos los que lo conseguían, pero era evidente que era el que más sabía de toros, y hasta conocía los nombres de las distintas suertes.

Cuando jugaban en los recreos a los toros, les explicaba la diferencia que había entre un pase sostenido y un pase natural. En aquellos años a casi todos los chicos en Triana les gustaría ser toreros, pero no todos tenían la suerte de tener un padre tan bien relacionado como Melchor. Y esa suerte desapareció de la mañana a la noche.

La noticia fatídica se la trajo a la escuela una prima de su madre, que se llamaba Tomasa, con la que tenían mucho trato porque era soltera de edad avanzada, y ayudaba a su prima con los niños, sobre todo cuando eran más pequeños. También ayudaba en otras labores de la casa, y tenían atenciones económicas con ella.

Era un sábado víspera de las Navidades del año 1904, frío y desapacible, y la preocupación de Melchor era que de seguir el tiempo así al otro día puede que no fueran a la dehesa, que era lo que más deseaba. O que de ir tuvieran cacería que tampoco le divertía mucho.

El portero de la escuela entró en la clase y le dio un recado a don Antonio, que puso cara de extrañeza y se salió fuera para volver al poco rato, y dirigirse a Melchor:

–Melchor, hijo, la señora Tomasa está fuera y tiene un recado para ti.

Melchor, de primeras, pensó que a veces su madre venía a la escuela en busca de su hermana pequeña, Rosario, y en ocasiones había mandado a Tomasa, pero no a aquellas horas.

Desconcertado se dispuso a salir de la clase, y al pasar junto a don Antonio, el maestro le musitó:

–Me temo que no son buenas noticias, tienes que tener mucha entereza.

Fue la peor de las noticias y torpemente dada por la señora Tomasa, que en medio de sollozos incontenibles le dijo dos cosas: la primera que su padre se había muerto en un accidente, y la segunda que su madre estaba en la cama. Obnubilado Melchor se quedó con la segunda: ¿cómo que su madre estaba en la cama? ¿Es que estaba enferma?

Don Antonio había salido detrás de Melchor suponiendo que necesitaría su ayuda y reprendió a la señora Tomasa:

–¡Señora, no se pueden dar las noticias así!

–¿Y cómo quiere usted que la dé, señor?

Don Antonio tomó entre sus brazos a Melchor, y le dijo:

–Parece que tu padre ha fallecido en un accidente y ya nos enteraremos mejor de cómo ha sido.

Melchor tardó en reaccionar, y cuando lo hizo fue para preguntar:

–¿Y mi madre también?

–No, hijo, no, tu madre no.

–¿Pero por qué está en la cama?

–Señora –le preguntó el maestro a Tomasa– ¿por qué ha dicho usted que está en la cama.

–Por la pena –contestó la interpelada–. Cuando le han dado la noticia de la muerte de Isidoro se ha metido en la cama y no quiere hablar con nadie. Tampoco llora.

Habían de pasar muchos años y Melchor siempre recordaría el día aciago en el que perdió a su padre. Se le puso un nudo en la garganta que le llegaba hasta el corazón, y que le impedía discurrir. Don Antonio le dijo que se fuera a su casa para consolar a su madre y que él daría la noticia a los dos hermanos pequeños.

Le resultó muy difícil consolar a su madre y lo más que consiguió fue que lo tomara en sus brazos y, por fin, rompiera a llorar; pero en dos días no consiguió que se levantara de la cama, hasta que al término del segundo día se personó en la casa un jesuíta, el padre Hermógenes, que tenía bastante ascendiente sobre ella y le hizo ver que su comportamiento no

era el de una buena cristiana, madre de tres hijos que ahora era cuando más precisaban de ella. Y también precisaba de ella su difunto marido. ¿Cómo? Rezando por su alma, que buena falta le haría. Esta consideración hizo salir de su estupor a María García, que le comentó angustiada al sacerdote:

–¿Usted cree, padre, que podrá ir al Cielo? Mire usted que era de poco ir a la iglesia.

–Pero para eso está la misericordia de Dios –le replicó el padre Hermógenes– más lo que pongas tú de tu parte. Por lo pronto celebrarle las misas gregorianas, treinta, que son de gran valer para el alma de los difuntos.

Melchor que estaba presente, consideró oportuno intervenir para añadir un consuelo a su madre, y dirigiéndose al sacerdote le dijo:

–Además mi padre era muy devoto de su ángel de la guarda que decía que siempre le sacaba de todos los apuros, y mayor apuro que éste...

El sacerdote se le quedó mirando muy reflexivo, esbozó una sonrisa, y le dijo:

–Está muy bien pensado, hijo, el ángel de la guarda es un gran valedor de los hombres –y luego se le puso un aire festivo y añadió–: Si su ángel no ha estado muy espabilado en evitarle el accidente ahora viene más obligado con tu padre.

El padre Hermógenes traía fama en Sevilla de ganarse el favor de las gentes haciendo compatible el rigor en la doctrina

con el trato festivo y sabiendo hacer chanzas cuando la ocasión lo requería. Y entre bromas y verás consiguió que María García reaccionase, abandonara el lecho, y a los tres días se celebrara el funeral en la iglesia de la Concepción, famosa por su hermoso retablo, oficiado por el jesuíta y dos sacerdotes más, y con asistencia de numeroso público por ser Isidoro muy conocido en el barrio.

Melchor asistió de chaqueta y corbata negra –la chaqueta era gris, pero con una franja negra en la manga– y se mostró muy entero, disimulando las lágrimas y actuando como el sostén de una familia que acababa de perder su cabeza.

Al padre Hermógenes le causó tan buena impresión el chico, que al término de la misa, en un aparte, le preguntó:

–¿Te gustaría hacer de monaguillo y ayudar a misa?

Melchor sorprendido y un poco avergonzado, contestó:

–Padre, no sé ayudar a misa.

–Pero puedes aprender, es muy fácil.

Le explicó que era el capellán de un convento de monjas que gustaban de celebrar las Navidades con gran solemnidad, para lo que precisaban de acólitos.

–Te pagarán dos reales por cada día ¿Qué te parece?

Le pareció bien porque intuyó que faltando su padre, podrían tener problemas de dinero en la casa.

Durante las navidades de 1904 participó, como monaguillo, en compañía de otros dos chicos, en las ceremonias que celebraban las monjas del convento de Santa Clara, que era muy hermoso, y llegó a sentirse conmovido con todos los episodios que narraban el nacimiento de Jesús en el portal de Belén. Pasados los años, cuando se convirtió en anarquista libertario, supuestamente ateo, hacía una salvedad para todo lo que sucedió en Belén, y en sus críticas religiosas salvaba siempre la figura de Jesucristo. Uno de sus grandes amigos, el autor teatral Serafín Álvarez Quintero, llegó a decir de él que era un anarquista con el corazón cristiano y que, a su juicio, tenía más de cristiano que de anarquista.

Durante el mes de enero del siguiente año se celebraron las treinta misas gregorianas y en algunas de ellas Melchor ayudó al sacerdote en la misa, por dar gusto a su madre que le decía:

–Cuando te veo al pie del altar como monaguillo en la misa de tu padre, me da la impresión de que le estás ayudando a entrar en el Cielo.

Mientras duraron las gregorianas María García se mostró entera y confortada con los consuelos que le daba la gente, pero así que se acabaron tuvo un principio de depresión, y a punto estuvo otra vez de meterse en la cama. El porvenir se presentaba muy oscuro. Un pariente que trabajaba en un juzgado hizo gestiones con la Junta del Puerto para cobrar la indemnización por el accidente, y obtuvo una cantidad muy mísera. La Ley de Accidentes Laborales se había instaurado por vez primera pocos años antes, en el 1900, y estaba escasamente desarrollada.

La prima Tomasa, la que tan torpe se mostrara a la hora de dar la noticia de la muerte de Isidoro, demostró unas capacidades que no se la conocían. Se esmeró en dar mucho cariño a la pequeña Rosario, la que más notaba la falta del padre y sentía los extravíos de su madre, y consiguió que María García reaccionara y buscara un trabajo. Le hizo ver que sus hijos no estaban en edad de trabajar, sino de seguir estudiando, y que a ella le correspondía hacerlo. Removió entre sus amistades y obtuvo para ella un empleo bastante codiciado entre las clases menestrales de la Sevilla de principios del siglo XX: cigarrera en la Real Fábrica de Tabacos de Sevilla.

Era una fábrica de gran solera en la ciudad puesto que traía sus raíces de los primeros tiempos de la conquista de América. Durante los primeros siglos los cigarros fueron elaborados exclusivamente por hombres, hasta que en el siglo XIX se descubrió que las mujeres eran menos exigentes en el trabajo, entre otras razones por considerarlo un complemento del salario que los maridos ganaban. Y acababan siendo más productivas.

Era un trabajo de cierta dignidad, porque las cigarreras estaban muy bien organizadas y habían conseguido de los directores el tener un horario flexible que les permitiera hacer compatible su trabajo con su condición de amas de casa.

Si un hijo se ponía enfermo estaban dispensadas de asistir al trabajo. Los cuarteles en el que se situaban las mesas sobre las que elaboraban el tabaco eran amplios y estaban bien ventilados, y a media mañana tenían un descanso para tomar

un refrigerio. La jornada comenzaba a las ocho de la mañana y terminaba a las dos de la tarde.

De todos modos a Melchor le dolía que una madre que iba para maestra, tuviera que terminar en un oficio que le parecía inferior al que correspondía a su condición social. «Madre ¿está usted contenta con ese trabajo?», le preguntaba con frecuencia. A lo que la madre le respondía: ¡Qué remedio, hijo! Pero la realidad es que estaba bastante satisfecha porque los capataces –éstos sí que eran varones– viendo que era una mujer con cultura y conocimientos le habían asignado al servicio de máquinas de vapor para picar tabaco, recién instalado.

Eso le permitía poder decir a su hijo que su trabajo no era propiamente de cigarrera, sino de una categoría superior.

Entre lo que ganaba la madre y lo que iban gastando de la indemnización durante dos años vivieron sin excesivos agobios, María García muy satisfecha de que sus hijos pudieran seguir con sus estudios, como era el deseo del padre difunto, muy presente en el ánimo de todos. Tan presente que el primer poema que compuso en su vida Melchor Rodríguez fue una loa que la tituló «En memoria del mejor de los padres». Lo escribió casi a hurtadillas, como algo muy íntimo, pero por ser inherente a todos los poetas –y él lo era en ciernes– la necesidad de comunicar su obra, acabó contándoselo a don Antonio, el maestro, advirtiéndole que lo había escrito solo para él, pero que le gustaría conocer su opinión.

Don Antonio después de leerlo despacio, le dijo que no

estaba mal, le corrigió algunos ripios y le propuso cambiar el título:

–Lo de «... el mejor de los padres» resulta demasiado enfático. Quedaría mejor si lo titulas, simplemente, «En memoria de mi padre».

–Bueno –admitió Melchor– da igual. Como lo he escrito solo para mí...

–¿Cómo solo para ti? ¿No piensas leérselo a tu madre? A ella le gustará saber lo que piensas de tu padre...

Y después de pensárselo añadió:

–Y también lo vas a leer en clase.

–¡No, don Antonio, por favor...!

Dijo que no, pero no con excesivo convencimiento porque quien estaba llamado a comunicarse con multitudes, mostró disposiciones para ello desde muy joven. Pronto le convenció don Antonio haciéndole ver que el poema era un canto del amor filial, y que su lectura les vendría bien a otros compañeros que tendían a descuidar el cariño y respeto que se debía a un padre.

Lo leyó delante de toda la clase con la voz impostada, que a veces se le quebraba por la emoción que ponía, pero consiguió que los compañeros lo escucharan en respetuoso silencio y que a su término alguno tuviera lágrimas en los ojos.

Cuando leyó este su primer poema acababa de cumplir los trece años, pero estaba tan desarrollado que parecía mayor.

EN el año 1906 se produjeron acontecimientos que afectaron a parte de la sociedad sevillana, y entre ellos a la familia de Melchor. La Real Fábrica de Tabacos dejó de pertenecer al Estado y pasó a ser propiedad de una denominada Compañía Arrendataria, formada por un grupo de accionistas privados, quienes se concertaron con la Sevillana de Electricidad para mecanizar algunos de los trabajos que se hacían manualmente o con máquinas de vapor, lo que provocó motines de las cigarreras, que desembocaron en huelga. El progreso se presentaba como inevitable y la consecuencia fue la reducción de una plantilla que había llegado a dar empleo a seis mil personas y que quedó reducida a menos de la mitad. Las jornadas dejaron de ser completas, y una de las afectadas fue María García que dejó de trabajar las máquinas de vapor, para pasar a la sección de liado de cigarrillos. Ahora sí que era cigarrera, con media jornada y el salario reducido a la mitad.

Y el hambre entró en casa de los Rodríguez García. Melchor advirtió a su madre:

–Madre, voy a cumplir catorce años, y ya es llegada la hora de que me ponga a trabajar.

–Tú obligación es estudiar, y deja de mi cuenta lo de trabajar.

Y con la ayuda de la prima Tomasa se pusieron a coser por las tardes para particulares, y a tal fin tuvieron que comprarse una máquina de coser a plazos, lo cual, de momento les produjo más agobio que provecho.

Melchor recordaría aquellos años como los más duros de su vida, ya que a él le correspondía repartir las prendas confeccionadas y, lo que le resultaba más ingrato, cobrarlas lo que no siempre conseguía. Cuando regresaba a casa sin cobrar, su madre se llevaba un gran disgusto, y le requería una y otra vez si había puesto de su parte lo suficiente para conseguirlo. La mujer decía frases tales como «no sé qué vamos a comer hoy, como no cobremos...» que a Melchor le producían gran desazón. En general, le producía gran desazón la vida que llevaba su madre, trabajando por las mañanas en la Real Fábrica de Tabacos, pero no todas porque fueron tiempos revueltos, con frecuentes huelgas, y entonces se volvía a casa sin cobrar con el rostro nublado por la contrariedad; y luego, por las tardes cosiendo a veces hasta altas horas de la madrugada. Melchor estaba dispuesto a ponerse a trabajar, y le decidió a hacerlo un suceso penoso que tuvo lugar en una tarde de primavera del año 1907, cuando estaba para cumplir los catorce años.

Había sido un día muy tranquilo, incluso provechoso porque Melchor había logrado cobrar unos encargos, y sería la hora de caída de la tarde, casi crepuscular, y en el hogar se encontraban la madre y la prima cosiendo y Melchor y su hermana Rosario haciendo los deberes del colegio. El único que faltaba era el otro hermano, Pepe, que al poco apareció de la peor de las maneras: le traía cogido por el cuello el señor Juan, el frutero del barrio.

El frutero se limitó a mostrar a los reunidos un paquete de papel de periódico con unas manzanas y unas naranjas y se dirigió a la madre:

–Mire cómo le he pillado a su hijo; robándome fruta. Y no es la primera vez que lo hace ¿no es así? –le preguntó al chico que con la cabeza gacha no contestó ni que sí, ni que no. Y continuó–: Yo ya echaba en falta que me faltaba fruta, siempre del mismo sitio de la canasta del rincón de la derecha, y dije para mí: esto es que me la están quitando, siempre pensando que podría ser alguno de los golfillos del barrio, pero nunca pude imaginar que fuera su hijo. Señora María, yo siempre le he fiado a usted, porque sé que está pasando sus apuros, ¡pero de eso a robarme!

Se expresaba dolorido, como si toda la familia se hubiera concertado para robarle. La madre se limitó a musitar:

–Yo no sabía nada.

–Pues por tratarse de ustedes, que si no lo denuncio a los municipales –Y se dirigió al chico–: Si te vuelvo a pillar, ya sabes, vas a los municipales.

Fue una escena bastante vergonzosa, ya que el frutero siguió perorando sobre lo mal que estaban los tiempos, que el negocio se mantenía con grandes dificultades, y que los robos no hacían más que agravar la situación; la familia le escuchaba en silencio, hasta que habló Rosario, la hermana pequeña, quien como si eso fuera a servir de disculpa, dijo:

–A mí Pepe, siempre me daba de la fruta que cogía.

La madre, sorprendida, la interpeló:

–¿Cómo que te daba fruta?

–Sí, yo también tenía hambre –fue la respuesta de Rosario– Pero la comíamos a escondidas. Es verdad que madre no sabía nada.

La candorosa respuesta de una niña de nueve años desconcertó al frutero.

O sea que aquella gente pasaba hambre. Su respuesta fue dejar el paquete con las manzanas y las naranjas encima de una mesa, y despedirse con un deje de enfado:

–Pueden quedarse con esto, pero que no vuelva a suceder.

Cuando se marchó el frutero se hizo un silencio en la habitación en la que se encontraba reunida la familia, que lo rompió Melchor que parecía el más afectado: tenía el rostro rojo y lo primero que hizo fue pegarle un capón a su hermano pequeño, al tiempo que le recriminaba:

–¡Menuda vergüenza nos has hecho pasar! ¿Te parece bonito robar?

–Y sobre todo dejarte coger –dijo la madre con lágrimas en los ojos– ¡Pobre hijo mío!

Y lo estrechó entre sus brazos.

Melchor se quedó asombrado ante semejante reacción e interpeló a la madre:

–¿Pero es que no le va a regañar, madre?

La madre, en lugar de contestarle, rompió en sollozos y por fin habló:

–¿Cómo quieres que le regañe si yo hago lo mismo?

Melchor no entendió lo que quería decir la mujer. ¿Cómo que su madre hacía lo mismo, madre? ¿Qué quería decir?

La mujer se desprendió de su hijo, se levantó de su asiento, se secó las lágrimas de los ojos, suspiró muy profundo, y se dirigió a la alacena en la que guardaban la vajilla, la abrió, apartó unas cuantas vasijas y platos, y de un rincón escondido sacó un mazo que contendría unos cincuenta cigarrillos de los que se elaboraban en la Real Fábrica de Tabacos.

–Tenemos que comer –dijo por toda explicación.

Fue la primera vez en su vida en la que Melchor le habló a su madre sin el suficiente respeto. Le recriminó el que robara... ¿estaba loca? ¿No se daba cuenta de que si la pillaban la podían despedir? A ella no la iban a despedir porque tenía un capataz que la protegía. ¿Cómo que la protegía? ¿Y por qué la protegía?

–¡Basta! –clamó la madre– ¡Cualquier día hago un disparate!

La prima Tomasa intervino para calmar los ánimos, reprendió a Melchor por hablar en esos términos a su madre y terminaron todos llorando y Melchor suplicando a su madre que no hiciera aquello, por favor, que no lo hiciera.

Al otro día se dirigió a la Junta del Puerto, en la que había

trabajado su padre, en demanda de empleo y le atendió el capataz que había sustituido a su padre en el puesto. Le recibió con deferencia, y lo primero que le preguntó fue por los años que tenía. Estaba para cumplir los catorce. Pues con esa edad en la Junta no podía entrar ni como aprendiz, pero ante la insistencia del chico sobre la necesidad que estaban en su casa, el capataz, después de hacer una reflexión sobre que era una vergüenza que la viuda de un hombre tan honrado como Isidoro, pasara esos apuros, por culpa de la mísera indemnización que había recibido, y porque la Junta se desentendía de quienes les habían servido durante años, le dijo que haría una gestión con un chapista, proveedor del Puerto que, quizá, podría emplearle, a pesar de no haber cumplido los catorce años.

A continuación se fue a ver a don Antonio, el maestro, y cuando le dijo que iba a dejar de estudiar, porque tenía que ponerse a trabajar el hombre se llevó un disgusto.

—No hay derecho que un chico como tú tenga que dejar de estudiar. ¿Para qué sirve el Estado? ¿Para eso?

Fue la primera vez en su vida que Melchor Rodríguez oyó una crítica sobre una sociedad sustentada por unas oligarquías que solo miraban a sus propios intereses, con olvido de los de un pueblo que, en un día no muy lejano, sería el verdadero dueño de su destino.

Le insistió mucho: ¿seguro que tenía que dejar de estudiar? ¿Se daba cuenta de que echaba por la borda su futuro? ¿Qué podía esperar de la vida sin estudios? A lo que Melchor le

contestó que de momento, lo que esperaba de la vida, era que su familia pudiera comer al día siguiente.

Al llegar a este punto don Antonio le dijo:

–Vamos a dar un paseo.

Sucedía al mediodía, al término las clases de la mañana, y era la primera vez que Melchor hablaba con su maestro fuera de la escuela, como si en lugar de alumno y profesor fueran amigos y por eso comenzó a hacerle confidencias, lo más principal la que sucediera la tarde anterior: el disgusto que se había llevado al saber que su hermano pequeño y su madre se habían apropiado de lo que no era suyo.

–Eso no es robar –le aclaró el maestro– Eso es estado de necesidad, que justifica hacerse con una propiedad ajena, máxime cuando ésta es injusta. La del frutero puede que no sea injusta, pero la de la Real Fábrica de Tabacos... ¡una vergüenza!

Y le dio una disertación sobre los abusos que cometían los actuales propietarios de la Fábrica de Tabaco con los trabajadores, a los que explotaban miserablemente.

Esa justificación moral le satisfizo a Melchor, aunque le objetó:

–Pero si la pillan la pueden despedir... aunque dice que eso no le podrá ocurrir a ella porque tiene un capataz que la protege...

Esa fue otra confidencia: le preocupaba lo del capataz que la protegía.

En su paseo se recorrieron parte del barrio de Santa Cruz y vinieron a dar al parque de María Luisa, y don Antonio le dijo que consideraba un privilegio disfrutar de ese parque, auténtico pulmón de la ciudad de Sevilla, y que raro era el día que no se daba un paseo por él.

–O sea que te preocupa lo de que tu madre tenga un capataz que la proteja. ¿Tu madre es joven y guapa? –le preguntó con tono festivo.

–Creo que sí, señor, aunque ahora con tanto trabajo anda un poco descuidada... Digo en el vestir y arreglarse.

–Pues deja que la protejan que bien lo necesita la pobre mujer, que bastante tiene... ¿Qué tal estás de apetito?

La pregunta le sorprendió, se la hizo repetir y por fin contestó sincero:

–Yo siempre estoy bien de apetito, don Antonio.

–¿Te gustan las lentejas?

Claro que le gustaban las lentejas, a él le gustaba todo. Pues ese día, que era miércoles, su mujer hacía unas lentejas con tocino y chorizo que estaban muy buenas, y él le invitaba a comer.

–¿A su casa? –se admiró Melchor.

–¡Claro! ¡Dónde sino vamos a comer las lentejas.

–Gracias, don Antonio, pero será mucha molestia...

–No es molestia y a mi mujer le gusta estar con gente joven. Ya sabes que nosotros no tenemos hijos.

Eso ya lo sabía y se comentaba en la escuela que don Antonio era tan afectuoso con los alumnos, aunque no con todos igual, porque echaba en falta lo de no tener hijos.

Vivía en un buen piso, no lejos del parque María Luisa, y abrió la puerta con su llavín y exclamó:

–¡Mariana, te traigo una sorpresa! ¿Habrá comida para una persona más?

La mujer salió de la cocina, secándose las manos en un delantal blanco, y dijo:

–Depende del apetito que tenga... ¿quién es este joven?

–Es un alumno mío, Melchor Rodríguez García.

–¡Hombre! Tú eres el famoso Melchor. Mi marido habla mucho de ti, dice que eres poeta.

E hizo algo que no era habitual en aquellos tiempos: terminó de secarse las manos y le dio dos besos a Melchor, uno en cada mejilla.

Melchor ante reacción tan cálida se mostró confuso, se limitó a dar las gracias varias veces, y pasados unos días se sintió

enamorado de aquella mujer, que no tendría más de treinta años, que era rubia, con unos ojos muy bonitos y que cuando se quitó el delantal, mostró un vestido que le pareció muy elegante y que, además, mostraba la falda más corta de lo habitual. Se enamoró en el sentido de que a él le gustaría encontrarse una mujer así cuando le llegara el momento de casarse.

Se sentaron a comer en una mesa muy bien puesta, a la que Mariana añadió un plato, y en la que de entrada había una ensalada de lechuga y tomate, con aceitunas negras.

–¿Te gustan las aceitunas negras? –le preguntó la dueña de la casa.

–A Melchor le gusta todo –se apresuró a contestar su marido– Lo único que no le gusta es no tener de que comer.

Sobre la mesa había una botella de vino tinto, y don Antonio le dijo que si quería podía beber un poco, con sifón, pero Melchor le dijo que no le gustaba el vino. Mejor, le comentó, don Antonio, a tu edad no es bueno beber.

Las lentejas estaban muy abundantes porque Mariana le explicó que las que sobraban las tomaban por la noche, en puré, que también estaban muy buenas, pero que si ese día no sobraban no pasaba nada, y le hizo repetir a Melchor que nunca había tomado unas lentejas tan sustanciosas, mejores que las que se comían en su casa últimamente.

En la sobremesa don Antonio sacó un puro y dijo:

–Solo los fumo cuando voy a los toros, pero hoy en honor a ti me voy a fumar uno.

Mariana comentó que su marido siempre encontraba un pretexto para fumarse un puro, y cuando se levantó para comenzar a recoger la mesa, su marido le pidió que siguiera sentada.

–Nos queda un tema muy interesante por hablar. ¿Tú sabías que Melchor quiere ser torero?

El chico se quedó sorprendido; nunca había comentado esa afición con su maestro, y le extrañaba que lo supiera.

–Bueno, es una cosa de antes, de cuando vivía mi padre... ¿y cómo lo sabe usted?

–En la escuela se sabe todo, y tus compañeros me han comentado de tus aficiones y de cómo practicabas el arte taurino en la dehesa del marqués de Almonte.

–No es para tanto, don Antonio, acompañaba a mi padre a la dehesa y me gustaba moverme entre el ganado, pero poco más.

–A mí me encantan los toros. En Sevilla no me pierdo una corrida y por ver torear a Belmonte me he ido hasta Córdoba. Para mí es el más grande. ¿Pero tú has llegado a torear?

Melchor le explicó que en una ocasión dio unos pases al alimón con un torero que se llamaba Torquito...

–Torquito –comentó don Antonio– de Bilbao, no es mal torero. ¿Y tú has perdido la afición?

–No es que la haya perdido, es que ya no tengo a mi padre...

Don Antonio comentó que su padre debía de haber sido una gran persona y que lamentaba mucho su pérdida.

–Yo no te voy a animar a hacerte torero, es algo muy difícil de conseguir, aunque comprendo que podía irte mejor que con lo de hacerte... ¿chapista me has dicho?

–Eso creo don Antonio, todavía no es seguro.

–Bueno, lo que es seguro es que todos los miércoles que quieras puedes venir a comer lentejas ¿no es así Mariana?

La mujer asintió y el maestro continuó:

–Con lentejas o sin ellas, puedes venir algunas tardes y yo te iré dando cuenta de que cómo va el curso, y piensa que en un par de años puedes entrar en el instituto y allí estudiar por libre. Por lo menos si no conseguimos hacer de ti un torero, que te quedes en poeta.

No sabía cómo dar las gracias a tantas deferencias y cuando se despidió tomó la iniciativa y se despidió de Mariana dándole dos besos, y pudo comprobar que no olía a lentejas sino a un perfume o colonia muy agradable.

El empleo que le encontró el capataz de la Junta del puerto fue en una chapistería, que se titulaba «Hermanos Salcedo y

González», que era do las más importantes de Sevilla y se estaba especializando en una novedad: el arreglo de chapa en los automóviles que comenzaban a circular por España, algunos de ellos Ford T que fueron los que más se popularizaron.

Le asignaron un trabajo de aprendiz, tres meses sin cobrar, y al cuarto comenzó a percibir noventa pesetas, que suponían tres pesetas al día, pero el día que no trabajaba por enfermedad o por cualquier otra causa no cobraba. El trabajo le resultaba en extremo arduo ya que consistía, en buena parte, en martillear las chapas de los coches averiados, hasta dejarlas completamente lisas. Los hermanos Salcedo, que eran dos, no eran mala gente y al principio, cuando le veían aturdido de tanto martillear, le decían que descansara un poco, y le aseguraban que ya se acostumbraría, pero Melchor nunca se acostumbró y siempre recordaría aquellos meses como una pesadilla, pero con la compensación del alivio económico que supuso en la economía doméstica el ingreso de las noventa pesetas. Y la satisfacción de visitar con cierta frecuencia la casa de don Antonio.

Se presentaba a la caída de la tarde un par de veces a la semana, y don Antonio le daba algo de lección, y le prestaba libros para que los leyera por su cuenta. Algunos días no estaba Mariana en casa a esas horas, y Melchor la echaba en falta porque cada día la encontraba más guapa y más simpática. Pero en alguna ocasión el que no estaba era don Antonio, que no había llegado todavía y entonces departía con Mariana, que le contaba muchas cosas. Por ejemplo, le dijo que solo tenía veintiséis años y Melchor, torpemente, le confesó que la

suponía mayor. Ella se echó a reír y le reprendió: eso nunca se le decía a una dama. Quizá pensaba que era mayor por la edad de su marido quien le llevaba diez años, pero a veces de espíritu le parecía más joven que ella. También le contó que se había casado muy joven, apenas cumplidos los dieciocho años, y se ponía un poco melancólica cuando le decía que después de tantos años ya habían perdido la esperanza de tener hijos, aunque no del todo. Eso nunca se sabía.

Y a Melchor se le ocurrió decirle que a su madre le había sucedido algo parecido. Después de casarse estuvo un par de años sin quedarse en estado, hasta que se encomendó a un santo, conocido como el patrono de las embarazadas, san Gerardo, y le tuvo a él.

–Mi marido no cree en esas cosas –le dijo Mariana.

–Ni mi padre tampoco. Bueno –se apresuró a decir Melchor– ni yo tampoco. Son cosas de mi madre. Cuando nací dicen que querían ponerme de nombre Gerardo, en atención al santo, pero mi padre se opuso y me pusieron Melchor que es como se llamaba un abuelo mío.

A los pocos días de mantener esta conversación Mariana le dijo entre risas:

–Oye, Melchor, me he informado bien y ese san Gerardo es el que se cuida de que los embarazos lleguen a feliz término, pero no sirve para quedarse embarazada. O sea que a mí no me vale de nada.

–No, si yo lo he dicho por decir.

–Y te agradezco la intención.

El encanto de Mariana era su sentido del humor, no se sabía cuándo hablaba en serio o en broma, pero casi siempre lo hacía riendo y luciendo una dentadura perfecta, blanca y sin mella alguna. Don Antonio, en cambio, tenía un par de muelas de oro que se le veían bastante.

A los dos años de mantener esta amistad un día le dijo Mariana que ya era hora de que dejara de tratarle de usted, y que la tuteara. Ante esta proposición un mal pensamiento cruzó por la mente de Melchor que estaba para cumplir los diecisiete años, había dado un estirón y estaba más alto que Mariana y que su marido. ¿Y si se muriera don Antonio? ¿Podría él casarse con su viuda? Al fin y al cabo era tan solo unos pocos años mayor que él que, a su vez, parecía mayor. Fue un mal pensamiento doloroso, porque lo último que deseaba era que se muriera don Antonio a quien consideraba su mentor en la vida, y se dio golpes de pecho, pero desde ese día comenzó a tratar de tú a Mariana y, en cambio, a su marido nunca le apeó el tratamiento.

Los años que transcurrieron hasta que cumplió los diecisiete los recordaría Melchor como de poco interés, en el que la vida se le presentaba con escasos alicientes y pensaba que así sería siempre hasta que se muriera. En el trabajo había mejorado ya que uno de los hermanos Salcedo, el señor Antonio, decidió ampliar el negocio y montó una nave que destinó a carpintería y ebanistería, con bastante acierto, pues se dedicó a fabricar muebles que los envejecía y los vendía como si fueran antigüedades, que se habían puesto de moda en España. Hizo

venir a un artesano de Orio, Guipúzcoa, excelente ebanista, pero al que el clima de su tierra le iba mal para sus pulmones y por eso accedió a trasladarse a Sevilla. Se llamaba Juancho Olaverría y aunque buena persona, hablaba con menosprecio de los andaluces a los que consideraba poco trabajadores, pero mucho más simpáticos que los de su tierra.

Para este nuevo quehacer convenía que se incorporase un empleado con algo de cultura, ya que para la fabricación de muebles antiguos debían de servirse de catálogos que les sirvieran de referencia, y ese cometido le fue encomendado a Melchor, que llegó a distinguir muy bien un mueble isabelino, de otro estilo Imperio. Le subieron el jornal en diez pesetas al mes, pero sobre todo le supuso un gran alivio el cambiar el martillo por la gubia. Se llevaba muy bien con Juancho que en una ocasión, como un elogio, le dijo que no parecía andaluz por lo cumplidor que era.

Otra ventaja que le vino años después fue que Antonio Salcedo resultó ser, también, un gran aficionado a los toros, y le dio facilidades cuando comenzó su carrera como maletilla. Como comentaría en más de una ocasión Melchor, es que si algo llegó a alcanzar en el mundo del toro fue gracias a la afición que había en Sevilla, que todo eran estímulos para quien quisiera hacerse torero.

En cuanto a sus estudios no llegó a alcanzar ningún grado académico, como consecuencia de una evolución en el pensamiento de don Antonio, que fue uno de los primeros intelectuales en afiliarse en Andalucía al movimiento obrero que bajo las siglas de UGT y PSOE fundara Pablo Iglesias en

Barcelona en el 1888. Entendía que la docencia reglada servía de poco y que lo importante era profundizar en el conocimiento humano, para mejor poder servir al prójimo, representado por las clases obreras sometidas al despotismo del capitalismo.

–Olvídate del Instituto –le dijo a Melchor– que solo sirve para estrechar las mentes, y abre tu espíritu a valores más altos. Humanismo, eso es lo que hace falta, mucho humanismo.

Y le daba a leer libros que unos los entendía y otros no. Consideraba que los poetas eran los que movían a los pueblos y le hacía leer a Juan Ramón Jiménez, a quien consideraba el padre del Modernismo y un ejemplo a seguir en el empleo del lenguaje. Además, tenía el valor añadido de haber nacido en Palos de Moguer. Don Antonio era político andalucista. También le animaba a leer a Rubén Darío y a Gustavo Adolfo Becquer, a los que calificaba de un tanto decadentes, pero maestros en el arte de la armonía poética.

Su nueva vocación política no era incompatible con su afición a los toros y un domingo de la Feria de Abril se lo llevó a una corrida de la Maestranza. Don Antonio estaba abonado a un tendido de sombra, junto con un colega, que ese domingo no pudo asistir y quedó disponible su entrada.

Era la primera vez que pisaba la plaza de la Maestranza considerada por su difunto padre como la cátedra de la torería, muy superior a la de Madrid. Su padre le tenía dicho que cuando fuera un poco mayor algún día le acompañaría a la plaza, pero murió antes de que llegara ese día. Es de suponer,

por tanto, la emoción con la que recibió la invitación de don Antonio.

Era un día precioso, entreverado de sol y nubes, y sus asientos estaban muy bien situados, tendido bajo a la sombra, porque decía don Antonio que era el único capricho que se permitía, y se lo podía permitir porque a su sueldo de maestro se unían las rentas que procedían de unas tierras que tenía su mujer en la parte de Dos Hermanas. A don Antonio le gustaba presumir de que su mujer era la rica de la familia, y que él había tenido mucho mérito en haber sabido conquistar a una mujer guapa, joven y rica. Eran bromas que se gastaban entre ellos. También le decía a su mujer que cuando llegaran los suyos –los de la UGT y más adelante los de la CNT– le expropiarían las tierras que pasarían a ser del pueblo. Y entonces ella le decía: «Pues te quedarás sin ir a los toros».

Como ya tenían mucha confianza con Melchor estas bromas se las gastaban en su presencia, y el joven se admiraba del ingenio festivo del que daban muestras, y reconsideraba que aunque se muriera don Antonio sería impensable que él pudiera desposar a la viuda porque estaba muy lejos de dar la talla, no solo por edad, sino por falta de ingenio.

Entró en la Maestranza, según sus palabras, con más respeto que si lo hiciera en una iglesia, y vestido con su mejor ropa, un traje completo incluido chaleco, que había pertenecido a su padre y que se lo habían arreglado entre su madre y la prima Tomasa. La corbata, roja, se la compró para la ocasión.

Pasó a buscar a don Antonio a su casa para ir juntos a la

plaza, con la clara intención de que Mariana le viera así vestido y tuvo su recompensa. La mujer dio muestras de admiración y le dijo que estaba muy guapo y que parecía todo un hombre.

En aquella corrida, nunca la olvidaría Melchor, torearon tres estrellas del momento, Joselito, Machaquito y el Bombita, y los tres cortaron orejas y Joselito salió en hombros por la puerta grande. Asistió en mudo y respetuoso silencio al espectáculo mientras que don Antonio, puro en ristre, le iba dando cuenta de las distintas suertes que se desarrollaban en el coso y si el Bombita daba una larga afarolada, comentaba que ese torero era único en semejante lance, mientras que el giro alado del capote era la especialidad de Machaquito, y los pares de banderillas la gracia de Joselito. Don Antonio estaba desconocido, se ponía en pie, aplaudía, ovacionaba a los toreros, sacaba el pañuelo pidiendo la oreja, y le decía a Melchor que sacara el suyo. Y cada poco le decía al chico: «¡Qué suerte estamos teniendo! No te creas que todas las corridas son tan buenas».

A mitad de la corrida cayeron unas gotas de agua y se abrieron paraguas, y en cuanto cesó la lluvia, se oyó una voz bronca que clamó: ¡Paraguas! Y todos se cerraron. Todo en el coso estaba sujeto a un ceremonial, que dependía de un señor muy importante que ocupaba un palco principal y que disponía cuando debía sonar la música para cambiar de suerte, y al que correspondía decidir si se concedía una oreja al matador.

Melchor procuraba no perder ojo de lo que ocurría en el ruedo, pero de vez en cuando la mirada se le iba a la parte de las barreras y tendidos más señeros, que le dio la impresión de

que estaban llenos de mujeres hermosísimas, algunas vestidas con mantillas, a las que los toreros les brindaban toros, y cuando esto sucedía don Antonio le explicaba que se trataba de una bailaora famosa e, incluso, de una dama de la aristocracia.

Cuando terminó la corrida don Antonio le invitó a tomar chocolate con bizcochos y le preguntó que le había parecido la corrida. Y Melchor solo tuvo una palabra: Preciosa.

Aquella noche tardó mucho en dormirse y comenzó a soñar, primero despierto y luego medio dormido, en la posibilidad de ser torero. Todo lo que había sucedido ante sus ojos le había parecido maravilloso, pero no inalcanzable para él. Se daba cuenta de que el arte de aquellos tres hombres consistía en no perder ni un momento el ojo al toro, lo que en la dehesa de los Almontesse decía adivinar sus intenciones, lo que con la capa le parecía fácil de conseguir, con la muleta podía resultar un poco más complicado, y a la hora de matar había que tener suerte.

Pensó poco en el riesgo que comportaba ese oficio –entre otras razones porque llevaban unos años en los que no había habido cogidas mortales–, y le fascinaba su contrapartida de mujeres y dineros. A sus diecisiete años rara era la mujer en la que no encontrara un encanto; tenía que hacer un verdadero esfuerzo para que sus ojos no se fueran tras ellas, porque no le parecía elegante y caballeroso el acosarlas con la mirada. Sus compañeros acostumbraban a piroppearlas, en ocasiones con piropos subidos de tono, pero él no era partidario de esa costumbre especialmente arraigada en el pueblo andaluz. Era muy moderado en ese aspecto, pero por dentro ardía en

deseos. En deseos de verse admirado por mujeres hermosas como las que había visto aquella tarde en los tendidos. Y con Mariana cada día debía de tener más cuidado de que la vista no se le fuera a determinadas partes de su anatomía.

Lo de las mujeres podía ser un problema de concupiscencia, o de vanidad, que podía quedar en segundo lugar, pero lo del dinero resultaba apremiante.

Su madre cada vez ganaba menos en la Fábrica de Tabacos, entre otras razones porque las huelgas estaban a la orden del día y en cuanto a la costura doméstica estaba en baja como consecuencia de una artritis que le había entrado a la prima Tomasa y que le dificultaba el coser. Además un día su madre le dio una noticia buena en un aspecto, pero mala en el económico:

–Puedes estar tranquilo, ya no voy a coger más cigarrillos. Ya no tengo quien me proteja.

No lo hacía por virtud, sino por miedo a que la pillaran. Su madre nunca lo había considerado un robo, sino una compensación por lo mal pagada que estaba, y como en eso coincidía con el parecer de don Antonio, Melchor se resignó a que lo siguiera haciendo, pero se quedó más tranquilo cuando dejó de hacerlo. Pero nunca supo quién la había protegido, y porque la había dejado de proteger. ¿Era un pretendiente? No se imaginaba que su madre pudiera volver a casarse, pero a veces pensaba que era lo mejor que le podía suceder. En una ocasión habló con la prima Tomasa de este asunto; con ella tenía más confianza, en algunos aspectos más que con su

madre. Y sus hermanos también. Por ejemplo, cuando su hermana Rosario comenzó con el período, se lo contó primero a la prima Tomasa.

A Melchor, al llegar a una edad en la que según ella se estaba convirtiendo en un hombre le hacía advertencias muy explícitas, sobre que tuviera cuidado, no fuera a hacer una tontería.

Cuando un día le preguntó si sabía si su madre tenía algún pretendiente, la respuesta fue desconcertante:

–Uno, no, más de uno. Si vuestra madre hubiera querido podría haberse vuelto a casar.

–¿Y por qué no se ha casado?

–Por vosotros. Por no daros un padrastro, que a saber cómo os trataría. Eso se lo tenéis que agradecer.

Cuando le daban una mala respuesta o la desobedecían en algo, siempre les decía lo mismo: que parecía mentira que se portaran así con una madre a la que tenían que estar tan agradecidos.

También le preguntó por el misterioso capataz que la protegía en el turbio asunto de los cigarrillos. ¿Quién era y qué relación tenía con su madre?

–Eso pregúntaselo a ella, si te atreves– fue su respuesta.

Pero nunca se atrevió y siempre se quedó con esa curiosidad.

En sus barruntos de hacerse torero, influyó la mala situación económica que estaban pasando, ya que había meses que solo entraba en la casa el jornal que él ganaba, que apenas les alcanzaba para comprar lo más indispensable para comer. A tal punto que los días que comía en casa de don Antonio sentía remordimientos de pensar que mientras él se atiborraba, en su casa estaban pasando hambre. Bien es cierto que se atiborraba, para no tener que cenar por la noche y que su parte se la pudieran comer los otros, sobre todo su hermano Pepe que estaba desarrollándose y era insaciable. Su madre también había días que hacía dengues como si no tuviera ganas de comer, o cuando les tocaba pescado decía que a ella lo que le gustaba era chupar las cabezas que poca sustancia tenían.

Cuando comenzó a torear y la gente se admiraba de la afición que tenía, Melchor, con los que tenía confianza, les confesaba que su verdadera afición era dar de comer a su familia.

III. MELCHOR, APRENDIZ DE TORERO

Entendió que antes de tomar una determinación tan importante debía de recabar el consejo de los entendidos: ¿qué tenía que hacer para ser torero? Y ese consejo solo se lo podían dar los de la dehesa del marqués de Almonte, entre los que se había movido años atrás.

Bastante años atrás, más de siete, y de los que no guardaba muy buen recuerdo, ya que cuando se murió su padre, el mayoral Manuel Fernández, que se consideraba tan amigo de Isidoro, apenas asistió unos minutos al velatorio y luego no fue al funeral. Y el hijo del marqués, con el que también habían tenido bastante trato, se limitó a mandar su pésame por medio del mayoral.

A pesar de todo decidió visitarlos y lo hizo un domingo del mes de mayo tomando el autobús de línea que discurría por la ruta del toro, que le dejó a más de cinco kilómetros de la dehesa, y recordó con nostalgia los años felices en los que hacía ese recorrido en la calesa conducida por su padre, y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Era un domingo muy caluroso, llegó exhausto a la dehesa, se dirigió a la plaza de tientas, y por el camino apreció que había menos ganado que el que pastaba en sus tiempos de niñez y

luego le comentaría don Antonio que la ganadería almonteña estaba claramente en baja, con muy pocas corridas en las plazas destacadas.

En la plaza de tientas había gente, pero ninguno conocido de Melchor. El que resultó ser el nuevo mayoral se extrañó de ver aparecer un paisano, vestido de ciudad y le interpeló con cierta acritud:

–¿Qué haces tú aquí?

–Soy amigo de Manuel Fernández y quería saludarle y hablar con él.

El hombre se sorprendió ante esa pretensión, y mejoró el tono de su voz para explicarle:

–Andas un poco despistado, muchacho, Manuel Fernández hace años que ya no está aquí, por lo menos tres o cuatro.

–¿Y el hijo del señor marqués?

–Bueno, ahora es él, el señor marqués; su señor padre ha muerto. Y el hijo viene poco por aquí.

Manuel Fernández se había ido, el señor marqués se había muerto, y su hijo venía poco. Habían desaparecido todos sus posibles valedores.

Con el tiempo Melchor sería un buen comunicador, pero desde joven apuntó maneras y por eso intentó que el nuevo mayoral se interesase por él. Le contó que de chaval venía

todos los domingos por la dehesa, que tomaba parte en las faenas de tienta, y que en alguna ocasión dio unos pases con el matador Torquito.

—¿Torquito? Ya no viene por aquí.

Y puso fin a las pretensiones de Melchor de una manera razonable.

—Mira, si lo que quieres es hablar con Manuel Fernández, yo te puedo decir dónde vive ahora. Tiene una pequeña ganadería, pero no de toros, sino de vacas —y aclaró con un deje de humor—: Vacas de leche, que pueden dar más que estos toros que a veces no nos dan más que disgustos. Es muy buena persona Manuel, y me alegro por él. ¿Quieres que te explique dónde tiene los establos?

Y ante la respuesta afirmativa del chico se bajó del burladero en el que estaba sentado, tomó un palo y sobre la tierra le diseñó un plano del que resultaba que la ganadería vacuna de Manuel se encontraba en una pedanía de un pueblo nombrado Las Cabezas de San Juan, un poco largo de allí, pero no demasiado.

Dio las gracias y abandonó la dehesa con un nudo en la garganta, porque eran muchos los recuerdos que le traía y, sobre todo, cayó en la cuenta de la gran carencia que había significado perder a su padre cuando más precisaba de él. Y como si tuviera una deuda con padre tan querido tomó la decisión de poner de su parte cuanto fuera preciso para hacerse matador de toros. ¿No había sido esa la gran ilusión de su padre? Melchor no era mucho de creer en difuntos ni en

espíritus de ultratumba, excepto en el de su padre. A lo largo de su azarosa vida, siempre que hacía algo positivo, suponía que le estaba dando una satisfacción a su padre, que con arreglo a la praxis anarquista en la que militaba ya no existía, pero él se decía que no siempre tenía que estar de acuerdo con sus convencimientos, y en ese punto hacía una excepción. Y más aún en la época en la que fue torero, en la que todavía no se había significado políticamente, y por tanto no estaba seguro de que no existiera la otra vida y que, de existir, seguro que el ángel de la guarda de su padre se habría preocupado de buscarle un lugar destacado.

Regresó a Sevilla y pospuso la visita a Manuel Fernández para el domingo siguiente.

Al primero que contó sus intenciones fue a don Antonio, que se quedó perplejo, pero no demasiado.

—A tu edad me parece lógico, yo también quería ser torero, pero ya se te pasara.

Melchor le contó con todo detalle la ilusión de su padre en que lo fuera y que consideraba que era una deuda que tenía con él. Pero don Antonio, que ya militaba en un socialismo pragmático, fue terminante:

—Con tu padre no tienes ninguna deuda. Disfrutó en vida de tener un hijo como tú, y punto. Se acabó todo. ¿Lo entiendes?

Melchor no lo entendía del todo, pero como no se atrevía a discutir con su mentor, le dijo:

–Es la única forma que tengo para que mi familia salga de la miseria.

–Eso lo comprendo, pero es muy difícil que lo consigas. Además, ¿qué opina tu madre?

–Ni se lo imagina y yo no se lo pienso decir.

Don Antonio se puso serio para darle un consejo:

–Eso no lo puedes hacer ¿es que, acaso, piensas engañarla?
–y ante el encogimiento de hombros del chico, prosiguió–: No se te ocurra mentir nunca, es lo último que puede hacer un hombre de bien.

–Pero a mi madre...

–A una madre menos que a nadie.

Con el tiempo, según se fue consolidando la amistad entre maestro y alumno, Melchor llegó a la conclusión de que don Antonio era una suerte de santo laico que solo creía en las virtudes humanas, honradez, seriedad, fidelidad a los amigos, respeto a los enemigos, devoción a los padres... e insistía que para ponerlas por obra no hacía falta creer en Dios; bastaba creer en la excelsitud del ser humano, verdadera prodigio de la creación, y si Melchor le preguntaba: ¿qué era la creación? El maestro le contestaba: esa era otra cuestión.

En vista de lo cual esa misma noche, se lo planteó a su madre:

–Madre, me gustaría ser torero.

–¿Cómo tu padre?

–No, madre, padre fue solo un aficionado, de los buenos, pero solo aficionado, yo quiero llegar a ser matador de toros profesional.

–¿Y eso crees tú que es fácil?

–No madre, muy difícil, pero me gustaría intentarlo.

Mantenían esta conversación en una noche de primavera, que en Sevilla se confundían a veces con las del verano, y estaban en una veranda del piso que daba a la calle de las Sierpes, a la que se asomaban para ver pasar a la gente. Los otros dos hijos se habían acostado, y ellos estaban sentados en dos sillas de enea, y la prima Tomasa en una butaca, un poco apartada, lamentándose por lo bajo de las molestias que le causaba la artritis. La prima Tomasa siempre se quejaba por lo bajo porque tenía la obsesión de que en aquella casa estaba de más, y no quería molestar: no tenía ingresos de clase alguna por lo que suponía una carga y cualquier día se marcharía a un asilo que era donde debían de estar los viejos. «Ni se le ocurra, tía» –le decía Melchor cuando la mujer lo insinuaba. A lo que ella le replicaba: «Así será una boca menos a alimenten». «Sí –saltaba Melchor cuando le salía su vena poética– y un corazón menos a querer».

En aquella ocasión el «corazón a querer» se inclinó a favor de las pretensiones de Melchor, pues cuando la madre objetó:

–¿Te parece, hijo, que tengo pocos disgustos para que tú salgas ahora con que te quieres hacer torero?

Tomasa dijo;

–Escucha, María, cuando Isidoro dijo que quería hacerse torero, te pareció muy arriesgado ¿no es así? Tú querías para él un trabajo en el que no corriera riesgos, ¿y qué pasó? Que el peligro le vino de donde menos se lo esperaba. Nunca se sabe dónde está el peligro; estamos en manos de Dios.

A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas con el recuerdo de lo que le sucediera a su marido, se retiró a dormir sin decir una palabra, y su hijo respetó su silencio.

Pero a la mañana siguiente le dijo:

–La tía tiene razón, nunca se sabe lo que nos depara la suerte. Puedes hacer lo que quieras, pero ten mucho cuidado.

–Gracias, madre, tendré mucho cuidado.

Y luego, cuando toreaba, comentaba con los compañeros:

–Yo tengo que torear con cuidado; se lo he prometido a mi madre.

Al domingo siguiente se fue a visitar a Manuel Fernández.

Tomó un autobús que partía a las ocho de la mañana y que le llevó hasta un lugar llamado Los Palacios, en donde hizo transbordo a otro que le condujo hasta Las Cabezas de San

Juan, donde le informaron que la pedanía en la que se encontraba la granja de Manuel Fernández distaba varios kilómetros, unos le decían que cinco, otros que siete, y como le vieron bien vestido, de chaqueta y corbata –desde muy joven fue muy esmerado en el vestir– le supusieron con posibles para alquilar un carruaje y así lo hizo. Por cinco pesetas se concertó con el cochero del pueblo, que le llevó hasta lo que era conocida como «La granja del Legionario» pues como tal era conocido el Fernández.

Tuvo una contrariedad desagradable al llegar. El cochero, hombre adusto, le dijo que se volvía, pues tenía otro servicio, y en las cinco pesetas no estaba incluida la vuelta. Melchor, acalorado, se puso a discutir, entre otras razones porque solo le quedaban dos pesetas, y al oído de la discusión apareció Manuel Fernández, que le causó muy buena impresión.

Como habían pasado unos cuantos años, Melchor estaba muy cambiado y a Manuel le costó reconocerlo, pero cuando lo hizo dio muestras de contento:

–¡Pero tú eres el hijo de Isidoro, mi gran amigo!

Melchor no le recordó que pocas muestras había dado de aquella amistad cuando falleció: ni siquiera asistió a su funeral. Se limitó a asentir, sonriente, y se dejó abrazar que era una muestra de afecto poco habitual en aquellos tiempos entre varones. A continuación se interesó por el motivo de aquellas voces y Melchor le explicó que el cochero pretendía cobrarle otras cinco pesetas por devolverlo al pueblo. El hombre se disponía a dar una explicación de sus razones, pero Fernández

le cortó con un gesto de la mano y en un tono, ligeramente despectivo, le dijo que podía irse. El hombre se marchó murmurando, y Fernández le tranquilizó al chico:

–No te preocupes, yo te llevaré a Cabezas ¿dónde has bajado del autobús?

Cuando le explicó que en los Palacios había hecho transbordo, le dijo que entonces lo llevaría a Palacios y así se iría directo a Sevilla, luego le reprendió:

–¿Cómo se te ha ocurrido tomar ese cochero? Es un malaje.

–Me lo recomendaron en el pueblo.

–¡A saber quién te lo recomendó! Bueno ¿qué te trae por aquí?

El gusto de saludarle y pedirle consejo, le dijo Melchor. Y le confesó sus intenciones de hacerse torero. El hombre muy pensativo, comentó:

–Esa era la gran ilusión de tu padre, que fueras torero. ¡Qué gran persona era Isidoro! Y tú, a pesar de que eras un niño, no te dabas mala maña con el ganado: lo entendías bastante bien.

Le hizo pasar al interior de la finca, de la que se sentía muy orgulloso, y también de su mujer y de sus dos hijos, que se los presentó, explicándoles que Melchor era hijo del mejor amigo que había tenido nunca, al que puede que hasta le debiera la vida, ya que en una ocasión en Marruecos le sacó de una situación muy apurada. La mujer era joven y hermosa, en el

sentido de que ofrecía un aspecto muy lozano, aunque de cara no fuera muy agraciada. El hijo mayor tendría unos catorce años y ya le ayudaba a su padre con las vacas, aunque le explicó que a diario venían dos jornaleros porque era mucho el trabajo que tenían, a Dios gracias, treinta cinco vacas de leche, de buena leche, que en parte pastaban en lo libre, y en parte las tenía estabuladas que rendían más. Le invitó a comer y le pidió a su mujer que matara una gallina, pero ésta le dijo que prefería poner conejo, y le preguntó a Melchor que si le gustaba el conejo, que estaba muy rico al ajillo y con majado de pan, y Melchor le contestó que le gustaba todo, especialmente el conejo.

—Luego en la comida hablamos de lo tuyo —le dijo Fernández—, ahora vamos a darnos una vuelta por la granja, que aunque sea domingo el ganado come y hay que atenderlo.

Les acompañó el hijo mayor, que era quien portaba los haces de paja, que los iba colocando en los establos siguiendo instrucciones de su padre, mientras éste le contaba a Melchor lo que había sido de su vida en aquellos años en los que no se habían visto. El señor marqués de Almonte, era todo un caballero, y le había fiado un préstamo que fue lo que le permitió montar la granja, porque comprendió que quisiera tener su propio negocio. El hijo, ahora marqués, era muy distinto, sin llegar a ser mala persona tenía dos defectos muy graves: el vino y las mujeres. Era sobradamente sabido que había dejado preñada a la hija de un aparcerero, pero él negaba haber tenido parte en aquel embarazo. Eso nunca lo hubiera hecho su señor padre, que también había tenido sus aventuras, pero siempre había dado la cara.

Melchor le contó que el domingo anterior había visitado la dehesa, y que la había encontrado más descuidada.

—Y más que va a estar porque yo te he dicho dos males del joven marqués, pero tiene otro mucho más grave: tira de la oreja a Jorge, juega, pero no te creas que le da solo al naípe, sino que se conoce todos los garitos desde Sevilla a Jerez y hay quien dice que hasta se ha ido a Biarritz a jugar a la ruleta. Un desastre. A mí me da mucha pena.

Le daba mucha pena, pero se le veía feliz de haberse apartado a tiempo de lo que, a su parecer, estaba llamado a ser un desastre.

A la una estaban sentados a la mesa, almorzando una ensalada de lechuga y tomate y el conejo al ajillo que estaba muy bueno. Fernández colocó sobre la mesa una botella de vino tinto, de marca, porque era domingo, y cuando Melchor dijo que él no tenía costumbre de beber, le exigió:

—El conejo al ajillo no se puede comer sin vino, o sea que hoy bebes.

Y bebió.

Durante el almuerzo volvió a contar a su mujer quién era Melchor, y quién había sido su padre, y les aclaró a sus hijos:

—Puede que Melchor vaya para torero, de eso vamos a hablar ahora.

Y en la sobremesa se quedaron los dos solos, en compañía de

dos copas de anís, que Fernández le explicó a su invitado que ayudaba a hacer la digestión del conejo, y que también era conveniente eructar, y que no se recatara de hacerlo; es más, en Marruecos se consideraba de mala educación no eructar después de las comidas. Significaba que no se había comido a gusto.

Entre el vino y el anís, que no tenía costumbre de tomar, Melchor notaba que se le iba un poco la cabeza, pero no demasiado, porque los efectos etílicos le producían una euforia que le animaban a expresarse con mayor soltura de la habitual en él. Le explicó a su anfitrión lo que le movía a ser torero, el recuerdo de su padre, y la precaria situación económica de su familia, y Fernández le cortó:

–Me dan lo mismo tus razones, tú quieres ser torero y basta. Si otros lo prueban, tú también lo puedes intentar. ¿Te acuerdas de lo que aprendiste en la dehesa? Porque por aquellos años pasaron toreros de postín, en las tientas, y tú te fijarías muy bien en lo que hacían. ¿No es así?

Así era, y le hizo un repaso de todas las suertes que recordaba: el giro del capote, las verónicas, los recortes, las navarras, el quiebro, el sesgo...

–Pues bien, lo que tienes que hacer ahora es practicar todo eso.

–Y ¿dónde lo practico?

–Donde haya ganado.

lo que menos se esperaba Melchor, era que le dijera que el ganado más accesible era el de la dehesa almonteña. ¿Pero es que le iban a dejar torear en la dehesa? Si se daba un poco de maña no precisaría obtener permiso alguno.

–Cuando yo era el mayoral sabía que algún muletilla, a la caída de la tarde, cuando dejábamos al ganado solo, entraban y daban algunos pases a los animales. Sé que la mayoría de los ganaderos son contrarios a esta permisividad, diciendo que malean al ganado. No hay tal porque cuando el toro está en el campo entra al trapo a modo de juego. Sobre todo los becerros que no se malician lo que les espera.

Le dio una larga explicación de los animales en esa situación, y le dijo que de tentarlo –a lo que él no le animaba– debía entrar por la enramada de la ladera norte que era a la que tenían querencia los animales y que como más apartada del cortijo estaba descuidada de vigilancia. Debía aprovechar cuando el día iba de caída, entre dos luces, de manera que si le descubrían pudiera disimularse en el bosquecillo que estaba junto a esa ladera. También le dijo que sabía de algunos maletillas que aprovechaban las noches de luna llena, que estaba comprobado que esas noches los toros no dormían sino que se quedaban fijo mirando a la luna.

–Si te pillan yo no sé nada y a mí ni me nombres. Conmigo no has hablado. ¡Ojo! que yo no te animo, es cosa tuya. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Pues vamos para el pueblo.

Fernández condujo la calesa campo a través, acortando por senderos por él conocidos, pero aún así tardó más de media hora alcanzar los Palacios. Cuando estaban llegando, le hizo una declaración que le tomó por sorpresa:

–Sentí mucho no poder asistir al funeral de tu padre, pero es que no pude.

No le explicó la causa de no haber podido, pero Melchor comprensivo, le dijo que no se preocupara, que seguro que con el corazón había estado allí. Eso desde luego, le dijo Fernández, y por último le preguntó si tenía dinero para el autobús, y se ofreció a pagárselo. No hacía falta, gracias, y cuando se despidieron fue Melchor quien se adelantó a darle un fuerte abrazo.

IV. MELCHOR SE INICIA COMO MALETILLA

Al miércoles siguiente fue a comer las lentejas a casa de don Antonio, que le esperaba con curiosidad pues Melchor le había informado de la proyectada visita al mayoral de la dehesa del marqués de Almonte.

Fue un día bastante singular para el joven, que llevaba un par de semanas sin ir por la casa y fue recibido con mucho cariño por el matrimonio, a los que contó con bastante detalle su visita, primero a la dehesa y al domingo siguiente a la granja del mayoral. Desde muy joven Melchor se daba gracia en contar las cosas, fingiendo una timidez que estaba lejos de sentir, pero que daba encanto a su persona. Mantuvo ese estilo toda su vida, aunque cuando llegó a ocupar cargos de relieve en la política sindical, ponía más énfasis que timidez en sus palabras. En su narración había decidido no referirse a la locura de torear a escondidas en la dehesa, incluso a la luz de la luna. Y cuando don Antonio le preguntó que cómo pensaba practicar con el ganado, y se disponía a mentirle, recordó que para su maestro la mentira era el mayor desdoro que podía cometer un hombre de bien, y le confesó la verdad.

–Eso es un disparate –fue su primera reacción– ¡Cómo vas a ir a la dehesa, poco menos que de noche!

Intervino Mariana que se mostraba contraria a que Melchor se hiciera torero, y para hacerle desistir se tomaba licencias de tomarle de las manos, y en alguna ocasión hasta acariciarle la cabeza, como si fuera su madre, pero como no lo era, esas manifestaciones de cariño producían en Melchor una mezcla de embeleso y turbación, que procuraba quitárselas de la cabeza, pero no siempre lo conseguía, y le volvían a las mientes el torpe pensamiento de que pudiera quedarse viuda para desposarla. Le parecía una iniquidad por su parte que mientras don Antonio pensaba en su porvenir, él pensara en su muerte.

En aquella ocasión el matrimonio llegó a enfadarse pues Mariana reprochó a su marido el que animase al chico a hacerse torero, y el hombre replicó enfadado:

–¡Yo no le animo a ser torero, yo solo le animo a ser buena persona!

–¡Pero para eso no hace falta ser torero!

Se enzarzaron sobre lo que era más conveniente para ser buena persona, y la mujer terminó por retirarse a su habitación sin recoger tan siquiera la mesa. Su marido la disculpó:

–No te preocupes, eso es porque te quiere mucho. Ya se le pasará.

A Melchor le parecía muy bien que aquella maravillosa mujer le quisiera mucho, y hasta le halagaba que personas tan estimadas por él, regañasen por su causa. Por eso fue un día que no olvidaría fácilmente.

Cuando se quedaron solos don Antonio le pidió toda clase de detalles sobre la conversación mantenida con el mayoral, en orden a lo que denominó «práctica clandestina del toreo» y concluyó:

–Si sigues empeñado en ser torero de algún modo tienes que empezar. ¿A qué distancia está la dehesa?

Melchor dijo que entre quince o veinte kilómetros, dependía del camino que se tomara.

Ese día hablaron poco más y al despedirse don Antonio le dijo:

–Ven el miércoles que viene, quiero comentar una cosa contigo que me la tengo que pensar.

El miércoles siguiente fue más singular todavía.

Le abrió la puerta Mariana que le recibió con dos besos, y le pidió disculpas por su comportamiento del otro día. ¿Quién era ella para inmiscuirse en su futuro de ser torero, o dejar de serlo? Lo único que le pedía era que si por fin se hacía torero, que tuviera cuidado, es decir, lo mismo que le había dicho su madre, y Melchor le prometió que lo tendría.

La gran sorpresa vino por parte de don Antonio que le hizo salir al balcón de la casa, que era bastante espacioso, y le mostró una bicicleta apoyada contra la barandilla.

–La he comprado para ti, de segunda mano, pero no te preocupes que ya me la pagarás.

Era una bicicleta muy recia con manillar de carreras, guardabarros, timbre, bomba de hinchar las ruedas, e incluso con una linterna de pilas, sujeta en el manillar, que servía como faro.

Don Antonio, de joven, había sido muy aficionado a montar en bici y llegó a tomar parte en carreras de aficionados, en las que como él decía, nunca había quedado el último, aunque le había faltado poco.

–Te vendrá muy bien para ir a la dehesa; quince o veinte kilómetros en una buena bici, como es esta, se hacen fácilmente.

Pero la sorpresa vino cuando Melchor dijo que no sabía montar en bici. ¿Cómo que no sabía montar en bici? ¡Todos los niños sabían montar en bici!

–No se lo crea usted, don Antonio, una bici no está al alcance de muchos niños. Al menos no lo ha estado al mío.

–No importa se aprende fácil.

Y aquella misma tarde se fueron a la ribera del río y don Antonio le dio las primeras clases. No precisó demasiadas, porque según su profesor se daba más maña con la bicicleta que con los libros.

A Melchor le parecía maravilloso desplazarse por la ciudad, recorriéndola de un lado para otro, en muy poco tiempo. Desde que se inició en la bicicleta iba al trabajo en ella, y estaba deseando que sus jefes le mandaran a algún recado,

para hacerlo en bici. Pidió a su madre y a la tía Tomasa que se asomaran al balcón para verle montar en la bici, y cuando le vio su madre, comentó:

–Veo que vas prosperando, hijo, cómo me alegro.

A su hermano Pepe le dijo que le enseñaría a montar, y cuando la pequeña Rosario, protestó: ¿por qué a mí, no? le aclaró que era una bicicleta de hombre, y que no servía para las chicas, pero le prometió que si algún día ganaba dinero le compraría una. Y, cumplió: con los primeros veinte duros que ganó como torero le compró una bici a su hermana.

Don Antonio también estaba feliz porque consideraba un acierto que un futuro torero montara en bici, pues era un ejercicio que fortalecía las piernas, algo muy importante en el oficio. Y cada vez mostraba menos reservas a que Melchor se hiciera torero, ya que sería bueno que en el sindicato no solo militasen obreros, sino también intelectuales y artistas, y consideraba el toreo un arte indiscutible. Daba por supuesto que Melchor formaría parte del sindicato, todavía en ciernes en Andalucía, pese que a la sazón el chico no mostraba inquietudes políticas.

Sería el mes de junio, con los días más largos del año, cuando Melchor se decidió acometer la aventura almonteña. Dominaba ya la bicicleta, y se había provisto de cámaras y pegamento, por si pinchaba. También había conseguido que la tía Tomasa le confeccionara con un paño rojo un capote, mitad muleta, pero que entendió que para unos primeros pases sería suficiente. Consiguió de su jefe, Antonio Salcedo, que le

permitiese dejar el trabajo a las cinco de la tarde pretextando un asunto familiar, y partió camino de la dehesa.

Si había disfrutado de la bici en la ciudad cuando salió a la carretera le pareció algo superior. La tarde estaba calurosa, pero el aire que levantaba con su desplazamiento, atenuaba sus rigores. Eran años de muy poco tráfico de vehículos de motor, y en las cuesta abajo se permitía adelantar a los camiones que, cargados, circulaban muy despacio. A la media hora ya estaba a la altura del desvío que conducía a la dehesa, y tomó un camino de tierra, con grandes precauciones, pues don Antonio le había advertido que en esos caminos era donde el ganado perdía los clavos de las herraduras y podía pinchar.

Cuando alcanzó la enramada norte y se dispuso a entrar en la finca, le temblaban las piernas. Dejó la bici apoyada en un árbol del bosquecillo en el que, según el señor Fernández, debería de ocultarse en caso de apuro, y salvó sin dificultades la alambrada de cerramiento. Le costó dar con el ganado que estaba apartado de la linde, tumbados a la sombra de copudos árboles, y que no se inquietaron ante su presencia. Distinguió vacas, toros y becerros, todos con un aire muy remolón, como si estuvieran acostumbrados a la presencia de humanos. Eligió un becerro que se levantó sobre sus cuatro patas, desplegó su capote-muleta y se fue hacia él, pero el animal se limitó a rebufar y dio unos pasos para atrás. De las tientes recordaba el modo de encelar a los animales, y consiguió que el animal se arrancara, pero sin demasiado brío, y acertó a darle un par de pases, ante la indiferencia de su madre –supuso que una de las vacas tumbadas sería su madre– y de los otros animales mayores.

Y en ese momento, tras uno de los copudos árboles emergió un hombre, y Melchor temió que podía ser un gañán del cortijo y se dispuso a huir al bosquecillo, cuando le detuvo su voz:

–¡Alto, tú, que estamos a lo mismo!

Era un joven algo mayor que él, pero con más aire de torero; vestía una chaquetilla, como de rejoneador, y calzaba botas de media caña, con zahones.

–Estamos a lo mismo –le repitió– y a ver si entre los dos podemos hacer algo con este ganado que es muy desaborío, y tengo para mí que es la última vez que vengo por aquí.

Se trataba de un maletilla aventajado, muy experimentado en estos lances, que le dijo:

–Primero vamos fumarnos un cigarro, que tenemos tiempo; yo invito.

Sacó una petaca con tabaco de picadura y un librillo con papel de fumar, y se la ofreció a Melchor –que no fumaba– y con calma se puso a liar un cigarrillo, y comenzó a discurrir sobre la vida y lo difícil que la tenían los que aspiraban a ser toreros. El era el último año que lo intentaba, si no conseguía plaza, pero plaza de verdad, no de capeas de pueblo, se volvía a su tierra que estaba por la parte de Jaén donde por lo menos no le faltaba un trozo de pan que llevarse a la boca.

–¿Y tú, qué? –le preguntó a Melchor.

Este le explicó que conocía la dehesa de años atrás y que por

eso venía a tentar suerte con el ganado. El joven, que dijo llamarse Eusebio, le explicó que poca suerte podían tener con aquel ganado al que le faltaba casta.

Cuando terminó de fumarse el cigarro, se levantó del suelo donde se habían sentado, sacó una navaja de la faltriquera, con la que cortó la rama de un árbol, la peló y afiló su punta, y le explicó a Melchor lo que iban a hacer: uno pincharía a un toro en los cuartos traseros y el otro le esperaría con la muleta con la esperanza de que se arrancara.

Así lo hicieron con un toro, no con un becerro, y se arrancó, y primero uno y luego otro, pudieron darle unos cuantos pases relativamente lucidos, y como la tarde iba de caída decidieron dejarlo, bastante satisfechos.

–¿Y tú como has venido? –le preguntó Melchor.

–Pues andando.

–¿Y cómo te vas a volver?

–Pues andando hasta la parada del autobús.

–Pero coge un poco lejos.

–¡Y qué remedio!

–Yo he venido en bici –le explicó Melchor– y te puedo llevar en la barra.

Eusebio mostró envidia de que tuviera bici; él también había

pensado en comprársela, pero el poco dinero que tenía decidió invertirlo en su traje de torero –chaquetilla, zahones– y le explicó que también tenía un estoque porque en las capeas había que trabajar con material propio.

–¿Tú crees que podemos ir los dos en tu bici?

Afirmativo por parte de Melchor que ya le había dado paseos a su hermano Pepe sentado sobre la barra.

Eusebio Cantalapiedra fue el primer amigo que se hizo Melchor en el mundillo de los que soñaban ser toreros, porque vista la comodidad que suponía viajar en bicicleta, se concertaron en volver a la semana siguiente, aunque el ganado fuera de poco valer.

A don Antonio le contó la aventura y le comentó:

–No me ha parecido difícil.

Su maestro le pidió toda clase de detalles sobre cómo se habían desarrollado los acontecimientos, y le reprendió severamente:

–El que entres en predio ajeno a torear ya me parece que está mal, pero pase.

Lo que no puedes hacer es ir solo. ¿Te imaginas que un toro te da un revolcón, no digo ya una cornada, que también es posible, y te deja tirado con una pierna rota, o un brazo dislocado? ¿Qué haces, cómo sales del apuro?

–Bueno, estaba el Cantalapiedra...– quiso justificarse Melchor.

–Ese te lo encontraste después, por casualidad, pero no se te ocurra volver solo, es un disparate.

Y no volvió solo ya que lo hizo con Cantalapiedra, una vez por semana, durante todo el mes de junio y parte del de julio. Su nuevo amigo no tenía residencia en Sevilla y dormía en el parque de María Luisa, o en una nave abandonada a las afueras de la ciudad y se aseaba en unos antiguos baños árabes de la calle de San Marcos, hasta que Melchor le buscó una pensión que regentaba una conocida de la tía Tomasa, por la que pagaba dos reales al día, que no siempre los tenía, y cuando no los tenía se los prestaba Melchor.

Cantalapiedra insistía en que los toros de la dehesa de Almonte eran de muy poco valer, por tratarse de una ganadería en clara decadencia, pero que algún provecho sacaban pues a la postre toros eran, y algo se aprendía al moverse entre ellos. Con la ventaja de que al no haber vigilancia, podían moverse a sus anchas. Además, consideraba a Sevilla la cuna de la torería y ahí sí que se aprendía con los toreros que pasaban por la Maestranza, lo mejor de toda España, y él no se perdía una corrida ya que conseguía colarse en el coso, sin pagar entrada. Le animaba a Melchor a hacer lo mismo, pero éste no se atrevía y cuando había una buena corrida –que aquel verano las hubo– entraba pagando su entrada en andanada de sol que era la más barata.

Decidieron mejorar su desplazamiento a la dehesa, tomando

el autobús de línea, y colocando la bicicleta en la baca, hasta la altura del desvío donde se bajaban y montaban en la bici.

Eso le obligaba a Melchor a salir antes de su trabajo, y como no podía pretextar siempre asuntos familiares, le confesó la verdad a su jefe, el señor Antonio Salcedo, que ya sabía de sus aficiones y departían con frecuencia sobre el mundo taurino. Le dijo la verdad a medias, pues no le explicó que iba a torear de tapadillo, sino a tomar parte en unas tientas en las que tenía la oportunidad de dar unos capotazos. «Vale, vale –le decía su jefe–, pero a ver si cuando seas un torero famoso te acuerdas de mí».

Pasados los años comentaría Melchor que si había logrado vestirse de luces fue gracias a una bicicleta que tenía y a dos caballeros, ambos llamados Antonio, que le animaron y le dieron facilidades.

El último domingo del mes de julio de 1911, cuando Melchor estaba para cumplir los diecinueve años, pisó por primera vez lo que hacía las veces de una plaza de toros y que consistía en un coso que habían levantado en un pueblo próximo a Sevilla, Palomares del Río, con ocasión de las fiestas patronales, y que estaba formada por carros que cerraban las cuatro callejas que iban a dar a la plaza del pueblo, en cuyo centro se alzaba una fuente con su pilón, todo ello coronado por una cruz de piedra berroqueña, de la que colgaban cuatro faroles de hierro forjado.

Fue Cantalapiedra quien le informó del acontecimiento, una corrida de tres toros, dos de ellos toreados por matadores

profesionales vestidos con trajes de luces, y el tercero por una cuadrilla de aficionados, o maletillas, pero bien organizada, con uno que hacía cabeza, buen amigo suyo, Domingo González, que se haría famoso como Dominguín, y que les admitiría en su cuadrilla. Cantalapiedra hablaba con gran respeto de Domingo González de quien decía que de todos ellos era quien más posibilidades tenía de alcanzar la suerte de matador, pues de arte no andaba corto y de valor sobrado. Ya era muy respetado porque en las capeas cuando salía un toro arrebatado y retorcido, era el único que no dudaba en enfrentarse a él para terminar despachándolo de un estoconazo. En eso acertó Cantalapiedra, pues no solo Domingo González alcanzó gloria como matador de toros, sino que fue el creador de una saga de toreros, el último de ellos el famoso Luis Miguel Dominguín.

Aconsejado por don Antonio, se compró unas botas de media caña, y un sombrero cordobés, y la tía Tomasa le cortó unos pantalones, a media pierna, que le daban un aire campero.

Aquella noche apenas pudo dormir por la emoción que sentía, al tiempo que la responsabilidad, ya que tanto don Antonio, como el señor Salcedo, dijeron que por nada se perderían su debut como torero, y alquilaron un carricoche con el que se desplazaron a Palomares del Río. Ese día se conocieron los dos caballeros que pronto simpatizaron dada su afición común al toro, y el buen concepto que ambos tenían de Melchor Rodríguez. El señor Salcedo decía que era un buen trabajador, muy amañado, y don Antonio decía que era muy aplicado para las letras. Pero los dos opinaban que ya veían más difícil que llegara a ser torero.

Melchor Rodríguez fue muy poco dado a hablar de sus tiempos de torero, y si alguno se lo recordaba decía que habían sido locuras de juventud, o necesidades de la vida, y pocas explicaciones más daba.

De aquella su primera corrida recordaba que los carros que formaban la plaza estaban repletos de mozos, algunos con garrotas que insultaban a los dos toreros vestidos de luces, que no debieron de acertar en sus faenas a juzgar por la reacción adversa del público.

Cantalapiedra le condujo a una talanquera en la que se encontraba Domingo González, en compañía del resto de la cuadrilla, que eran tres más, en total cinco. Desde el primer momento le cayó muy bien el Dominguín, muy serio, pero muy educado, quien le advirtió de buenos modos:

–Ese capote que traes no me parece muy propio.

–No tengo otro –se disculpó Melchor.

–No pasa nada, si tú te arreglas bien con él, eso es lo importante.

–Se arregla bien con ese capote, maestro, ya lo verás –intervino Cantalapiedra.

Dominguín se echó a reír y le reprendió:

–¡No me llames maestro, malaje!

–Para mí lo eres –insistió el otro.

Razón no le faltaba, ya que según se acercaba el momento de su turno en la lidia, comenzó a dar instrucciones sobre lo que debían hacer los de su cuadrilla, faena de capa porque él se reservaba la suerte de banderillas y la de muleta y estoque.

Uno de los de la cuadrilla se asomó al redil donde estaban los toros a lidiar y le dijo a Domingo:

—¿Pero tú has visto que toro nos han reservado? ¡Es un morlaco viejo y resabiado!

—¿Y qué te pensabas? ¿Que nos tenían preparada una pera en dulce? De manera que andamos mendigando que nos den toros, y ahora que llega el momento nos vamos a echar para atrás... El que quiera dejar la cuadrilla a tiempo está.

Uno se fue y quedaron cuatro. La espera se le hizo muy larga a Melchor. Don Antonio y el señor Salcedo, por su aspecto de caballeros, habían encontrado un buen sitio, sentados sobre sillas en una plataforma que se alzaba sobre unos carros, y sobre la que se asentaba la presidencia. Desde su sitio veían a Melchor y, de vez en cuando le mandaban saludos y gestos de ánimo, lo que le ponía más nervioso aún.

El alguacil del pueblo tocó la trompetilla para anunciar el inicio del último toro de la tarde, que resultó ser un toro berrendo, con una mancha oscura en el costillar, de buen peso, aunque de trotar lento como si le pesaran los años. Dominguín ordenó a los suyos que se estuvieran quietos, hasta ver cómo se desenvolvía el animal, que se limitó a olfatear el aire y darse una vuelta por el coso, como si estuviera reconociéndolo, y como los mozos comenzaron a gritar pidiendo acción.

Dominguín dispuso:

–A ver quién le da el primer capotazo ¿tú, Cantalapiedra?

–Con tu permiso se lo doy, yo, Domingo –dijo Melchor dispuesto a lucirse ante los dos próceres que le observaban desde la presidencia.

Eso lo sabía hacer pues no se le daba mal lo de encelar al toro con la capa, que era casi la única faena que practicaba en la dehesa almonteña. Cuando pasados los años debutó como novillero, las críticas que le dedicaron reseñaban que era una pena que no se diera con la muleta y el estoque, el mismo arte que se daba con la capa.

En aquella su primera oportunidad se puso en el centro del improvisado ruedo, de espaldas a la fuente, citó al animal que embistió cansino, pero embistió y le dio algo parecido a una larga afarolada, recibéndolo con la capa sujeta en la mano derecha, para luego alzarla con las dos manos, y revolotearla por su espalda, lo que provocó el aplauso del público. Fueron los primeros aplausos que recibía como torero que lo sumieron en un sueño. Cuando se retiró a la talanquera, Domingo Dominguín, le dijo:

–Bien muchacho.

Ambos eran de parecida edad, pero Dominguín, más recio y corpulento que Melchor, y mucho más experimentado en aquellos trances, le trataba con un aire protector.

Visto que el animal embestía, Dominguín se puso a la faena

de sacar de él el mayor partido posible y lo consiguió. A la hora de las banderillas dejó que el Cantalapiedra tentara un par y de las dos dejó una bien clavada. Dominguín sería conocido porque sus faenas eran cortas, pero bien aprovechadas, y pasaba de un tercio a otro sin perder tiempo. Aunque fuera una capea de pueblo al toro había que matarlo, y eso siempre era considerado como la hora de la verdad y Dominguín la acometió con la decisión que le haría famoso. Y fue el segundo momento de gloria en aquella tarde para Melchor. Al toro había que colocárselo al matador al alcance de su muleta, y trataron de hacerlo algunos de la cuadrilla sin éxito, ya que el toro, castigado por las banderillas, se arrimaba al pilón del centro y se restregaba las heridas contra él y no se quería mover de lo que consideraba su refugio. Entonces se dirigió Dominguín a Melchor y le conminó:

–Inténtalo, tú, Marcial.

Se produjo un momento de desconcierto: ¿a qué Marcial se refería?

Intervino Cantalapiedra:

–Domingo, no se llama Marcial, se llama Melchor.

–Perdona, Melchor, sácame al bicho de ahí.

Y se lo sacó con maña y con paciencia, y con alguna ayuda del Cantalapiedra que le azuzaba al animal con la vara de la muleta. Logró cuadrárselo al matador que lo despachó de un toconazo, y el animal cayó redondo.

Cuando terminó el festejo el sentir popular era que los maletillas habían actuado mucho mejor que los profesionales, y Dominguín recibió muchas felicitaciones, incluso del Alcalde, que presidía la corrida quien le dijo:

–No es costumbre en las capeas, pero si no te hubiera dado una oreja.

Don Antonio y el señor Salcedo se acercaron a felicitar y abrazar a Melchor y dispusieron que todos los de la cuadrilla, estaban invitados a una venta que había en Sevilla, a la otra orilla del río enfrente de la Maestranza, que era en la que festejaban sus triunfos algunos matadores. Y aquel triunfo no merecía ser menos.

Melchor siempre agradeció ese detalle a don Antonio y al señor Salcedo porque en aquellos años el hambre estaba muy generalizada, y en los maletillas más aún. Dispusieron que el carricoche que habían alquilado hiciera un par de viajes para llevar a toda la cuadrilla, que se mostraban sobrecogidos ante la generosidad de aquellos caballeros. Y fue ocasión de que se iniciara una amistad entre Domingo González y Melchor Rodríguez que, con distintas alternativas, se mantuvo durante años. Melchor siempre se mostró admirador de Dominguín y defensor a ultranza de su modo de torear. Y Dominguín, ya retirado y famoso, fue de los que intercedió por su amigo Melchor cuando pasó graves contrariedades en su vida política, que a punto estuvieron de costarle la vida.

Los maletillas comieron y bebieron con voracidad y se justificaron alegando que para torear debían estar en ayunas,

por ser muy peligrosa una cornada con tripa la llena, de ahí su hambre, pero don Antonio se reía y les animaba diciéndoles que aprovecharan la ocasión.

Comentaron todos los lances de la corrida, felicitaron varias veces a Melchor por sus oportunos capotazos, pero tanto don Antonio como el señor Salcedo se interesaron más por la carrera de Domingo González. Este les contó que ya cobraba unos duros por torear en las capeas, y que esperaba vestirse de luces pronto, Dios mediante al año entrante. Tardó algo más pues hasta el 1915 no debutó oficialmente como novillero, en una corrida nocturna que tuvo lugar en la antigua plaza de toros de Madrid, la de la carretera de Aragón. Don Antonio le dio algunos consejos sobre el arte de torear que Dominguín los recibió con humildad y muestras de agradecimiento.

En un aparte el futuro matador le dijo a Melchor que tenía mucha suerte de tener unos valedores tan importantes y tan conocedores del mundo del toro. Y concluyó:

–En lo que te pueda ayudar cuenta conmigo.

Y Melchor fue terminante:

–Lo que has hecho hoy conmigo, hazlo siempre que puedas.

–Cuenta con ello.

V. LOS AMORES DE MELCHOR

Aquel año fue muy importante en la vida de Melchor, que pasó de ser un aficionado a trastear con los toros, a ser alguien que alternaba con los que ya cobraban por tomar parte en festejos taurinos de plazas y pueblos de la más diversa condición. Dominguín había decidido quedarse en Andalucía lo que restaba de temporada, que alcanzó los meses de agosto y septiembre y parte del de octubre, y raro era el domingo o día festivo que no era requerido a torear y con él se llevaba a Melchor.

La vida de Dominguín le tenía admirado a Melchor, pues su extracción más humilde no podía ser, gañán de labor en Quismondo, pueblecito perdido de la provincia de Toledo, sin referencia taurina alguna y con la singularidad de que ningún miembro de su familia había salido nunca del pueblo. Le confesaba a Melchor que sin haber visto una corrida de toros oyó hablar de que con el toreo se podía ganar mucho dinero, y por eso se había animado a ello. Decía con gran sencillez:

–Como de letras más corto no podía andar, y del arado solo podía sacar miserias ¿qué otra me quedaba más que tentar al toro?

Le confesó que de letras andaba tan escaso, que pasaba

apuros cuando tenía que firmar algo en los papeles, ya que sin ser analfabeto poco le faltaba.

–Eso tiene fácil remedio –le dijo Melchor– pues yo de letras ando más sobrado que del arte taurino.

Y así fue como comenzaron a intercambiar sus conocimientos, pues siendo Dominguín hombre de luces naturales poco le costó aprovechar las lecciones que le dio su amigo. Baste considerar que cuando se cortó la coleta como torero, creó una empresa de apoderamiento de toreros, que llegó a ser la más importante de España de su tiempo.

Dominguín desde sus primeros pasos dio muestra de cuidar su presencia, y cuando no tenía que torear vestía traje completo y corbata, y no se servía de un sombrero cordobés, sino de uno de fieltro como el de los caballeros, y en eso también coincidía con Melchor que siempre fue muy esmerado en el vestir.

En esa su primera temporada Melchor ya ganó algún dinero, no mucho, pero que alivió la modesta economía de la familia, y le permitió comprarse un capote profesional, una muleta y un estoque, todo de segunda mano en un ropavejero, muy aficionado a los toros que a los que maletillas que apuntaban, se lo vendía de fiado. Y Melchor apuntaba.

Con la ayuda de Dominguín mató a su primer toro, que más parecía un buey, cansino y arrimado a las tablas, al que despachó con un par de estocadas y lo remató con la puntilla. Solía comentar que hubiera preferido que las corridas fueran como en Portugal, en las que se prescindía de la suerte de

matar, y el toro, aunque maltrecho, volvía vivo a los corrales. A la hora de matar era presa de encontrados sentimientos: por una parte sentía pavor de que lo pudiera empitonar –y más de un revolcón sufrió a lo largo de su carrera– y por otra sentía lástima del animal. Y desde que se asomó al mundo de la militancia anarquista le entró el escrúpulo de hasta qué punto era justo tratar así a los animales.

Fue un trimestre en el que abusó de su vigor juvenil, ya que para participar en los diversos festejos, algunos distantes de Sevilla, debía tomar trenes que en aquellos años eran inciertos en sus horarios y lentos en su marcha, por lo que no era extraño que se pasara un par de noches mal durmiendo en duros asientos de madera, ya que el lunes a primera hora debía de estar en su trabajo en la empresa de chapistería, aunque el señor Salcedo seguía mostrándose muy benévolo con sus posibles retrasos.

Como consecuencia de aquella vida adelgazó, se le estilizó la figura, y según su admirada Mariana eso le favorecía y le hacía parecer más guapo, lo cual le servía de consuelo.

Cuando regresaba con algún dinero –lo que no siempre sucedía– se lo entregaba a su madre con gran satisfacción, y le decía que aquello eran solo los comienzos, y que luego vendría más, algo que no sucedió del todo pues Melchor, por diversas causas, no llegó a ganar mucho con el toro.

La madre lo tomaba con agradecimiento, pues la familia seguía en situación de penuria y aquel dinero ayudaba a salir de ella, pero le hacía prometer a su hijo que tendría mucho

cuidado, y éste le contestaba que lo tenía y, por broma, le decía que siempre toreaba a prudencial distancia del animal.

Su carrera taurina duró cerca de ocho años, pero con alternativas muy acusadas. En el 1915, al mismo tiempo que Dominguín debutaba como novillero en Madrid, él lo hacía en Sanlúcar de Barrameda, con bastante éxito ya que acertó a cortar una oreja. Años después sufre una cogida que lo tuvo apartado de los ruedos, a los que volvió cuando estaba para cumplir los veintisiete años, pero en su primera corrida en Salamanca sufrió otra cogida que le hizo desistir definitivamente.

Lo que se conoce de su trayectoria taurina es por lo que aparece en las reseñas de prensa, tampoco demasiado frecuentes, porque él gustaba hablar muy poco de aquella época de su vida, en la que no había logrado triunfar como lo hicieron otros compañeros suyos. Comentaba que lo más importante que le había sucedido como torero había sido conocer a Francisca la que sería su esposa de por vida.

Melchor era poco jaranero y se mostraba respetuoso con las mujeres, procurando no abusar de ellas como hacían otros compañeros de su oficio, porque decía que si quería que respetaran a su madre y a su hermana, él venía obligado a hacer otro tanto con las de los demás. En cuanto a frecuentar las casas de lenocinio, desde que comenzó a vivir el espíritu libertario, lo consideraba la forma más vil de explotación de la mujer y lo más contrario al ideario anarquista, partidario del amor libre, pero responsable y consentido, nunca impuesto por torpes intereses económicos.

Aunque poco dado a fiestas y jaranas venía obligado a asistir a ellas, por recomendación de su apoderado, Eustaquio Flores, que le insistía que debía alternar con quienes se movían en el mundo del toro, empresarios y toreros, para ser visto de ellos y que no se olvidarán de él a la hora de concertar corridas. Y en eso no le faltaba razón ya que su amigo Cantalapiedra, acabó desistiendo de ser matador, pero fue contratado por Joselito para formar parte de su cuadrilla como banderillero, y a Joselito lo había conocido en un colmado que había en la calle Postas, cerca de la Puerta del Sol. Y cuando se cortó la coleta Joselito, pasó a la cuadrilla de su amigo Dominguín. Ganó bastante dinero y le decía a Melchor que por qué no hacía él, lo mismo, a lo que contestaba: «Porque no acierto a poner las banderillas tan bien como tú».

En un tablao vio por primera vez a Francisca, y desde el primer momento se quedó prendado de ella. Formaba parte de un espectáculo flamenco, en el que hacía cabeza Pastora Imperio, que bailaba en el Teatro Romea, pero cuando no tenía función lo hacía en un tablao de su propiedad, situado en la calle del Príncipe. Su nombre era Pastora Rojas, que lo convirtió en Pastora Imperio cuando el famoso dramaturgo Jacinto Benavente, dijo un día «que aquella Pastora valía un imperio». Era muy aficionada a la fiesta nacional, y se le atribuían diversos amantes entre los toreros, y muchos presumían de serlo sin que fuera verdad. Se suponía que todas las que formaban parte de su ballet debían tener las mismas inclinaciones que su estrella, y por eso eran muy solicitadas por los toreros.

El primer día que se fijó en ella tuvo un pensamiento más

bien torpe, dada la fama de livianas que tenían las bailaoras entre sus compañeros, que muchos presumían de lo que solo había sucedido en su imaginación. Francisca era sensualmente muy atractiva; no destacaba por su estatura, pero su figura era muy proporcionada, estrecha de caderas, algo muy apreciado en la época, con unos hombros que los mostraba desnudos, muy armoniosos, y un pecho hermoso, muy alzado, que era lo que más destacaba en ella. La cara la tenía muy graciosa, con una nariz respingona, y una sonrisa que le permitía lucir una dentadura blanca y sin mellas; y la melena negra, muy larga, que le llegaba hasta la cintura, y que le envolvía el rostro cuando bailaba, sobre todo de soleares, que era el baile preferido de Pastora Imperio. Tanto en las soleares como en el garrotín, el revuelo de la larga falda ponía al descubierto los tobillos, que llamaban la atención por su finura. Movía con mucha gracia las manos, y este fue el primer comentario que hizo Melchor sobre ella, mientras bailaba. Dijo a sus compañeros:

–¡Qué bien mueve las manos esa bailaora, la segunda por la derecha de la primera fila!

Y uno, que era picador, con fama de bruto, le espetó:

–¡No me digas que te has fijado en las manos de la Francisca! Nosotros nos fijamos en las tetas.

Declaración que fue recibida con risas por los más próximos, acompañadas de algunos comentarios procaces. Y uno de ellos le advirtió a Melchor:

–Pero no te hagas ilusiones, ésa tiene una madre que no se

separa de ella ni a sol ni a sombra. Yo creo que la quiere conservar virgen para bien casarla. Su madre es costurera, pero más bien parece un sargento de carabineros.

Ese día se enteró Melchor de que la joven se llamaba Francisca y que gracias a su madre no era un pendón, como traían fama las otras bailaoras. Todo lo cual le satisfizo porque todavía no estaba imbuido en los principios libertarios del amor libre, y le parecía de natura que las mujeres conservaran la doncellez hasta sus desposorios.

En aquella época el prestigioso compositor Manuel de Falla estaba terminando la que sería su más famosa composición, «El Amor Brujo», que proyectaba estrenar con una orquesta sinfónica en el Teatro Romea, de Sevilla y cuya intérprete principal sería Pastora Imperio. Es más, se decía que la había compuesto pensando en ella pues la trama argumental le iba como anillo al dedo, ya que trataba de una muchacha gitana que sufría mal de amores. El que un compositor de la talla de Falla se hubiera fijado en ella le dio un gran prestigio entre los intelectuales, que comenzaron a frecuentar su tablao y no era extraño que en una noche coincidieran en él, Pérez de Ayala y los hermanos Álvarez Quintero, por citar los más conocidos.

Y al mismo tiempo que Melchor se enamoraba de Francisca, comenzó lo que sería una larga y duradera amistad con Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, que de modestos funcionarios de Hacienda, en Sevilla, pasaron a ser los autores de moda en toda España, con más de doscientas comedias escritas y estrenadas, algunas de las cuales fueron traducidas y representadas en el extranjero.

Melchor era su gran admirador, en contra del parecer de su maestro don Antonio, que les acusaba de hacer un humor fácil, al alcance de la plebe, a lo que Melchor le replicaba que él debía formar parte de esa plebe, ya que le encantaba cuanto escribían y no se perdía ninguno de sus estrenos, aunque tuviera que verlos desde el gallinero, que era la entrada más barata, encima del anfiteatro y con bancos de madera.

Las sesiones en el tablao solían ser bastante informales. Según estuviera el ánimo de Pastora había más o menos espectáculo, que podía durar horas ya que entre danza y danza se producían descansos pues el negocio del tablao, más que en el baile, estaba en la consumición de bebidas, generalmente manzanilla, acompañada de tacos de jamón y queso, y era cuando los asistentes departían y algunos, incluso, hacían negocios relacionados con el flamenco y los toros.

En uno de estos descansos Melchor se presentó a los Álvarez Quintero, declarándose gran admirador suyo, pero ambos hermanos, acostumbrados en aquellos años a recibir con frecuencia semejantes expresiones, se limitaron, cortésmente, a darle las gracias.

Pero Melchor insistió y terminó por despertar su atención, ya que se dieron cuenta de que no era un admirador del montón, sino uno muy calificado pues les citó una por una todas las obras que llevaban estrenadas, comentándoles cuáles eran sus preferidas, y por qué, y con una declaración final muy de su agrado: les dijo que en contra del parecer de algunos críticos, consideraba que el mérito de toda su obra estaba en que no incurrían en una visión sombría y miserable de las lacras

sociales andaluzas, algo que él, como andaluz, agradecía, como agradecía que para ello se sirvieran de un humor de buen gusto, ajeno a la chabacanería.

Melchor siempre fue de muy poco beber, pero cuando no le quedaba más remedio que hacerlo, como le ocurría en el tablao, tenía muy buen vino, pues se le soltaba la lengua y le entraba una locuacidad muy fluida y simpática y en aquella ocasión se disculpó con los dos hermanos por haber hablado demasiado:

–En absoluto –le dijo el mayor, Serafín– nos ha encantado oírte. ¿Tú eres torero?

–Bueno, estoy comenzando de novillero, veremos lo que me depara la suerte.

–Pero eres un torero instruido...

–Es que me gusta mucho la poesía y cuando iba a la escuela, algo de poesía hacía, pero lo he tenido que dejar.

Ambos hermanos le animaron a no abandonar aquella afición y desde ese día, cada vez que coincidían en el tablao, cambiaban impresiones, y uno de los días se atrevió a pedirles un favor. En las primeras mesas, las más próximas al escenario, se sentaban los personajes de mayor relieve, y los toreros más conocidos, y como Melchor no estaba ni entre unos ni entre otros, se sentaba en una de las mesas apartadas, las que estaban próximas a la puerta de salida, por lo cual había tenido muy pocas oportunidades de saludar a Pastora Imperio, siendo casi un desconocido para ella.

Dado lo que le habían contado de Francisca no le parecía oportuno abordarla sin una presentación previa, y por eso le dijo a los Quintero:

–Hay una bailaora, que me han dicho que es una muchacha muy decente, y que me gustaría conocerla. Quizá ustedes me la puedan presentar.

A Serafín, que era el más festivo y el que acabaría siendo más amigo de Melchor, le hizo gracia la pretensión, y le comentó que una presentación tan formal parecía sacada de una de sus comedias, y le comentó:

–La quieres conocer para pretenderla ¿no es así?

–Primero conocerla y luego ya se verá. Y si me la presenta gente de respeto, como son ustedes, se dará cuenta de que mis intenciones no son torcidas.

–Pues para enderezar del todo esas intenciones –continuó Serafín– vamos a hacer las cosas bien; nosotros no conocemos de nada a esa muchacha, por eso lo mejor es que te la presente la propia Pastora.

Requirieron la presencia de Pastora que se acercó a ellos con muestras de deferencia ya que la habían sacado, de manera muy simpática, en una de sus comedias:

–¿Qué desean los maestros de mí?

–Que presentes a una de tus bailaoras a este amigo nuestro.

Ante semejante pretensión miró con recelo a Melchor, como si fuera la primera vez que lo viera, y preguntó con desconfianza:

–¿Y para que quiere conocerla vuestro amigo?

Intervino Melchor:

–Solo para conocerla y tratarla como se trata una señorita.

–Así es –confirmó Serafín– es un buen muchacho con buenos principios y culto.

–¿Pero tú eres torero, no? –le preguntó Pastora.

–Intento serlo– confesó humilde Melchor.

–Pues no le arriendo la ganancia.

Pastora tenía muy mal concepto de las relaciones entre bailaoras y toreros, que cuando terminaban en matrimonio, solían resultar poco duraderos. Pero por dar gusto a sus amigos, los Quintero, accedió a su pretensión.

–¡Francisquita, ven para acá, que te quiere conocer un caballero!

Así fue como se conocieron Francisca y Melchor. El había cumplido veintidós años y ella dieciocho. Francisca venía sudorosa, de haber bailado y con un pañizuelo se secaba la frente, al tiempo que se arreglaba el pelo que lo traía muy alborotado. Más tarde le confesaría a su enamorado que nunca

había advertido su presencia, y pensó que era la primera vez que pisaba el tablao. ¡Menuda diferencia!, le reprochaba Melchor, porque yo llevaba semanas comiéndote con los ojos. A lo que ella le replicaba coqueta: ¿Qué parte de mi cuerpo te comías? Y él le contestaba que de arriba abajo, pero comenzando por las manos. Esto lo decía porque se daba cuenta de que quedaba muy fino y educado diciendo lo de las manos primero.

Aquel día Francisquita fue invitada a sentarse en la mesa de los Quintero, junto con Melchor, y apenas abrió la boca, solo para decir sí, o no, a lo que la preguntaban.

Serafín se había tomado interés por aquellos posibles amoríos, quizá porque le parecían muy literarios –la bailaora y el torero– y cuando asistía al tablao procuraba que ambos se sentaran a su mesa. Y al segundo día se presentó la madre, que estaba muy lejos de parecer un sargento de carabineros, ya que era una mujer joven, de buena presencia, viuda de cuarenta años, bien vestida como se correspondía con su condición de costurera, y que cuando se presentó pidiendo permiso para sentarse a la mesa, y lo obtuvo, les dijo bien a las claras a los dos hermanos sus intenciones:

–Ya sé que son ustedes dos caballeros y que nada tengo que temer por su parte, pero del otro no sé nada, y como la niña no tiene un padre que pueda cuidar de ella, tengo yo que hacer las veces. Mayormente si el que muestra interés en conocerla es torero.

A los hermanos Quintero les pareció muy puesta en razón

aquella pretensión y le dieron toda clase de facilidades para cumplir el cometido que se había asignado. En el fondo les divertía la situación, sobre todo el modo de hablar de la madre, que se servía de expresiones andaluzas, muy castizas, de las que a veces tomaban nota.

Durante cerca de un mes se vieron casi todos los días en el tablado, siempre en presencia de la madre, a la que llamaban doña Paca, quien les consentía que tuvieran apartes para hacerse confidencias y una de las primeras que le hizo Francisquita, fue que nunca se había fijado en él y que ahora no lo comprendía ya que a buen mozo pocos le ganaban. Y también le gustaba que cuando no iba con los zahones de torear vistiera como todo un caballero con su terno completo y su sombrero de fieltro.

Lo que menos le gustaba era que quisiera ser torero. ¿Por qué, no, mujer? le preguntaba Melchor, a lo que le contestaba que porque iba a pasar mucho miedo y porque le parecía difícil que alcanzara a ser torero de los que se hacen ricos. Ella no pretendía que se hiciera rico, sino que tuvieran un buen pasar para poder sacar adelante una familia. Y le hizo una aclaración que le tomó por sorpresa:

–Yo tampoco pienso seguir de bailaora.

–¡Pero si lo haces muy bien, mujer! –se admiró Melchor.

–Del montón, y para ser del montón prefiero tener hijos y ocuparme de ellos y de mi marido.

Esa declaración le agradó a Melchor porque sufría viéndola

en el escenario, a la vista de todos que la miraban no siempre con ojos limpios, pero también le disgustó porque parecía incluirle a él entre los toreros del montón.

Cada día estaba más enamorado de ella, y se sentía correspondido porque ya habían conseguido tomarse las manos por debajo de la mesa y hacerse largas caricias, o se quitaba un zapato y con el pie descalzo le acariciaba el tobillo y la pantorrilla hasta donde ella consentía, que solía ser bastante. Y cuando lograban disimularse entre bastidores se daban besos muy apasionados aunque ella le decía que no le besara en la boca, pero acababa haciéndolo.

En el otoño avanzado Pastora Imperio comenzó sus ensayos de «El amor brujo» y dejó de frecuentar el tablado y faltando ella, el espectáculo perdía interés y bajó mucho la asistencia de público, sobre todo de los intelectuales.

Coincidía la llegada del invierno con la suspensión de las corridas de toros, lo que aprovechaba Melchor para volver al taller de chapa de los hermanos Salcedo donde siempre era bien recibido. Resultó muy apañado para el dinero y aunque no ganaba mucho con las corridas que tenía durante el verano, cuidaba de no gastarlo. Don Antonio, que como buen socialista era muy contrario a los bancos, le aconsejó que esos ahorros los metiera en una cartilla de la Caja de Ahorros de Ronda, muy seria y muy formal, y encima andaluza, que además ayudaba a los pobres. Hasta el final de sus días Melchor guardó sus dineros en esa Caja, y solía decir que el tener «una cartilla» daba mucha tranquilidad. La familia ganaba más o menos, pero cuando les faltaba dinero, recurrían a la cartilla que parecía un

pozo sin fondo. En esa cartilla tenía la firma compartida con su madre, la cual nunca sacaba dinero sin permiso de su hijo.

Por su parte Francisquita volvió al taller de costura de su madre, muy bien considerado en Sevilla, ya que hacía arreglos a los vestidos de las señoras de la buena sociedad. No diseñaba los vestidos, muchos venidos de París, sino que les hacía arreglos para que sirvieran de un año para otro, o los de las madres para las hijas. Pero con este quehacer no se ganaba mal la vida.

Eran, por tanto, dos familias que gozaban de una cierta prosperidad y un buen día doña Paca llamó a Melchor, y le preguntó si sus intenciones con su hija eran serias.

–Tan serias que en cuanto pueda quiero desposarla, con lo que me consta que ella está conforme.

–Pues, entonces, puedo dejar ya de acompañarla, pero te exijo que no pasees con ella por callejas oscuras, sino siempre a la luz del día y a ser posible por el parque de María Luisa que es por donde pasea la gente decente. Y a las nueve de la noche, en casa.

También le dijo que la podía tomar del brazo, pero solo tomándola suavemente por el codo, y sin apretujones de clase alguna. Y confiaba que la respetara.

A todo asintió Melchor, pero en cuanto a su cumplimiento ya no fue tan formal, pues cuando le daba un arrebató la Francisquita, que era muy festiva, le decía que lo que le estaba acariciando no era el codo, y él contestaba muy serio que a él

se lo parecía. Y ella, dejándose hacer, le reprochaba el que no distinguiera entre un codo, y otras partes más sustanciosas de su cuerpo.

Cuando volvían a las nueve a casa, y doña Paca se quedaba tranquila viéndolos a resguardo era cuando acometían esos excesos, pues con el pretexto de desplazarse de una habitación a otra, siempre buscaban rincones propicios para sus excesos, mientras la madre guisaba en la cocina, ya que eran muchas las noches en las que Melchor se quedaba a cenar.

Fueron años muy felices en la vida de Melchor, en los que todavía no había perdido la esperanza de ser torero, y un nuevo acontecimiento vino a llenar su vida. Uno de los días de aquel comienzo de invierno fue invitado por Serafín Álvarez Quintero a asistir a la primera lectura de una de sus obras, «Malvaloca» que iba a tener lugar en el Teatro Cervantes, cuyo estreno estaba previsto para el próximo Sábado de Gloria. Le explicó que a esa lectura asistiría la compañía en pleno, y algunos invitados que por su cultura tuvieran algo que aportar a lo que se representara en el escenario.

Comentaría Melchor, que su amistad con los Álvarez Quintero le dio un señorío que antes no tenía, y que comenzó con aquella primera lectura en la que compartió escenario con Doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, actores a los que tenía en un altar.

Todos los asistentes se sentaban en sillas en el escenario, y en medio del círculo que se formaba los dos hermanos iban declamando las distintas partes de la obra, haciendo

frecuentes pausas para recabar el parecer de los asistentes que, ante alguna frase acertada, prorrumpián en aplausos.

Antes de iniciarse el acto los dos hermanos fueron presentando a los asistentes y a él le presentaron a los famosos actores como una futura promesa del toreo, lo cual le hizo sentirse avergonzado ya que por aquellos días estaba trabajando como chapista, y tenía por novia a una costurera.

Aplaudió siempre que se le presentó ocasión, y en el cambio de impresiones que hubo al término de la lectura, todos muy favorables, se abstuvo de intervenir.

Pero al día siguiente volvió al teatro, en el que ya habían comenzado los ensayos, y con mucho respeto le dijo a don Serafín que la obra le había parecido soberbia, quizá la mejor de todas las de su producción, pero que le parecía que presentaban a Rosita, la protagonista, como excesivamente procaz con los hombres, lo cual podía mermar la verosimilitud a su verdadero amor. Don Serafín se quedó muy serio, y le espetó:

—¿Tú crees que la presentamos como una especie de ninfómana?

—¡No, por Dios, don Serafín no he querido decir eso!

—Ten en cuenta, Melchor, que te hemos invitado porque te consideramos un representante calificado de nuestro público, o sea que tu opinión nos interesa mucho. Veremos cómo lo arreglamos.

Si lo arreglaron o no, nunca quedó claro, pero la satisfacción de Melchor fue notable, y su amistad con los hermanos creciente. En alguna ocasión le invitaron a asistir a la función entre bastidores, y en otras le cedieron un palco lo que le dio gran prestigio entre sus amistades, ya que tenía la oportunidad de invitar a Francisquita y doña Paca, en otras a don Antonio y Mariana, o a su madre y sus hermanos e, incluso en una ocasión invitó a sus jefes, los hermanos Salcedo.

El noviazgo fue largo y tuvo sus alternativas, ya que doña Paca consentía que su niña hiciera algo que no era del agrado de Melchor: el tomar parte en fiestas privadas que organizaban personas de la alta sociedad, y que solían consistir en un cantaor flamenco de relieve, acompañado de un buen guitarrista y de un par de bailaoras. Eran actuaciones aisladas, muy bien pagadas, y que solían durar hasta altas horas de la madrugada, y en las que consumían muchas bebidas espirituosas.

El ambiente en el que se desarrollaban estos festejos le parecía a Melchor, extremadamente clasista y decadente y no consideraba oportuno que la que estaba llamada a ser su esposa tomara parte en ellos. Pero a doña Paca le costaba renunciar a ese dinero, y le decía a su futuro yerno que no había cuidado de que sucediera nada inconveniente, ya que allí estaba ella para evitarlo, lo cual era cierto pues si era preciso se pasaba la noche entera sin quitar ojo a la niña.

En el mes de agosto de 1918, cuando Melchor estaba para cumplir los veinticinco años, y se le presentó la oportunidad de torear en Tetuán de las Victorias, plaza importante próxima a

Madrid, estaban reñidos los enamorados por culpa de una de esas fiestas. Su apoderado le insistía que era la corrida más importante de su vida pues, de triunfar, se le podrían abrir las puertas del coso madrileño, máxima aspiración de todos los toreros.

De los tres novilleros que tomaron parte en aquella corrida él era el debutante en plaza y salió dispuesto a dar el todo por el todo, pero no acertó en casi nada, ya que le faltó la frialdad que tanto le preconizaban desde los tiempos de la dehesa –mirar al toro para conocer sus intenciones– y despechado por lo que consideraba desplantes de su enamorada –que más bien eran de la madre– hizo una faena apasionada, que resultó deslavazada, en la que hasta tentó de poner banderillas sentado en una silla, saliendo trompicado. A su primer toro lo despachó con poco arte, y con pitos del público, y al entrar a matar al segundo recibió una fuerte cornada en el glúteo que lo mandó al hospital de la Princesa en el que estuvo internado dos meses.

Las críticas taurinas se limitaron a dedicarle unas pocas líneas, en las que venían a decir que daba más muestras de valor que de arte y una, con mala idea, hacía befa de que hubiera recibido una cornada en el trasero; ¿es que pensaba entrar a matar al toro de espaldas?

Fueron meses de profunda desmoralización ya que para colmo aquella extraña cornada le obligaba a estar día y noche tumbado boca abajo, con las consiguientes dificultades para respirar. Visitas no recibía ya que sus familiares y amigos –don Antonio, Mariana, los Salcedos...– estaban en Sevilla y eran

tiempos en los que los desplazamientos no eran fáciles. Casi el único que le visitó fue Domingo González, Dominguín, que acababa de recibir la alternativa de matador de toros, en Madrid, de manos de Joselito, y que tenía previsto ir a torear a Lima, Perú, cuando se terminase la temporada en España. Intentó darle ánimos y le dijo que si quería siempre tendría un sitio en su cuadrilla, y Melchor se lo agradeció y dijo que se lo pensaría, pero poco se lo pensó porque no se veía haciendo solo faenas de capa que es, por lo visto, para lo único que servía.

Su apoderado apareció el primer día y como viera que no estaba para morirse, no volvió más, como si le diera por perdido.

La habitación la compartía con otros dos más, un anciano que como estaba para morirse de un día para otro, lo tenían tapado con un biombo para que no viesen el deceso, pero que no se acababa de morir, y un joven herido en un hombro que al principio hablaba poco, hasta que Melchor le comentó un día que él se sentía socialista, ya que su maestro lo era y le estaba adoctrinando para que él lo fuera también, y entonces el joven se declaró comunista, hablando con gran entusiasmo de la revolución que se estaba forjando en Rusia y que había de llegar hasta el último rincón de la tierra, y entonces todos serían libres y hermanos los unos de los otros. Y le confesó que la herida del hombro era consecuencia de un disparo que le había hecho la policía, por tomar parte en una manifestación pacífica, que las fuerzas del orden se encargaron de convertir en violenta.

Al señor anciano le visitaba su mujer, que era otra anciana, y que desde que llegaba hasta que se marchaba no hacía más que suspirar y llorar, en cambio al joven le visitaba una muchacha muy atractiva, que participaba de los mismos idearios que su pareja, y le hacía confidencias a Melchor de lo mal que se había portado la policía con él.

El drama se presentó de una manera impensada: el que debía de morir se no lo hizo y, sin embargo, al joven que se llamaba Damián, se le complicó la herida y se le presentó una septicemia que se lo llevó a la tumba en unos pocos días. Esta muerte le afectó mucho a Melchor, pues había tomado cariño al joven ilusionado que había sido capaz de enfrentarse a la policía. Aunque llevaba semanas postrado en la cama, sin ánimo para levantarse, hizo un esfuerzo y se levantó cuando la pareja de Damián vino a despedirse de él. Venía muy entera, aunque con los ojos hinchados de tanto llorar, y le dio las gracias por haber atendido con tanto cariño a su novio en los últimos días de su vida.

–Bueno, yo lo único que hacía era escucharle con mucho gusto...– se explicó Melchor.

–Y manifestarle su simpatía a sus ideas ¿le parece poco?

No le parecía ni poco ni mucho, pero la tomó entre sus brazos, le dio un par de besos y le agradeció mucho su visita. La muchacha se despidió puño en alto y Melchor correspondió sin conocer muy bien el significado de aquel gesto que años más adelante formaría parte esencial de su vida.

Cuando el doctor le dijo que convenía que se levantara todos

los días y se diera un paseo, ya que de allí a poco le darían el alta, Melchor recibió la visita que aceleraría su curación. Fue una situación que comenzó de una manera dramática y terminó entre risas. Estaba caminando por el pasillo con ayuda de una muleta ya que le costaba apoyar la pierna afectada por la herida, cuando vislumbró entre dos luces la figura de Francisquita, que cuando se destacó y vio que era ella le dio un vuelco el corazón. Supuso que tenía que seguir estando enfadado, después de tanto tiempo como lo había tenido abandonado, y le preguntó secamente:

–¿Qué haces tú aquí?

Ella, en lugar de contestarle, rompió a llorar, se acercó a él, al principio tímidamente, para por fin abrazarlo musitando entre sollozos palabras de perdón, y cuando él estaba dispuesto a perdonarla, ella se aferró con más fuerzas, consiguiendo que perdiera la muleta y con ella el equilibrio y rodaran los dos por los suelos, y pasado el primer susto vinieron las risas, sobre todo cuando él le dijo:

–¿Pero cómo quieres que te perdone si me tiras al suelo y estás a punto de matarme?

Pero le perdonó porque las explicaciones que justificaban su ausencia fueron plausibles y terminaron de una manera heroica: escapándose de su casa. Cuando les llegó la noticia de la cogida de Melchor, Francisquita suplicó a su madre que fueran a verle. ¿A Madrid?, le decía la madre, ¿qué se nos ha perdido a nosotras en Madrid? Doña Paca no había salido nunca de Sevilla y sus alrededores y le asustaba la idea de

desplazarse a la gran capital. También le decía que la herida sería cosa de poco, que pronto sería él quien se volvería a Sevilla, y así pasaron las semanas hasta que Francisquita tomó la decisión de escaparse a Madrid, cogiendo algo del dinero que guardaba su madre en la alcancía, y el tren que llevaba a la capital. Decisión arriesgada ya que era menor de edad y podía ser reclamada por la policía, pero doña Paca no formuló ninguna denuncia ya que se conformó con una nota que le dejó su hija en la que le decía que iba en busca de su enamorado, y que presto tendría noticias de ella.

Llegó a Madrid, a la estación de Atocha, y allí mismo preguntó a un maletero que dónde estaba el hospital de la ciudad, y se quedó sorprendida cuando el mozo le aclaró que había varios, y le dio la dirección de los más principales. Se recorrió cuatro, a pie, hasta dar con el de la Princesa.

Melchor se quedó profundamente emocionado ante la muestra de amor que significaba aquella escapada, y pasadas las primeras efusiones, se pusieron a discurrir sobre lo que debían hacer, ya que se temían que la joven pudiera ser reclamada por su madre y conducida a Sevilla entre dos guardias.

Esto sucedía de atardecida, cuando era llegada la hora de que las visitas abandonaran el hospital, y Francisquita, sin dudarlo le dijo a Melchor que ella no se marchaba.

Esta conversación la mantenían en la habitación, y la seguía atentamente un hombre joven, padre de dos hijos, que había venido a ocupar la cama que quedara vacante por la defunción

de Damián, quien después de pedir permiso, educadamente, dio su opinión:

–¿Te importa dormir debajo de una cama? Porque yo tengo una hija, más o menos de tu edad, que cuando ve que no me encuentro muy bien se empeña en quedarse por la noche, y lo hace metiéndose debajo de la cama. No la ven y, a veces, si la descubre alguna enfermera hace la vista gorda. Eso depende de cómo sea la enfermera, las hay más retorcidas.

Francisquita tuvo suerte porque la enfermera de aquella planta, era una mujer comprensiva que, además, le había tomado simpatía a Melchor, de quien tenía referencias como torero, que cuando descubrió a Francisquita y se enteró de la historia de amor que le había llevado hasta allí, le facilitó una bata blanca para que pudiera moverse con soltura por el hospital, como si fuera una mujer de la limpieza.

Así se pasó una semana y cuando creían que no les veía nadie Francisquita se metía, un poco de lado, en la cama de Melchor y se entregaban a efusiones, sin pasar a mayores. El padre de los dos hijos vigilaba esas efusiones para avisarles si venía alguien. Y les solía decir:

–¡Qué envidia, me dais! Yo ya no puedo hacer eso.

Ya no podía hacerlo porque padecía de tuberculosis y le decían que no convenía que besara a su mujer, y tener que hacer el amor de cintura para abajo no era lo mismo. Tampoco podía besar a sus hijos y eso todavía lo llevaba casi peor.

VI. MELCHOR MILITANTE ANARQUISTA

«Querido don Antonio:

»Supongo que estará usted extrañado tantos meses, o quizá hasta un año, sin tener noticias mías, y me tendrá por un desagradecido con lo mucho que yo le debo, tanto a usted, como a su querida esposa Mariana. Pero la culpa es de una cogida que me ha tenido en un hospital, por unos meses, pero que han terminado siendo los más felices de mi vida ya que, por fin, me vino a ver Francisca, y parece mentira que en un sitio tan triste como es un hospital se pueda ser tan feliz. Y esa felicidad se ha completado porque hemos terminado por casarnos. Bien sabe usted que por mi gusto hubiera sido usted el padrino de mi boda, pues nadie con más méritos para ello, pero ha sido una boda muy especial, ya que tampoco ha asistido ni mi madre ni mis hermanos, por una serie de razones difíciles de explicar por carta. Aunque no sé lo que opina usted de las bodas, pues yo ahora ando más metido en política o, más bien diría yo en cuestiones sociales, y en movimientos muy contrarios a la injusticia que padecemos los obreros a manos de los que ostentan el capital, y algunos de esos movimientos son partidarios del amor libre, y a mí me parece muy bien que el amor sea libre, y no impuesto, pero Francisca era más partidaria de casarnos y así lo hemos hecho. Digo, que yo

no le recuerdo a usted como contrario al matrimonio, y prueba de ello es lo bien casado que está con Mariana, y no es para menos pues mejores prendas no puede tener su querida esposa.

»Por lo demás como con los toros no parece que vaya a tener demasiada suerte, he vuelto a mi trabajo de chapista que aquí, en Madrid, estamos muy solicitados y mejor pagados que en Sevilla, por eso de momento me quedo aquí, aunque siempre echando de menos mi querida Andalucía.

»Le pongo estas letras para hacerle una consulta, pero supongo que le extrañará ver tan bien escrita esta carta, ya que he seguido su consejo y me he comprado una máquina de escribir. Usted siempre me decía que tenía muy mala letra, y que el remedio era hacerme con una máquina de escribir, y la que me he comprado es una Remington, a plazos, y me ha llevado algún tiempo el aprender a manejarla, y todavía tengo algunas faltas, que las remedio raspándolas con una cuchilla de afeitar, pero por lo demás me parece maravilloso poder escribir tan limpio.

»La consulta es que la empresa en la que trabajo no es mala gente, digo que no explotan demasiado a los trabajadores, pero algo sí los explotan, y hace dos meses nos declaramos en huelga, no solo nosotros sino todas las empresas del ramo de chapistería por una reivindicación muy justa, relacionada con salarios y despidos injustos. Aunque la huelga era legal sirvió de poco ante la arbitrariedad de la policía que metió a los más significados

en la cárcel, y yo fui uno de esos significados, ya que por ser conocido –algunos me recuerdan como torero– me hicieron hablar en público en una de las asambleas, que tuvimos varias, y luego escribí un suelto en un periódico llamado “Libertad”, no sé si lo conoce, denunciando el atropello.

»En la cárcel me mostré educado, porque ese es mi temperamento, e incluso razoné con los carceleros que lo que estaban haciendo, era a todas luces injusto; me contestaron que ellos solo cumplían órdenes, pero otros compañeros míos se mostraron más bravos, y recibieron mal trato de palabra y de obra, la consecuencia es que he salido de la prisión dispuesto a combatir semejantes injusticias y como sé su manera de pensar, también contrario a semejantes atropellos, me entran dudas de si la UGT, a la que usted pertenece, es suficiente en su condición de socialista y defensora de los derechos de los trabajadores para combatir tales desmanes, o es necesario dar un paso más. Ese paso ya lo han dado muchos de mis compañeros, que están afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo, nombrada como CNT, que ha sido fundada en Barcelona y lleva años funcionando ya que su creación se remonta a principios de siglo. Está en una línea anarquista, es decir, contraria al autoritarismo, al capitalismo, y al Estado soberano y prepotente, que son los males que padece España, y propugna una solidaridad entre los trabajadores, ayudas mutuas, hasta llegar a un federalismo y, si me apura, a una autogestión total de la sociedad.

»Yo, desde que recibí su benéfica influencia, siempre me

consideré de la UGT aun sin haber formalizado mi adscripción al sindicato, porque entendía que no me convenía en mi condición de torero, ya que podía estar mal visto por los empresarios taurinos el pertenecer a un movimiento socialista, al menos eso me decía mi apoderado, que peor no se ha podido portar, ya que cuando padecí la cogida, solo me fue a ver una vez al hospital, y no he vuelto a saber de él, ni ganas que tengo.

»Dígame, desde su experiencia, como ve lo de la CNT, y mi posible adscripción a ella, pues sin su consejo no estoy dispuesto a hacer nada.

»Si algo siento vivir lejos de Sevilla, es el no tener la oportunidad de poder departir con usted, a quien tengo por un pozo de sabiduría, y no comer las lentejas de los miércoles que con tanto acierto condimenta la señora Mariana. Esto último es broma pues lo que más echo en falta son las muestras de cariño que siempre tuvo para conmigo su querida esposa, con lentejas o sin ellas.

»Creo que me he extendido en exceso en esta carta, por el gusto de teclear con esta máquina que parece que unas letras arrastran a las otras, con menos esfuerzo que cuando nos servimos de la pluma, sobre todo para los que somos tan torpes en caligrafía.

*»Con todo mi respeto y cariño, su seguro servidor,
Melchor Rodríguez.»*

«Querido Melchor:

»¡Qué alegría recibir tu carta, por la que me entero de que sigues vivo! Algo ya sabía de ti, por tu madre y tus hermanos, que alguna noticia tuya tienen, pero me ha satisfecho mucho el ver que no te olvidas de mí, como yo no me olvido de ti.

»De tu cogida sabía por la prensa, y el que hayas dejado los toros me toma por sorpresa pues siempre confié en que tenías maneras, que quizá no fueran suficientes para salir adelante en ese mundo, que no ignoro que está muy corrompido, y a una persona honrada como tú le puede costar más hacerse un hueco. Pero que nos quiten lo bailado, y lo mucho que hemos disfrutado cuando me contabas tus hazañas en la dehesa almonteña, y asistíamos juntos a la Maestranza.

»Ahora, como se dice en los toros, has cambiado de tercio, y te estás metiendo en otro en el que sin duda puedes hacer un gran bien, que es el de la solidaridad con los trabajadores injustamente tratados, es decir, todos, pues no conozco ningún obrero que reciba de sus patronos lo que merece. Y eso a todos los niveles, pues yo como maestro estoy muy mal pagado, y si puedo fumar puros e ir a los toros es gracias a las rentas de las tierras que tiene Mariana. ¿Es eso justo?

»Pero la consulta que me haces es más difícil de contestar:

¿UGT o CNT? La creación de la CNT no nos la hemos

planteado nunca como una organización que rivalizase con la nuestra, muy por el contrario como una forma de unir a todo el movimiento obrero, y yo mismo en alguna de nuestras publicaciones la saludé con respeto y esperanza. Conclusión: inclínate por lo que tu corazón te diga, que tanto en una como en otra serás bienvenido.

»De Mariana te diré que sigue tan guapa como siempre, y acordándose mucho de ti, y muy contenta de que te hayas apartado del mundo de los toros, yo no tanto pues no me parecía mal que un artista, como tú lo eras, estuviera integrado en un movimiento obrero: artista y obrero, excelente combinación.

»Tu carta me ha gustado, pero como tu antiguo maestro que he sido debo de hacerte una observación: cuida un poco más la puntuación, pues a veces abusas de las comas, cuando queda más apropiado y legible, poner un punto. No te olvides, tampoco, de los puntos y comas, que en algunas frases tienen su utilidad. Y en cuanto a los acentos, aunque los cuidas, conviene que des un repaso al “Miranda Podadera” que es una gramática muy sencilla y muy práctica.

»Con un abrazo de Mariana y otro de tu siempre buen amigo, Antonio.

»P.S. ¿Por qué no me escribes con más frecuencia ahora que tienes máquina? Vale.

»P.S. 2. A propósito del anarquismo en el que pareces estar interesado, Pío Baroja, para mí el primer prosista de

nuestro tiempo, creo que muestra claras simpatías por ese movimiento, o al menos así se deduce de su trilogía “La lucha por la vida” y en particular por “Aurora Roja”, que está protagonizada por un anarquista. Te lo digo por si te sirve de algo. Vale.

Tan pronto recibió la respuesta de don Antonio, Melchor se compró la trilogía de Baroja sobre «La lucha por la vida», que le costó mucho encontrarla ya que había sido editada en 1904 y estaba agotada. Al fin la encontró en un tenderete de viejo de la Cuesta Moyano, de Madrid, y la leyó con verdadera unción. Desde ese día mantuvo una gran admiración por el escritor donostiarra, al que tuvo la suerte de conocer gracias a sus buenos amigos, los Álvarez Quintero, que a la sazón vivían en Madrid, y con los que se veía con frecuencia. Estos hermanos acostumbraban asistir a una tertulia literaria que había fundado Ramón Gómez de la Serna, en el Café Pombo, y que se hizo muy famosa ya que a ella concurrían los principales escritores de la época. De vez en cuando asistía Melchor, pero solo como oyente ya que no se atrevía a intervenir ante el cúmulo de eminencias literarias que se sentaban bajo la batuta de Gómez de la Serna. Los Álvarez Quintero le decían, medio en broma, medio en serio, que puesto que escribía artículos para los periódicos de su ideología política, tenía derecho a ser considerado escritor, y le animaban razonándole que seguro que sus artículos eran más leídos que los de muchos de los asistentes, que se decían escritores porque escribían artículos que únicamente los leían ellos. Solo habló en una ocasión en la que salió a relucir el anarquismo, a su juicio de una manera

equivocada, y Melchor se atrevió a puntualizar algunos conceptos, y fue escuchado con respeto porque a la mayoría de los artistas no les caía mal lo de la anarquía.

Cuando les comentó a los hermanos el entusiasmo que le había producido la lectura de «La lucha por la vida», se mostraron de acuerdo en las calidades literarias de Pío Baroja, al que calificaron de muy atractivo como escritor, pero un tanto raro como persona.

—Solo una vez ha venido a la tertulia del Pombo, y no ha vuelto. Por lo visto le interesamos poco los escritores. Con nosotros se lleva muy bien ya que en una ocasión le dio por escribir una obra de teatro, que se titulaba «Allegro», y nos pidió consejo ya que él, como prosista, desconocía la estructura de una comedia teatral. Que yo sepa —habló Joaquín— no se llegó a estrenar. Zapatero a tus zapatos, cada uno a lo suyo. El tiene su tertulia en un café de la calle de Alcalá, cerca de la imprenta que tiene su cuñado Caro Raggio, casado con su hermana Carmen. Pío es de estar con los suyos y este Caro Raggio es el que le imprime sus novelas.

Entonces intervino Serafín:

—¿Quieres conocerle? Nosotros podemos presentártelo, tenemos buena relación con él. Podemos ir un día a esa tertulia.

Y fueron ya que Melchor mostró un gran interés en conocer a un intelectual de la talla de don Pío Baroja, que se declaraba simpatizante del anarquismo.

El café estaba próximo a la Puerta del Sol y como el día estaba frío y lluvioso, preludio del invierno, ofrecía un aspecto desapacible, con muy pocos parroquianos, y don Pío se sentaba en una mesa, muy apartada de la salida, y con él se sentaban tres más que de ser escritores no eran conocidos. Recibió a los hermanos Álvarez Quintero, con sorpresa y un punto de agradecimiento: ¿cómo le hacían el honor de visitarle en aquel chamizo? A lo que los hermanos, casi al unísono, le contestaron que lo hacían para ver si se les pegaba algo del arte literario del maestro. Se cambiaron bromas sobre quién era maestro de quién y don Pío, que traía fama de roñoso, dijo que puesto que le rendían visita se consideraba obligado a invitarles a tomar un café.

–Que sean tres, puesto que este amigo viene con nosotros.

Baroja requirió la presencia del camarero al que pidió tres cafés, y luego se disculpó por llevar la cabeza cubierta con una boina.

–Comprendo que en lugar cerrado se debe tener la cabeza descubierta, pero a mí todos los males me entran por la cabeza, y las corrientes de aire la tienen tomada con la mía. Disculpadme, por favor.

Los hermanos le disculparon y a continuación hicieron la presentación de Melchor de una manera un tanto singular:

–Melchor Rodríguez ha sido hasta hace poco torero de fama, y ahora se está haciendo escritor, con claras inclinaciones anarquistas, y tiene mucho interés en conocerte.

–Perdón don Pío –se apresuró a intervenir Melchor– no haga usted caso de estos buenos amigos, ya que mi fama como torero no ha podido ser más efímera, y en cuanto a lo de escritor, apenas he escrito media docena de artículos, y lo único cierto es mi inclinación anarquista, y la admiración que siento por usted como autor de su obra «La lucha por la vida» que, a mi juicio es un canto al anarquismo.

Ante esta rociada de información tan diversa don Pío se quedó callado, pensativo, como si le costara asimilarla, y por fin habló:

–Me parece muy bien que haya dejado usted los toros; nunca he sentido la más mínima simpatía por lo que llaman la fiesta nacional. En cuanto a lo de los artículos ¿dónde los ha escrito usted?

–En revistas no muy conocidas, en *Libertad*, *La Tierra*, *Solidaridad Obrera*... además, a veces los escribo como editoriales, sin poner mi nombre –dijo Melchor a modo de disculpa.

–Claro, que las conozco, antes las leía más, ahora las leo menos.

No explicó porque ahora las leía menos, y Melchor no se lo preguntó, sino que paso a comentarle la impresión que le había causado su novela *Aurora Roja*.

–A mi juicio, su personaje de esta novela, Juan, expresa nuestra aspiración anarquista a una humanidad mejor, y que deja claro que la anarquía no es odio, sino amor, y deseo de

que los hombres se libren del yugo de toda autoridad, pero sin violencia, por la fuerza de la razón, ya que el hombre es bueno y libre por naturaleza y nadie tiene derecho a mandar sobre otros...

–¿Usted cree eso? –le interrumpió Baroja con un tono escéptico.

–No lo digo yo, lo dice su personaje.

–Pero no se crea que yo siempre estoy muy de acuerdo con lo que dicen mis personajes– le dijo Baroja, con un aire festivo, y continuó–: ¿Quiere usted que le diga cuál es mi postura respecto del anarquismo? ¿Sí? Pues mire: yo he sido siempre un liberal radical, individualista y anarquista, enemigo del Estado y de los curas... bueno tampoco de todos los curas. ¿Quiere que le haga una confesión? –y sin esperar respuesta la hizo– Yo antes de ser escritor, era médico, y la primera plaza que me asignaron fue la de médico en Cestona, Guipúzcoa, que tiene un balneario famoso, y me acuerdo que me hice bastante amigo del cura, don Prudencio, que atendía con mucho cariño a los ancianos del balneario, y yo me solía dar grandes paseos con él, porque trabajo tenía poco, y cuando nos sorprendían las doce de la mañana, que en el País Vasco es costumbre rezar el Ángelus, don Prudencio me invitaba a rezarlo, y yo lo hacía. ¿Por gusto? ¿Por educación? A mí no me parece mal una religión que tiene como Dios a un niño, nacido en un pesebre, de una mujer, María, ¿qué es virgen? Lo sea o no, siempre me ha parecido un misterio muy atractivo. O sea, que no me importaba rezar el Ángelus. Es más, a mí lo que siempre me ha atraído del anarquismo es su parte constructiva, su espíritu

crítico, medio literario, medio cristiano. ¿Acaso no hay en Jesús elementos anarquistas?

En este punto intervino don Serafín, que era católico, para rebatirle a don Pío la anterior afirmación diciéndole que consideraba una simplificación excesiva reducir a Cristo a la condición de precursor del anarquismo. Y a este respecto tuvieron un debate educado, en el que no faltaron bromas.

Don Pío siguió perorando sobre un tema que le interesaba e, insistió, en que se sentía anarquista en la línea de Tolstoi que preconizaba la resistencia pasiva frente a los abusos de los poderosos, pero que no le veía mucho futuro como movimiento político.

–Estamos en ello –le dijo Melchor.

–Me parece muy bien que gente joven como usted, lo intente –admitió Baroja– Por cierto ¿qué profesión tiene usted? Digo, aparte de la de torero y escritor.

–Soy chapista.

–Si yo fuera chapista también me haría anarquista, pero en un escritor la cosa es más complicada. Lo único que le recomiendo que no se haga nunca es comunista; son unos dogmáticos que acabarán degenerando en una tiranía.

A Melchor le causó una impresión tan excelente el escritor donostiarrá, que cuando se despidieron se atrevió a pedirle que escribiera un artículo para alguna de sus revistas.

–No le digo que no– le contestó el escritor.

Y pasado algún tiempo escribió un relato breve para *El rebelde*, periódico anarquista, y que era una alegoría de la revolución. Se titulaba «Nihil».

Se sucedieron años en la vida de Melchor Rodríguez, de gran intensidad política y, también, familiar. Le nació la que sería su hija única, Amapola, ya que aunque Francisca se quedó en estado en varias ocasiones, ninguno de los embarazos llegó a feliz término, lo cual supuso una gran contrariedad para Melchor que asociaba la familia numerosa con la prosperidad, que en su caso consistiría en que sus hijos varones heredarían su vocación anarquista. No consiguió hijos varones, pero Amapola suplió esa carencia, siendo fidelísima a la ideología de su padre.

En el 1925 se integró en la CNT hasta que en el 1927 se fundó la Federación Anarquista Ibérica, en Valencia, y se pasó a ella ya que la FAI se consideraba el cerebro revolucionario de la CNT y Melchor se tenía más por un ideólogo, que por un hombre de acción, ya que se había leído buena parte de la obra de Bakunin, principalmente su extenso ensayo sobre «El anarquismo y sus tácticas» y en sus mítines acostumbraba a citarlo, de suerte que entre sus correligionarios adquirió fama de erudito, y por eso era requerido a tomar parte en todos los

actos públicos que se sucedieron entre el 1925 y el 1931, que fue cuando se proclamó la II República.

En esos años hubo un promedio de tres o cuatro huelgas cada año muchas de las cuales partían del sector metalúrgico, ya que la mayoría de sus trabajadores pertenecían a la CNT o a la UGT, que a la hora de las huelgas se ponían de acuerdo y es cuando era requerida la presencia de Melchor en sus mítines y asambleas, y también para escribir artículos, tanto en la prensa anarquista como en la socialista. En otras ocasiones las huelgas las organizaban los sindicatos de la construcción, con los que poco tenía que ver Melchor, pero también acababa tomando parte, dada su fama de orador.

Si le alababan esa condición de orador, Melchor decía que no se consideraba tal, sino que tenía la ventaja de no mostrar reparo a manifestarse en público, ya que acostumbrado de sus tiempos de torero a enfrentarse a multitudes, en ocasiones enfurecidas si la faena no había sido de su agrado, le resultaba fácil a dirigirse a un público dispuesto a aplaudir cuanto dijera. Ese don de mucho le sirvió cuando, pasados los años, hubo de enfrentarse a multitudes que pedían su vida.

Pero en aquellos años para lo único que le sirvió fue para terminar en la cárcel, ya que cada una de esas huelgas iba seguida de las detenciones de sus organizadores, y el Comisario del Orden Público, Ramiro García Cantos, entendía que uno de esos organizadores era Melchor Rodríguez, a quien acusaba de promover desórdenes públicos, o delitos de imprenta por los artículos que escribía.

Llegó a estar tantas veces en la cárcel que fue nombrado por la CNT y la FAI, «Responsable nacional del Comité de Presos», y su trabajo consistía en prestar ayuda a los afiliados que entraban en prisión, sobre todo a los más jóvenes que sufrían un trauma en ese trance, amén de organizar los socorros materiales en forma de ayudas económicas y alimenticias. Unas veces prestaba este servicio desde dentro de la cárcel, cuando él mismo estaba preso, y otras desde fuera visitando a los detenidos, de manera que frecuentaba tanto la Cárcel Modelo, que la tenía por su segunda casa, y su mujer Francisca sabía que hatillo había de prepararle cuando le tocaba entrar, en el que no podía faltar el jabón y unas mudas, pues siempre fue muy extremado en lo que a la higiene personal atañía.

Una de las recomendaciones que hacía a los que entraban por primera vez era que cuidasen la prestancia personal, y que si iban con un mono de trabajo, que procurasen ponerse el más nuevo, y llevaran consigo unas monedas para que el barbero del presidio les afeitara, por lo menos, un par de veces a la semana. Y que no tuvieran miedo al agua fría para asearse, incluso para ducharse con una manguera pues el agua fría enreciaba el cuerpo y elevaba el espíritu. El mismo daba ejemplo y no era extraño que entrase en prisión con traje completo y corbata, y cuando los celadores le advertían que no era el atuendo más apropiado para estar en la cárcel, Melchor les replicaba que no porque estuviera en prisión había perdido la dignidad.

En alguna ocasión llegó a decir que en aquellos años consideraba su estancia en la cárcel más útil que cuando se encontraba fuera de ella, ya que podía prestar ayuda a los que

más la precisaban: los compañeros injustamente encarcelados que cuando eran sometidos a vejaciones, él se oponía, lo cual en más de ocasión le costó pasar a las celdas de castigo. Consideraba la pérdida de la libertad como el mayor atropello que podía padecer el ser humano, solo justificado en casos extremos, de violadores o asesinos, pero nunca en el de honrados trabajadores, que lo único que pretendían era defender sus derechos pisoteados por los detentadores del capital.

También consideraba provechosa su estancia en prisión por la posibilidad de hacer nuevos adeptos para la causa anarquista. Cuando ingresaban trabajadores que no pertenecían a ningún sindicato, les hacía ver la conveniencia de afiliarse a la CNT o la FAI, y les ofrecía lo que denominaba solidaridad anarquista, que se traducían en ventajas en forma de alimentos, ropa, e incluso ayuda letrada. Raro era el preso desamparado que no aceptaba tan generosa propuesta.

Dada su entrega a la causa en el año 1930 fue nombrado Presidente del Ateneo de Divulgación Social, organismo depositario de los valores esenciales del anarquismo ya que se le consideraba el más apto para difundirlos. Pero como la vida se la ganaba como chapista de automóviles, fue nombrado, también, Presidente del Sindicato de Carroceros, sin dejar por eso su condición de responsable del Comité de Presos.

Como chapista trabajaba en unos denominados Talleres Mateos, que se dedicaban a coches de alta gama, en los que se llegaron a arreglar automóviles de la Casa Real, algo que Melchor llevaba muy a mal, pues decía de sí mismo que se

consideraba incapaz de odiar a nadie, salvo a Alfonso XIII, representante nefasto de una monarquía que estaba llevando al país a la ruina. El dueño del taller, señor Mateos, conocía la manera de pensar de Melchor, pero le tenía en gran estima como chapista, y cada vez que salía de la cárcel le volvía a admitir en su trabajo. En una de las huelgas del sector, Melchor demostró ante los organizadores que en Talleres Mateos para nada se habían conculcado las condiciones de trabajo y, por tanto, no le afectaba la huelga. El señor Mateos se dio cuenta del ascendiente que tenía su empleado en el sindicato y le propuso asociarse para la creación de un nuevo taller, deferencia que Melchor agradeció, pensando que podría intentar que ese nuevo taller se organizara en forma de cooperativa, fórmula prevista en el ideario anarquista, pero se sucedieron acontecimientos políticos que impidieron que el proyecto llegase a buen fin.

VII. EL PACTO DE SAN SEBASTIÁN.

PRELUDIO DE LA REPÚBLICA

Uno de esos acontecimientos fue la proclamación de la II República. Melchor siempre se consideró afortunado por haber tenido la oportunidad de participar en su proceso, aunque reconocía que no como actor, sino como simple espectador o, a lo más, como espectador muy cualificado.

En el mes de agosto de 1930 todas las fuerzas políticas contrarias a la Monarquía se reunieron en San Sebastián para ponerse de acuerdo en el modo de acabar con ella. En su día se conocería como el pacto de San Sebastián, en el que tomaron parte los que luego serían los prohombres de la nueva república, don Miguel Maura, don Niceto Alcalá Zamora, don Indalecio Prieto, don Santiago Casares Quiroga, don Manuel Azaña y don Francisco Largo Caballero, por citar a los más principales. Y Largo Caballero, que actuaba en nombre del PSOE y de la UGT, consideró necesario que asistiese un representante de la CNT y de la FAI, a lo que se opusieron algunos de los organizadores, singularmente don Miguel Maura, arguyendo que mal se podía contar con los anarquistas que se consideraban contrarios a una forma de Estado democrática y civilizada, pero Largo Caballero razonó que la CNT y la FAI, en conjunto reunían más trabajadores afiliados

que la propia UGT y que, por tanto, no se les podía ignorar de cara a la democratización del país. Se acordó, como fórmula, invitarles, pero sin voz ni voto.

Esta invitación fue recibida con grandes reservas por el Comité Nacional de la CNT que tenía por burgueses acomodaticios a los organizadores del pacto, que pretendían una transición pacífica de la monarquía a la república, para que siguieran «los mismos perros con distintos collares», cuando lo que el país estaba demandando era una revolución integral. No obstante se acordó aceptar la invitación «con reservas» y se designó a Melchor Rodríguez como representante del Sindicato, pero como simple espectador, sin que su presencia comprometiera la postura de los anarquistas, contraria a aliarse con la burguesía.

Esta designación no agradó de primeras a Melchor, por considerar que lo de «ver, oír y callar» podía resultar desairado, o por lo menos contrario a su manera activa de moverse en las reuniones, pero cambió de parecer cuando se planteó la posibilidad de que le acompañase Francisquita, que se mostraba deprimida ya que acababa de salir de su cuarto embarazo, de los más dolorosos porque el feto estaba a punto de nacer, cuando en el momento del parto se frustró.

Cuando Melchor le anunció que en unos pocos días tendría que viajar a San Sebastián, la mujer suspiró y dijo que le daba envidia porque le habían dicho que era una ciudad preciosa que no le iba a la zaga en belleza a Sevilla. Además estaba junto al mar, que ella apenas conocía ya que solo una vez, siendo pequeña, se había asomado a una playa, por la parte de

Huelva, pero apenas lo recordaba. Este comentario impresionó a Melchor pues estaba acostumbrado a que su mujer aceptara sus anuncios de viajes, limitándose a prepararle el equipaje. Y decidió darle una sorpresa.

Sabía que la invitación al pacto había partido de Largo Caballero, al que le unía una buena amistad, mezclada de respeto, pues se le consideraba un trabajador honrado, excelente estuquista, que por méritos propios había alcanzado un alto puesto en la política, siempre defendiendo a los obreros, y cuando se especulaba sobre la república en ciernes se pensaba en él como futuro ministro. Por eso fue a visitarle a la sede de su partido, y después de reprocharle el que hubiera tenido la idea de que participara la CNT, le preguntó si le parecía bien que le acompañase su mujer, que estaba pasando por un trance amargo, y que los gastos correrían de su cuenta. La respuesta del prócer socialista fue terminante:

—¡Cómo no me va a parecer bien! Si muchos de esos sinvergüenzas van con sus queridas, más derecho tendrás tú a ir con tu mujer. Y de los gastos ni te preocupes, hasta ahí podíamos llegar.

Los preparativos del viaje resultaron una fiesta para Francisquita, que tuvo que proveerse de ropa adecuada, ya que esto sucedía en el mes de agosto y la mujer carecía de vestidos de verano. Melchor le dio dinero para que se comprara un vestido y un sombrero, acorde con la época, y una vecina, doña Silvina, le prestó otro vestido que Francisquita con su habilidad de costurera se lo arregló para que le sirviera. También doña Silvina les prestó una maleta de cuero, ya que cuando Melchor

viajaba se servía de una de cartón–piedra, que para cerrarla la tenía que atar con una correa.

Vivían por aquellos años en la calle del Amparo 27, en un ático, y el segundo piso lo ocupaba una vecina, solterona, muy buena persona, Silvina Rodríguez, que se había encariñado mucho con Amapola, que estaba para cumplir los diez años y la llamaba tía Silvina; además sentía gran admiración por Melchor Rodríguez y por la labor que realizaba en favor de los obreros, ya que su padre había trabajado como minero en Asturias, y fallecido por culpa de la silicosis, según ella por causa del capitalismo que lo explotaba. La mujer se había dado muy buena maña para salir adelante y no había necesitado de ningún hombre para que la hiciera feliz, ya que consiguió montar una mercería en la misma calle del Amparo, que se convirtió en la más importante del barrio y que, según ella, le daba más satisfacciones que las que le hubiera dado un hombre. Había conseguido tener buenos ahorros, y dos pisos en alquiler en el barrio, y cuando Melchor estaba en la cárcel, sin cobrar jornal, y a Francisquita le costaba llegar a final de mes, doña Silvina le prestaba dinero.

Ella decía que se consideraba como de la familia de Melchor, pero éste le advertía que para ser, de verdad, de la familia, sería necesario que se afiliase a la CNT, a lo que doña Silvina le replicaba: «¿Pero eso no es cosa de hombres?», a lo que Melchor le replicaba que también era para mujeres generosas como ella. Pero no consiguió que se afiliara hasta que se produjo la guerra civil de 1936, que se afilió a la FAI no fueran a quitarle la tienda los milicianos rojos.

Dejaron a Amapola al cuidado de la vecina y por vez primera Melchor Rodríguez viajó en el expreso de Irún–Francia en primera clase, sobre asientos acolchados, seis por apartamento, cuando estaba acostumbrado a viajar en los duros bancos de madera de los vagones de tercera clase. Le había facilitado los billetes una agencia de viajes y nunca supo bien quién los había pagado.

La verdadera sorpresa se produjo cuando llegaron a San Sebastián, y en la estación les estaba esperando un propio que les condujo al hotel, que resultó ser el Hotel Londres, en el que se hospedaban los que iban a participar en el pacto que estaba previsto que tuviera lugar en el salón de convenciones del mismo hotel. A la sazón el Hotel Londres tenía fama de ser de los más elegantes de España y estaba emplazado en un extremo de la bahía de la Concha famosa por su singularidad y armonía. La ciudad estaba en fiestas por celebrarse la denominada Semana Grande, que la habían elegido los conspiradores para pasar más desapercibidos y el movimiento de gente entrando y saliendo del hotel era notable. Gente elegante, de las que asistían a las carreras de caballos, a las corridas de toros, o al tiro de pichón.

Cuando nada más llegar un mozo les tomó la maleta, y confirmaron que sus nombres figuraban en el registro de recepción, Melchor le comentó a su mujer:

–Me parece que esto no es para nosotros.

A lo que Francisquita, acostumbrada de sus tiempos de bailaora a alternar con la alta sociedad, le replicó:

–¿Por qué, no?

La habitación que les habían asignado era muy hermosa, con una terraza que daba sobre la bahía de la Concha, que se mostraba soleada, riente, con rumor de olas que venían a estrellarse suavemente sobre una playa de arenas doradas.

La cama era doble, de matrimonio, y con unas sábanas que Francisquita acarició y, como entendida, dijo admirada:

–¡Pero si son de hilo!

Se asomaron al cuarto de baño, que era casi tan grande como la habitación, y estaba provisto de una bañera cuyos grifos dorados, parecían como de oro, y Francisquita comentó:

–¡Habrá que aprovechar bien este baño!

La respuesta de Melchor fue preocupante:

–De momento no hagas nada, sin tan siquiera deshagas la maleta, que esto tengo que aclararlo.

Lo que tenía que aclarar era por qué al representante de un sindicato obrero, le habían asignado un hotel más propio de la burguesía más decadente.

Bajó a recepción y preguntó al recepcionista quién le había reservado esa habitación. El empleado, que como todos los de su oficio poseía don de gentes, le preguntó si no venía a un congreso cultural que iba a tener lugar en el hotel. ¿Sí? Pues la había reservado la misma agencia, que la de los otros

intervinientes. ¿Es que no se encontraba a gusto en la habitación? A Melchor le dieron ganas de decirle que se encontraría más a gusto en las habitaciones del servicio, pero no dijo nada y se limitó a preguntar si había llegado el señor Largo Caballero. Ciertamente, llevaba en el hotel desde el día anterior, pero creía que en esos momentos se encontraba en una reunión en una de las salas del hotel, y le indicó cuál era esa sala.

Melchor se fue a ella, pero no se atrevió a entrar. Fisgó entre visillos e intuyó que los reunidos eran algunos de los principales conspiradores –entre ellos Largo Caballero– y dudó en esperar a que terminaran su confabulación, temiendo que quizá pudiera durar horas, pero se produjo un descanso, en el que unos camareros entraron con servicio de cafetería y Melchor entró con ellos y saludó a Largo Caballero, quien le recibió con un fuerte abrazo, y aprovechó para presentarlo a los otros reunidos, como uno de los principales representantes del movimiento obrero a nivel nacional. Algunos le dieron la mano y otros se limitaron a hacer un movimiento de cabeza.

Melchor le rogó que le concediera unos minutos en un aparte, en el que le comentó que le parecía impropio que un representante sindical se hospedara en un hotel de semejante lujo. A lo que Largo Caballero le contestó festivo:

–¡Disfruta de la vida, aunque solo sea por una vez! ¿No crees que te lo mereces después de los meses que te has pasado en la cárcel?

–Lo siento, Francisco, no estoy a gusto.

–Ahora no tengo tiempo de discutir contigo. Si tú crees que puedes estar más a gusto en una pensión de mala muerte, hazlo, pero no te lo recomiendo. Pero no me falles en las reuniones; tu presencia es muy importante. Quiero que todos esos inútiles –así consideraba a sus compañeros de la conspiración– sepan que sin contar con el movimiento obrero no tienen nada que hacer.

–Cuenta conmigo –le contestó Melchor– pero para eso no hace falta estar en este hotel.

Subió a la habitación dispuesto a tomar la maleta para marcharse, cuando se encontró una sorpresa: Francisquita estaba dándose un baño en la bañera con grifería dorada, envuelta en un mar de espuma.

–¿Pero qué haces, mujer? ¡Si nos tenemos que ir! –le dijo escandalizado.

La reacción de Francisquita, siempre tan dócil y comprensiva, fue sorprendente:

–Yo de aquí no me voy; si quieres ya te puedes ir tú.

Melchor comenzó a razonarle sobre la inoportunidad de seguir allí y su mujer le escuchó sin dejar de enjabonarse, con una esponja, por todo el cuerpo desnudo, comentándole que aquella esponja debía de ser natural, de las que extraían del mar y no como las que vendían en las droguerías. Y concluyó la mujer:

–¿Es que te ha dicho Largo Caballero que nos tenemos que

ir? ¿No está, también, él en este hotel?

–Él es distinto –balbuceó Melchor.

–Pues yo también quiero que tú seas distinto.

Y lo fue. Vio tan dichosa a su mujer en aquel baño de espuma, recordó lo mal que lo había pasado durante su último embarazo, se dio cuenta de lo que padecía, la pobre, cada vez que se lo llevaban detenido, que condescendió:

–Está bien, pero mañana, en cuanto termine el congreso, nos vamos.

Pero no se fueron ya que el denominado «Congreso cultural» por razones de discreción no pudo celebrarse en el Hotel Londres, como estaba previsto, sino que hubo de trasladarlo al Círculo Republicano, con las consiguientes dilaciones.

En más de una ocasión declararían Melchor Rodríguez que gracias a la República había pasado los días más dichosos de su vida, ya que durante el tiempo libre se recorrieron la ciudad en fiestas, pasearon en una lancha por la bahía y Francisquita, feliz, decía que eso sí que era conocer el mar de verdad, y no el lejano recuerdo que tenía de su infancia; subieron al parque de atracciones del Monte Igueldo, montaron en su montaña rusa, tiraron al blanco en las casetas, se recorrieron en un lanchón el Río Misterioso y Melchor se decía que ya que se había puesto el mundo por montera, debía de esforzarse para que su mujer disfrutara de una ocasión única y viéndola reír, se le quitaban los remordimientos de conciencia que de vez en cuando le asaltaban. Hicieron el amor entre sábanas de hilo, como hacía

tiempo que no lo hacían, cenaron en los restaurantes de la denominada Parte Vieja y, para colmo, asistieron a una corrida de toros en la que toreaban Joselito y Belmonte.

El supuesto Congreso Cultural se celebró, por fin, el 17 de agosto de 1930, y la víspera –el día que pensaban ir a los toros– Melchor se vio precisado a abordar a Largo Caballero para pedirle dinero. Le dijo que le había hecho caso y se había quedado en el hotel, y como él no pintaba nada en las reuniones previas al pacto, se dedicaron a recorrer la ciudad, y se habían quedado sin blanca. ¿Le podía prestar unas pesetas que se las devolvería en cuanto regresaran a Madrid? El prócer socialista le dijo que le daba una alegría con lo que le contaba y que él no disponía de dinero, pero su partido sí. Melchor le dijo que se arreglaría con cien pesetas, pero Largo Caballero, con su firma, dispuso que la UGT le facilitara doscientas. La amistad entre Melchor Rodríguez y Largo Caballero duraría años, y aunque tuvieron sus desavenencias durante la guerra civil de 1936, nunca llegó a enturbiarse del todo. Cuando Melchor se enfadaba con él, Largo Caballero le recordaba las juergas que se había corrido en San Sebastián gracias a su dinero.

En la sesión del 17 de agosto se acordó la creación de un Comité Revolucionario para lograr el advenimiento de la República, sin descartar las huelgas que fueran precisas para conseguirlo. Francisco Largo Caballero estuvo especialmente activo y dio la oportunidad de intervenir a Melchor arguyendo que si se pensaba en la necesidad de una huelga general era necesario contar con la colaboración de la CNT y de la FAI, y requirió el parecer del representante de la CNT, presente en el acto, sin voz ni voto, pero con criterio. Melchor intervino para

expresar que la CNT siempre se mostraba dispuesta a participar en cualquier causa justa que beneficiara a la clase obrera, y que consideraba la desaparición de la Monarquía de toda justicia, no solo para la clase obrera, sino para España entera.

Largo Caballero agradeció las palabras de Melchor y pronunció una frase que había de hacerse famosa en el mundo del trabajo: «La redención humana solo puede hacerla la clase obrera».

En la República que de allí a un año se proclamaría en España Largo Caballero tuvo un papel destacado ocupando el cargo de Ministro del Trabajo en el primer gobierno republicano, consiguiendo notables mejoras para la clase trabajadora, entre otras la de limitar la jornada laboral a cuarenta horas semanales. Y cuando se declaró la guerra civil de 1936, fue elegido Jefe de Gobierno.

Melchor se sintió siempre muy orgulloso de haber tenido un trato de amistad con semejante prócer político y en más de una ocasión repitió que gracias a él había pasado los días más dichosos de su vida.

VIII. PARTICIPACIÓN DE MELCHOR EN LA SUBLEVACIÓN DE JACA

Su grata estancia en San Sebastián la tuvo que pagar a un alto precio, ya que le correspondió tomar parte en la sublevación de Jaca, en el siguiente mes de diciembre, que terminaría de manera trágica para sus protagonistas y que a Melchor le costó entrar, una vez más, en la cárcel.

En el pacto de San Sebastián se había acordado la formación de un Comité Revolucionario encargado de derrocar la Monarquía, al cual, en el mes de octubre se adhirieron la CNT y la FAI y Melchor Rodríguez fue nombrado, a instancias de Ángel Pestaña, secretario general del sindicato, miembro de ese Comité.

–¿Por qué, yo? –se encaró Melchor con Ángel Pestaña.

Melchor tenía una buena relación con el secretario, ya que habían compartido celda en más de una ocasión en la cárcel Modelo y, además, colaboraba con sus artículos en *Solidaridad Obrera*, órgano oficial de la CNT del que era director Ángel Pestaña. Y la explicación que le dio Pestaña fue plausible:

–Porque fuiste tú, en San Sebastián, quien dijo que la CNT se incorporaría a la justa causa de acabar con la monarquía, y es llegado el momento de poner por obra tus propias palabras.

Melchor se resistió a aceptar el encargo ya que no estaba de acuerdo con que se pretendiera poner fin a la monarquía mediante un pronunciamiento militar, que debía de comenzar en la ciudad de Jaca, y medio en broma, medio en serio le dijo a Pestaña:

–¿Por qué en Jaca? ¡Con el frío que hace en esa ciudad en pleno mes de diciembre!

Melchor, como sevillano, era muy friolero, pero en aquella razón acertó ya que, en parte, el pronunciamiento fracasó por culpa del frío y las nieves que dificultaron el avance de las columnas que debían tomar la ciudad. A la cabeza del pronunciamiento estaba el capitán Fermín Galán Rodríguez, militar de honor, que acabaría siendo declarado mártir de la República, con méritos sobrados ya que murió fusilado dando vivas a la República, pero que como conspirador resultó muy poco acertado, ya que el alzamiento estaba previsto para el día 15 de diciembre, y desde semanas antes se conocía con detalle lo que iba a suceder a tal extremo que el general Mola, a la sazón Director General de Seguridad en el gobierno presidido por el general Berenguer, escribió de su puño y letra una carta a Fermín Galán, que lo había tenido a sus órdenes en una de las campañas de África, en la que le trataba de «distinguido amigo y capitán» y le rogaba que se lo pensara bien y que desistiera de cualquier intento de sublevarse. Y terminaba diciéndole que no era una orden, sino el consejo de un buen amigo.

Como todo esto era sobradamente sabido Melchor le razonaba a su superior que cuándo se había visto una sublevación tan conocida, que hasta el Director General de Seguridad pedía, por favor, que no se acometiera, a lo que Pestaña le daba la razón, pero que la CNT se había comprometido a apoyarla con su presencia, y no les quedaba más remedio que cumplir con la palabra dada.

–Lo que sí te recomiendo –le dijo– es que te muestres muy prudente y estés a la expectativa de lo que ocurra. Nada de participar en mítines o reuniones previas al alzamiento.

Y con esa encomienda tan difusa tomó el tren para la ciudad de Jaca provisto de ropa de abrigo, incluso unos calzoncillos largos de lana, y se hospedó en un pequeño hotel regentado por Esteban Calzada, simpatizante de la causa, que le recibió con gran deferencia y le advirtió que su llegada ya era conocida por el capitán Galán, que al otro día le rendiría visita. Melchor temió lo que pudiera pretender de él el responsable militar del alzamiento, y esperó la visita con recelo.

Galán apareció en el hotel muy de mañana, y casi se presentó a Melchor como correligionario suyo. Era joven, de buena presencia, y le contó que en Barcelona había estado en la cárcel por haber participado en otra intentona contra Primo de Rivera, en la que había conocido e intimado con diversos anarquistas de la CNT, que le habían causado una excelente impresión y que, por eso, durante aquellos días se había dedicado a recorrer la región para hablar con el pueblo llano, principalmente socialistas y anarquistas, animándole a hacer la revolución, obteniendo una respuesta muy favorable. Su

misión era sublevar a la guarnición de Jaca contra el Gobierno, detener al gobernador militar, ocupar los centros de comunicación y, conseguido esto, proclamar la República en el Ayuntamiento en nombre del Gobierno Provisional Revolucionario. ¿Y qué esperaba de Melchor? Que como representante de la CNT cuando se hiciera esa proclamación animara a todos sus afiliados a concentrarse en la plaza del Ayuntamiento para dar vítores al nuevo alcalde republicano. ¿Podía contar con él? Melchor, sin excesivo entusiasmo, le contestó afirmativamente; lo que más le inquietó fue la despedida del capitán:

–Lo único que me preocupa es el tiempo: si las nieves propias de esta época se adelantan y cierran los puertos puede dificultar mucho el movimiento de tropas.

Le dejó inquieto porque nada más marcharse Fermín Galán se asomó a la ventana y apreció que el cielo no auguraba nada bueno cubierto con una nube gris difusa que cuando dejaba escapar unas gotas eran de agua nieve.

Por la tarde el dueño del hotel, como quien le da una primicia, le anunció que el capitán Galán, con buen acuerdo, y visto el aspecto que ofrecía el tiempo, había decidido anticipar el pronunciamiento previsto para el día 15, al día 12, y Melchor puso una conferencia urgente a Ángel Pestaña, y en la madrugada de ese día 12, después de una noche sin dormir, se presentó en un automóvil uno de los miembros más relevante del Comité Revolucionario, Casares Quiroga, para hacer desistir al capitán Galán de su pretensión de anticipar el golpe. ¿No se daba cuenta el impetuoso militar, que la acción de Jaca debía

concertarse con las de otras guarniciones del país, que lo tenían previsto para el 15 de diciembre? Pero no hubo tiempo para razonamientos porque unas horas antes, a las cinco de la mañana, Galán había puesto en marcha el alzamiento.

Melchor no llegó a hablar con Casares Quiroga, pero en cambio recibió una visita que le dejó bastante impresionado, la de la esposa del capitán García Hernández, que estaba al mando de la compañía de ametralladoras, llamada a participar en el alzamiento. Pese a estar casada era conocida como la señorita Carola, muy enamorada de su marido, y que se presentó en el hotel, trayendo de la mano a una niña como de cinco años, con la pretensión de que Melchor Rodríguez, de quien le habían dicho que era el representante del Comité Revolucionario organizador del pronunciamiento, pusiera término al mismo.

Era una mujer guapa, con un candor ingenuo que la hacía atractiva, aunque lo que pretendiera no tuviera ningún fundamento.

–Pero, señora –le razonó Melchor– ¿cómo puede usted pensar que yo que soy un simple civil, puedo detener un movimiento militar que temo que se encuentra en marcha?

La mujer, entre lágrimas, volvió a invocarle su condición de miembro del Comité, y le dijo que su marido era una buena, persona, contraria a la violencia, y que se había visto arrastrado a esa locura por sus compañeros de armas ¿y qué iba a ser de ella y de su hija de cinco años, si todo se torcía?

Melchor se dio cuenta que era una visita desesperada, de

una mujer angustiada por la suerte que pudiera correr su marido, y le dedicó bastante tiempo, procurando darle consuelos, bien en la línea de que el alzamiento podía prosperar, sin derramamiento de sangre –algo en lo que él no creía–, o que de no prosperar no tenía por qué recaerle una pena grave, a quien apenas había tomado parte en él. De paso le daba su pañuelo para que se secara las lágrimas y la mujer agradecía sus palabras, aunque de vez en cuando volvía a reprocharle que todo esto sucedía por culpa del Comité Revolucionario del que él formaba parte.

Melchor se disculpaba como mejor podía, procuraba cambiar de conversación, y consiguió que la mujer le contara su vida en la que hizo hincapié en que su marido era un militar honrado a carta cabal, que nunca se había aprovechado de su cargo, que se ajustaban a su modesto sueldo para vivir, y que si había pedido su traslado a Jaca, a un batallón de montaña, era porque comportaba un sobresueldo que les venía muy bien. Melchor se despidió de ella felicitándole por tener un marido así y le prometió que haría cuanto estuviera en su mano, y por tratar de cumplir esa promesa se le complicó la vida.

Cuando la mujer se marchó el dueño del hotel le dio una noticia que no le gustó: le dijo que el capitán García Hernández era un militar de mucho prestigio entre la tropa y que por eso se invocaba su nombre como uno de los principales promotores del alzamiento.

El pronunciamiento fue abortado a las pocas horas de comenzar. Se inició, como queda dicho, en la madrugada del 12 de diciembre, y para hacerse con la estación de ferrocarril los

sulevados se vieron precisados a matar a un sargento de la Guardia Civil y a dos carabineros que se opusieron al asalto.

A las once de la mañana Galán proclamaba la República en el Ayuntamiento de Jaca, en nombre «del Gobierno Provisional Revolucionario», y nombraba como alcalde a Don Pío Díaz Pradas, militante socialista, y hombre conocido y respetado en la ciudad. Al mismo tiempo dictó un bando en cuyo artículo único se disponía que «aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente, será fusilado sin formación de causa».

La intención de Fermín Galán era la de alcanzar Huesca y dispuso dos columnas de ataque que sufrieron toda clase de contrariedades, no siendo la menor que en la madrugada del día 13 se intensificaron los chubascos de agua y nieve y no fueron pocos los soldados que desertaron porque no podían soportar el frío.

La reacción del Gobierno fue inmediata y desde la Capitanía General de Zaragoza se dispuso el envío de tropas, con dotación de artillería que a la altura de las Coronas de Cillas, a tres kilómetros de Huesca, pusieron fin a la sublevación.

Todo lo que tuvo de imprudente Fermín Galán a la hora de organizar la sublevación, lo tuvo de reciedumbre a la hora de rendir cuentas. Sus subordinados más fieles, cuando iban a rendirse le animaron a refugiarse en la próxima Francia, a lo que Galán les replicó: «Para hacer lo que me decís tendrían que perdonarme los muertos, y ya no pueden hacerlo; tendríais que perdonarme vosotros, que sin duda me habéis perdonado,

ya; pero tendría que perdonarme yo y eso no lo conseguiré nunca».

Y en el primer pueblo del camino se entregó a un sargento de la Guardia Civil, pensando que entregándose y declarándose principal responsable del alzamiento los otros sublevados serían castigados con penas leves.

Galán, junto con García Hernández fueron conducidos al Gobierno Militar de Huesca para ser juzgados por un Consejo de Guerra sumarísimo.

Cuando Melchor se enteró de la detención, consiguió que el dueño del hotel le facilitara un automóvil y se desplazó a Huesca a fin de interceder por la vida del capitán García Hernández. Como le diría luego Ángel Pestaña: ¿cómo se le había ocurrido pensar que los militares gubernamentales, iba a escuchar a un miembro del Comité Revolucionario? A lo que Melchor le replicó que se había comprometido con su esposa a hacer algo y eso era lo único que se le ocurrió que podía hacer.

Llegó en la madrugada del 13 y consiguió entrevistarse con el abogado defensor que le habían asignado a García Hernández, un teniente de la escala de complemento que no tenía ni idea de Derecho, mientras que Melchor poseía una buena cultura jurídica, ya que a causa de sus estancias en la cárcel, se veía precisado a manejarse con leyes y dada su afición a leer llegó a conocerse bastante bien el código penal.

El teniente se mostraba amedrentado por la tarea que le habían encomendado y Melchor le hizo ver que, según su información, el capitán García Hernández no había tomado

parte en ninguno de los delitos de sangre que se habían cometido en el alzamiento y que se podía considerar su actuación como de obediencia al mando, en este caso, del capitán Galán que era su superior, por mayor antigüedad en el cargo. El teniente a todo dijo que sí y que haría cuanto estuviera en su mano, aun advirtiéndole a Melchor que era la primera vez que le correspondía actuar, como abogado, en un juicio militar.

El Consejo Militar apenas duró cuarenta minutos y dictó sentencia de muerte contra Galán y García Hernández, y penas severísimas al resto de los sublevados. La razón que dio el auditor militar, ponente de aquel consejo de guerra sumarísimo para condenar a García Hernández fue «ser capitán de compañía con mando de armas de hecho y de derecho». Según el rumor popular, el rey Alfonso XIII, en persona, cuidó que se llevara a cabo con presteza tan dura sentencia para que sirviera de escarmiento a quienes pretendieran alzarse contra la Corona.

El siguiente día 14 de diciembre fueron fusilados los dos condenados a muerte en el polvorín de Fornillos, en Huesca, algo insólito porque ese día caía en domingo, y era tradición no ejecutar sentencia en esa festividad.

Como había interés en que la ejecución sirviera de escarmiento se consintió la asistencia de algún público y eso permitió a Melchor acceder al polvorín e invocando su condición de amigo de la familia del capitán García Hernández, encargado de sus disposiciones testamentarias, pudo mantener una breve conversación con él.

El capitán se mantenía muy sereno, y se extrañó ante la presencia de Melchor, hasta que le contó la conversación que había mantenido con su esposa y que como miembro del Comité Revolucionario consideraba de justicia que se le prestara ayuda a la que iba a quedar viuda, por causa de la República, bien en forma de una pensión, o del modo que acordara el Comité, y que de su cuenta estaba el conseguirlo. García Hernández se emocionó ante semejante ofrecimiento pues su gran preocupación en ese trance era lo que sería de su querida Carola y de su no menos querida hija. Y le hizo una declaración a Melchor muy sentida: le dijo que como católico que era sentía mucho los daños que se hubieran podido producir por su actuación, aunque bien sabía Dios, ante cuya presencia confiaba comparecer en breve, que nunca fue su intención que hubiera víctimas. Pero que no podía arrepentirse de querer para España lo que más le convenía: la República.

El interesarse por uno de los considerados principales promotores del alzamiento le complicó la vida –y se lo reprocharon sus compañeros de organización– pero Melchor nunca se arrepintió de haberlo hecho. El poco tiempo que estuvo con García Hernández hizo que le tomara estima e, incluso, que mejorase el concepto que tenía de los católicos. Cumplió su palabra y nada más volver a Madrid propuso al comité del sindicato lo de la ayuda que había prometido a la viuda, y la resolución le pareció acertada: acordaron abrir una suscripción en favor «de uno de los primeros mártires de la República» aportando una cantidad modesta que, sin duda, se incrementaría como así fue.

A raíz de los fusilamientos de Huesca se levantó un clamor en

toda España en contra de Alfonso XIII, y de la injusticia cometida con Galán y García Hernández, que fueron elevados a la categoría de mártires y cuando pocos meses después se proclamó la República muchas calles de España se titularon con los nombres de los dos ajusticiados. Melchor para conseguir aportaciones para la viuda escribió artículos en las revistas que le eran afines, y eso lo siguió haciendo incluso desde la cárcel, y cuando salió de ella en todos los mítines en los que intervenía recordaba a los españoles la deuda que tenían contraída con la viuda de uno de los primeros mártires de la República.

Esta viuda, la señorita Carola, le escribió cartas de agradecimiento, y cuando pasaron los años y venía a Madrid, le rendía visita a Melchor, y si iba en compañía de su hija, le decía a la niña que a ese señor le debían el no haberse muerto de hambre y el que ella hubiera podido cursar sus estudios con normalidad.

Los artículos que escribió sobre este asunto tuvieron mucha repercusión pues en ellos se narraba, con veracidad, cómo se había desarrollado el fusilamiento, ya que Melchor estuvo presente en el acto que tuvo lugar una hora después de que terminase su conversación con el capitán.

Melchor entendía que con arreglo a las leyes militares vigentes, inicuas y contrarias al ideario anarquista, era inevitable que sobre Fermín Galán recayera la pena de muerte, ya que había provocado una revolución cruenta, con víctimas mortales, pero le parecía de todo injusto que la misma pena se impusiera a quien apenas había intervenido en el alzamiento, y no se le podían imputar delitos de sangre. Por eso decidió

asistir al acto de la ejecución para con mayor autenticidad poder denunciar en *Solidaridad Obrera*, y otros órganos del sindicato, la arbitrariedad que se cometía.

El fusilamiento tuvo lugar a las cuatro de la tarde de un domingo en extremo desapacible, con agua y nieve cayendo constantemente. Como el juicio había sido muy sonado en Huesca, se habían desplazado hasta Fornillos para presenciar la ejecución buen número de oscenses, unos por curiosidad y otros por rendir homenaje a quienes iba a morir por unos ideales que de allí a cuatro meses serían los de todos los españoles. Se tuvieron que conformar en presenciarla desde unos cercados, ya que las autoridades no les consintieron entrar dentro del polvorín, pero Melchor no tuvo ningún problema ya que el sargento de la Guardia Civil, encargado del orden de la ejecución, lo tenía por pariente de García Hernández y como en aquella precipitada ejecución reinaban mucho nervios, le pareció título suficiente para estar presente sin hacer más indagaciones.

En el mismo acto de la ejecución hubo un cierto desorden ya que no colocaron en el paredón a los dos condenados a la vez, sino que primero llegó Fermín Galán que no había querido recibir auxilios espirituales, porque no tenía más religión que la República y la libertad de los pueblos, mientras que García Hernández estaba en un lugar apartado recibiendo los auxilios espirituales del capellán de su Regimiento. Incluso, se supo después, que había demandado recibir la Extremaunción y que el capellán le explicó que ese remedio sacramental solo estaba previsto para aquellos enfermos que estuviera en peligro de muerte. A lo que García Hernández le replicó si no le parecía

suficiente el riesgo de morir que estaba corriendo, pero el capellán le insistió que lo que predominaba era la condición de enfermo, más que el peligro de morir.

Todo esto les llevó algún tiempo que aprovechó el capitán Galán para sacar una gruesa pitillera de cuero y extraer de ella un cigarrillo, que lio con calma, sin temblarle el pulso, y que lo encendió con un mechero de yesca. Melchor presencié la escena desde un cobertizo en el que se refugiaban del aguanieve los asistentes, en su mayoría militares y autoridades civiles, y uno de ellos comentó que le parecía una falta de respeto fumar en aquellas circunstancias.

Por fin apareció García Hernández, escoltado por dos soldados, y fue recibido con un abrazo por Fermín Galán, al que correspondió y ambos se dieron palmadas de consuelo. Algo hablaron entre ellos, pero sus palabras no llegaron hasta el cobertizo, pero si las que pronunció Fermín Galán con voz muy alta:

–No hagamos esperar a estos señores, que no está el día para eso.

El teniente que mandaba el piquete de ejecución se acercó a ellos con dos trapos blancos, pero ambos a una se negaron a que les vendaran los ojos. Volvieron a abrazarse como hermanos y se quedaron mirando de frente al pelotón, en posición de descanso, aunque con las manos a la espalda.

Según la leyenda fue Fermín Galán quien dio la orden de disparar al pelotón, pero la realidad que constató Melchor es que no fue así, y que Galán al tiempo de la descarga lanzó un

viva a la República, mientras que García Hernández besó un crucifijo que le ofreció el capellán que, como es costumbre, estaba a su lado, pero a prudencial distancia de los disparos.

Le hubiera gustado despedirse de la señorita Carola y contarle que su marido había muerto como un caballero, además como un caballero cristiano, que suponía que algo la habría consolado, pero no se atrevió a hacerlo.

Le parecía que podía ser comprometerse más de lo que ya estaba, pues cuando se encontraba debajo del cobertizo se apercibió de que era vigilado por quien, sin duda, era un policía, ya que dada su larga experiencia de perseguido por la justicia sabía distinguir a los miembros de la bofia.

A la semana de su regreso a Madrid, fue detenido cuando se encontraba en su trabajo de chapista. Lo hicieron en presencia de su patrón, el señor Mateos, quien le reprendió:

–«¿Otra vez, Melchor? ¡Menuda fama vas a dar a nuestro negocio!».

Melchor se disculpó y le dijo que en aquella ocasión sería cosa de poco porque pensó que lo detenían por un artículo que había escrito para «Solidaridad Obrera» denunciando el fusilamiento del polvorín de Fornillos, y esos delitos de imprenta apenas conllevaban penas de prisión.

Pero la acusación resultó mucho más grave, ya que se le consideraba cómplice del pronunciamiento de Jaca, en connivencia con el capitán García Hernández, a quien había asistido antes y después del alzamiento, según testigos de

presente, y lo más inquietante fue lo que le dijo el letrado del Sindicato que le asistió:

–Melchor, si logran demostrar semejante disparate, el proceso pasa a la jurisdicción militar y, en tal caso, la pena que te pueden imponer es la de cadena perpetua, que es la que ha recaído sobre la mayoría de los implicados en el alzamiento. ¿Pero cómo te has metido en ese lío?

IX. MELCHOR EXPULSADO DE LA FAI

«Querido don Antonio:

»Recibí su carta, siempre tan cariñosa, felicitándome por la proclamación de la II República, que bienvenida sea para bien de España. Me extraña que me diga usted que le han llegado noticias de que yo he tenido parte muy singular en ese advenimiento feliz. ¿Qué noticias pueden ser ésas? Porque le aclaro que todos los preludios republicanos yo me los he pasado en la cárcel, sin mérito heroico alguno sino por mi torpeza, eso al menos dice el letrado de mi defensa. Y mi torpeza fue meterme en donde nadie me llamaba, ya que fui a Jaca como observador del Comité revolucionario republicano, y me dio por ayudar a la viuda del capitán García Hernández, y por un acto de caridad el fiscal militar me imputó complicidad en el alzamiento.

De lo que hice, y sigo haciendo por la viuda, no me arrepiento pues la mujer, con una hija de pocos años, se quedaba en la indigencia más absoluta pues así se portan los militares con los que consideran traidores. Alguna pensión le hubiera quedado, pero ínfima. De eso, ya digo, no me arrepiento, pero sí de la torpeza con que lo hice, de una manera ostensible sabiendo, por experiencia, que habría sicarios de la policía secreta –que los hubo–

dispuestos a denunciar lo que les convenía denunciar. Podía haber hecho el mismo bien con más disimulo. Ya lo sé para otra vez.

»La que peor ha llevado todo esto ha sido Francisquita que no le falta razón cuando me reprocha el andar siempre metido en líos pues ya se veía poco menos que viuda, o algo parecido, con un marido condenado a cadena perpetua. Menos mal que cuando me ve de nuevo en casa, se le pasan las penas y me perdona. Cuando iba a visitarme a la cárcel, para llevarme comida y algo de ropa, procuraba mostrarse cariñosa, pero no era extraño que acabáramos regañando. A pesar de todo, ya la conoce usted, es muy buena.

»Al mismo tiempo que entraba yo en la Modelo, lo hacían bastantes de los miembros del Comité revolucionario, entre otros Casares Quiroga, pero acusados, solo, de “inductores intelectuales del alzamiento”, y no de cómplices directos como yo. La verdad es que unos me felicitaban por lo que había hecho –que igual es por lo mismo que me felicita usted– y otros no, pero yo procuro no hacer mucho caso de pareceres ajenos y atenerme a lo que me dice mi conciencia, que la mayoría de las veces no me dice nada y por eso me enredo tanto.

»Esos meses que pasamos en la cárcel, fueron de los más livianos que he padecido pues los funcionarios sabían que lo de la proclamación de la República era cuestión de días y nos trataban con gran benevolencia, pues se daban cuenta que de allí a poco, los que ahora eran presos, pasarían a formar parte del nuevo gobierno del país, como así ha sido.

No le digo más que en el mes de marzo sin que ninguno de los procedimientos judiciales en curso hubiera avanzado un paso, se recibió una orden “de la superioridad” por la que todos los del comité fuimos puestos en libertad y sin que el fiscal militar que quería empapelarme dijera ni pío. Se decía que esa orden la dio el general Mola, que como Director General de Seguridad sabía bien lo que iba a pasar en cuestión de días.

»Esa libertad me quitó un gran peso de encima y la alegría de poder recibir a la República el 14 de abril, en un día de fiesta inolvidable. Yo llegué a llorar. ¿Usted no?

»Bien pensado de algo habrá servido mi significación en lo de Jaca, pues la primera medida que tomamos en el sindicato, fue la de pedir la libertad de todos los presos sociales que seguían en la Modelo, ya que solo habíamos salido los del comité revolucionario, lo cual no era justo, y a mí me correspondió encabezar esa representación sindical, quizá por mi condición de decano de todos los presos. A tal fin pedimos audiencia al Ministro de la Gobernación, don Miguel Maura, y nos la concedió de seguido. Con este ministro había coincidido yo en la cárcel, cosa de poco, porque todos nos decimos revolucionarios, pero los hay más importantes que por una puerta entran y por otra salen, y Maura era de esos. En la cárcel apenas hacía aprecio de mi persona, pero en cambio en la citada reunión me trató con gran deferencia y se refirió a mi artículo sobre los fusilamientos ya que, le aclaro, al principio solo se publicó en “Solidaridad obrera”, pero tan pronto se ha proclamado la República lo han reproducido los principales

periódicos del país, por lo menos en Madrid lo ha publicado hasta el ABC, que más contrario a nuestros ideales republicanos no se puede mostrar. Yo no lo escribí con intención de adquirir fama, pero bienvenida sea si sirve para lo que sirvió en aquella ocasión que fue para que el Ministro me escuchara con atención, y accediera a nuestra petición, al principio con reservas, alegando que no fuera a ser que al socaire de ese indulto salieran, también, delincuentes comunes, y nos pidió una lista de los presos políticos, que eran ochenta y cinco, y como la llevábamos se la dimos, y solo hubo un problema, el de uno denominado el “Vargas”, que había tomado parte en un atraco con la finalidad de recaudar fondos para la organización, porque quiero que sepa que en nuestra organización los hay que consideran lícito cualquier medio para obtener fondos, a lo cual yo me muestro muy contrario y he hecho declaraciones en el sentido de que en la FAI y la CNT no se puede admitir dinero de los atracos, porque nos deshonra y nos perjudica: los atracadores no pueden estar entre nosotros. Por desgracia no todos piensan como yo, pero los más sí, y por tanto no me quedó otro remedio que aceptar que el “Vargas” cumpliera su condena.

»El ministro se mostró diligente y a la semana pudimos ir a la Modelo a recibir a los presos políticos, que fue una de mis grandes alegrías pues bien sé lo que es estar en la cárcel y recibir la libertad. Algunos salían llorando, y no era para menos, y hasta me querían besar la mano, aunque yo no lo consentía.

»Después de esta gran alegría vino el mayor de los

disgustos, que ha sido la quema de conventos en Madrid y en otras poblaciones de España, y supongo que alguna desgracia le habrá tocado a nuestra querida ciudad de Sevilla. ¿Cómo es posible que lo que pocos días antes era todo alegría y festejar las libertades se haya convertido en odio desatado? Los que intentan justificar, lo injustificable, alegan que la quema comenzó por culpa de los monárquicos –señalan principalmente al director de ABC, Luca de Tena–; que en un Círculo que tienen ellos lanzaron proclamas contra la recién constituida República, y también dicen que el cardenal Segura hizo otro tanto con homilías incendiarias desde las iglesias, pero aunque eso fuera cierto, no justifica la atrocidad que se ha cometido que constituye un baldón para todo el país. ¡Qué imagen de barbarie damos en el extranjero! ¡Pues sí que empezamos bien!

»A pesar de todo yo tengo esperanzas de que las cosas se enderecen y sepamos aprovechar los aires de libertad que nos trae la República.

»En mi vida particular tengo la satisfacción de que nuestra hija Amapola acaba de cumplir diez años, pero parece tener muchos más por lo lista que es y lo bien que se entera de todo. El día 14 de abril salió a la calle con una escarapela tricolor en la cabeza dando vivas a la República, lo cual a mí me dio de reír, y a su madre no tanto, pues se teme que salga como su padre, es decir, como yo, el de los líos.

»Me pregunta usted si sigo escribiendo y le contesto que

no hago otra cosas, pues la pluma –mejor dicho la máquina de escribir– es el medio que tengo a mi alcance para denunciar lo que no me gusta que, a veces, me parece que es más que lo que me gusta. Pero no quiero dejarme dominar por el pesimismo. Por su pregunta veo que mis artículos no llegan a Sevilla y puedo recortarlos y mandárselos por correo, aunque no quiero agobiarle obligándole a leer lo que usted sabe mejor que yo.

»Como siempre póngame a los pies de Mariana, a la que nunca olvido, ni a ella, ni a sus guisos de lentejas de los miércoles. ¡Qué tiempos tan felices, y cuánto tuvo usted que ver en esa felicidad!

»Un abrazo de quien siempre se considerará su discípulo, Melchor».

A los pocos meses de su instauración, la república supuso una gran desilusión para Melchor, por una razón fundamental: no había significado ninguna mejora para la clase trabajadora, que seguía siendo explotada por los de siempre. Y Melchor hizo lo de siempre: denunciar los abusos escribiendo artículos y participando en los mítines de las huelgas que se sucedían en el país con frecuencia. Y con frecuencia volvió a pisar las cárceles y hasta llegó a conocer el famoso penal de Ocaña, con gran disgusto de Francisquita que no disponía de medios para poder visitarle.

En 1934 tuvo lugar la conocida como «Revolución de Asturias» protagonizada por los mineros asturianos contra el

poder establecido, que fue sofocada con gran dureza sirviéndose el gobierno de generales africanistas, entre otros de Francisco Franco, el que años más tarde se convertiría en omnímodo caudillo de España. La CNT de Madrid no tomó parte en esa revolución y, por tanto, tampoco lo hizo Melchor, pero sí tomó partido desde la revista *Tierra* para criticar duramente la represión que siguió al conflicto, que dejó más de mil muertos. Sus críticas le costaron, una vez más, la cárcel, en esa ocasión la Modelo.

Era ministro de la Gobernación, a la sazón, Eloy Vaquero, del partido radical de Lerroux, hombre de gran valía, que comenzó siendo maestro de escuela, cursó la carrera de abogado, mostrando gran afición a las letras en las que destacó como poeta e, incluso, llegó a publicar alguna novela.

En su condición de poeta y escritor sentía gran admiración por los artículos que escribía Melchor en prensa; además, era de Córdoba y le recordaba con simpatía de sus tiempos de torero. Por esa razón de simpatía personal, acordó ponerle en libertad, lo cual a Melchor le pareció una injusticia, ya que en la cárcel seguían más de doscientos reclusos, por el mismo motivo que él, es decir, haberse opuesto a la feroz represión de Asturias.

Pidió audiencia al ministro, que le fue concedida de inmediato pues Eloy Vaquero pensó que sería el trámite de cortesía de darle las gracias por haberle concedido la libertad, de ahí su sorpresa cuando se encontró con un Melchor muy severo que, cierto que le dio las gracias, pero a condición de que pusiera en libertad, también, a otros reclusos que estaban

presos sin formación de causa alguna.

–Señor ministro –le dijo Melchor– si yo he merecido la libertad, por no haber cometido ningún delito, igualmente la merecen otros compañeros que tampoco lo han cometido. O les pone en libertad a ellos, o me vuelve a meter en la cárcel a mí.

El ministro accedió a su pretensión y dispuso la libertad de más de cien reclusos, y Melchor consideró oportuno escribir uno de sus artículos en el que daba las gracias al ministro de la Gobernación por el honrado gesto que había tenido, lo cual cayó mal en algunos ambientes de su organización, que entendieron que Melchor se había servido de torpes concesiones para conseguir esa libertad. ¿No estaba la FAI enfrentada con un gobierno burgués y corrupto? ¿A cuento de qué aceptar favores de él? Eran unos años en los que el movimiento anarquista se mostraba muy extremado, con dirigentes muy exaltados –Durruti, Ascaso...– que consideraban justa cualquier acción contra el gobierno, incluidos los atracos a los bancos y otras entidades capitalistas, y comenzaron a atacar la postura conciliadora de Melchor, quien respondió con un artículo en el que se declaraba representante de un anarquismo humanista y no violento, partidario de la educación del pueblo, para conseguir las cosas por su propio peso. La respuesta del sector duro de la organización fue considerar que no estaban los tiempos para esas soflamas, y en uno de sus comités celebrado en febrero de 1935, se acordó la expulsión de Melchor Rodríguez de la FAI.

¿Podía ser expulsado de la específica quién había sido uno de

sus fundadores, con el número cuatro?

La única que aceptó con gusto esa expulsión fue Francisquita que así pensó que recuperaba a un marido, que ya no tendría que volver a la cárcel, no así Melchor que se dolió de ella, y escribió una carta a don Antonio:

«Querido don Antonio:

»Lo que nunca pensé que pudiera ocurrirme ha sucedido: me han expulsado de la FAI, de la que recordará que fui fundador, y lo que me imputan es haber negociado con un ministro del gobierno la libertad de presos políticos, y que para conseguirlo he hecho torpes concesiones. Más por extenso le contaré qué consideran esos camaradas «torpes concesiones». Tengo para mí que lo que les estorba de mi persona es que me muestre contrario a los atracos para conseguir dinero, ya que todo lo dan por bueno con tal de que prospere una revolución que por ese camino, de todo vale, sería de sangre y violencia.

»¿Cómo me afecta lo que considero una injusta decisión? Me llega a lo más adentro del alma –supuesto que tengamos alma que usted y yo lo dudamos– pues me temo que de seguir por ese camino puedan convertir a la FAI en una banda de ladrones, convencido como estoy de que quien empieza a robar, digamos por idealismo, acaba haciéndolo por sistema y por su provecho personal.

»¿Por tan torpe decisión debo retirarme de la política, que yo la entiendo como defensa de los más desfavorecidos, es decir, de la clase obrera? Eso dice que

debo hacer Francisquita, que cree que así viviremos más felices y tranquilos, y en cuanto a lo de tranquilos le doy la razón, no así en lo de felices ya que no me lo permitiría mi conciencia social. Pienso que no debo de hacerlo pues de cara a los tiempos que se avecinan, tan complicados, algo me toca hacer. No sé el qué, todo menos cruzarme de brazos. Francisquita, en su ilusión de que me aparte de la política, la pobre discurre disparates y me dice que vuelva al mundo de los toros, y yo por broma le pregunto si quiere que retorne como banderillero, con bastante más de cuarenta años que tengo, que ya voy a por los cincuenta, y me dice que no, que me haga apoderado de toreros que comienzan, y me pone el ejemplo de Dominguín, sin darse cuenta de que ha sido torero muy famoso y que tiene hijos, a los que apodera, que llevan camino de serlo. A veces le doy la razón para que se quede tranquila, pero mi decisión es firme, y la pregunta que le hago, y que es la razón de esta carta, es la siguiente:

»Si mi organización sigue emperrada en que me quede fuera de ella ¿tendría acomodo en la UGT? Bien desde el PSOE, o la UGT, ¿podría seguir desempeñando con mi pluma, o con mi palabra, el trabajo que vengo haciendo? Siempre he considerado que entre el PSOE y la FAI hay una hermandad de fines puesto que ambos miran, o miramos, al provecho de la clase trabajadora, y aunque con distintos procedimientos buscamos lo mismo. Un hombre como yo ¿sería aceptado en el PSOE?

»Escribo estas líneas con el corazón dolorido, y le ruego a usted que guarde la mayor discreción, pues si en mi

organización se conociera mi intención me tacharían de traidor, pues son como el perro del hortelano que ni come ni deja comer.

»Por favor, contésteme lo más rápido posible.

»Siempre a los pies de Mariana, un fuerte abrazo, Melchor».

La respuesta de don Antonio fue a vuelta de correo.

«Querido Melchor:

»Tanto en el PSOE como en la UGT, serías recibido con los brazos abiertos, pues tienes un historial sindicalista que pocos pueden igualar. Y sobre todo una virtud, la honradez, que no te creas que está demasiado generalizada, pues aquí por Andalucía ya tenemos casos de políticos que se dicen honrados y están muy lejos de serlo, pero no voy a entrar en ello.

»Pero... ¿te vas a resignar a aceptar una decisión injusta, como es la de tu expulsión de la FAI? ¿Es que acaso no disponéis de otros organismos que puedan remediar semejante dislate? Me dices que los que te han echado pueden acabar convirtiendo el partido en una banda de ladrones ¿y tú lo vas a consentir? ¿No sería tanto como rendirte? Parece que te estoy poniendo dificultades a que

milites en nuestro partido, pero lo que intento es que antes de hacerlo luches por el tuyo, y si fracasas encantados de que te vengas con nosotros.

»En cuanto a lo que dice Francisquita no me parece ningún disparate, ya que el mundo de los toros no está en las mejores manos y un hombre con tu experiencia en el medio, ¡y tu honradez! nos vendría muy bien a los que seguimos amando la fiesta. Esto te lo digo en mi condición de aficionado de toda la vida, pero comprendo que tus ideales ahora van por otros derroteros, que también son los míos y sin toros nos podemos pasar, pero sin justicia social no. ¡Ánimo, pues, Melchor, y a por ellos!

»Tenme al corriente ya que, te insisto, nuestras puertas las tienes abiertas. Es más, si por fin te vienes al PSOE, es posible que tus servicios fueran más necesarios en Sevilla –en donde a veces las cosas andan manga por hombro– que en Madrid. ¿No te apetecería volver a tu Sevilla natal? A mí me encantaría que reanudáramos nuestra amistad, de presente, y no por carta como la mantenemos ahora, aunque no por eso es menos sentida y querida.

»Un abrazo de tu viejo maestro, Antonio».

Acuse de Melchor a la anterior carta, un mes después.

«Querido don Antonio:

»¡Cuánto bien me hizo su carta! Y su generosidad mirando a lo que convenía a mi persona, y no a los intereses de su partido.

»Me puse en movimiento, siguiendo su consejo, pero no hizo falta que me moviera mucho pues otros lo hicieron por mí. Ha sido de las grandes satisfacciones que me ha dado mi pertenencia a la específica. Un grupo dentro de la FAI, denominado de Los Libertos, y constituido por militantes de relieve –Celedonio Pérez, Feliciano Benito, Avelino González, Benigno Mancebo, Falconi Maroto, entre otros– hicieron llegar al Comité Central mi reivindicación, y dejaron ver que si yo salía de la organización, ellos se saldrían conmigo, no digo que lo hicieran muy de frente, pero lo insinuaron y fue suficiente. Me han vuelto a admitir en la FAI, aunque para dar gusto a los que se me muestran contrarios, he sido cesado como Presidente de los Carroceros, lo cual se me da poco, pues no están los tiempos para cargos.

»O sea, don Antonio, que ni vuelvo a Sevilla, ni tampoco al mundo de los toros, sino que sigo en este Madrid de mis desamores a verlas venir. Tenemos prevista una huelga general que puede ser sonada, y que no sabemos cómo terminará.

»Usted esté muy atento a lo que pueda suceder y cuídese mucho y sobre todo, cuide a nuestra querida Mariana.

»Con todo mi cariño y agradecimiento, reciba un abrazo de su siempre discípulo, Melchor».

X. LA CHECA DEL PALACIO DE VIANA

El alzamiento militar del 18 de julio de 1936 no tomó por sorpresa a Melchor Rodríguez, ya que en los medios bien informados se venía comentando la posibilidad de una asonada militar, pero que se suponía que podía ser de las características de la intentona que hiciera el general Sanjurjo en agosto de 1932, y que apenas duró unas pocas horas.

Pronto se advirtió que en esta ocasión las cosas podían tomar otro cariz, ya que comenzaron a llegar noticias de plazas que habían caído en poder de los sublevados, entre otras Sevilla, y Melchor temió por la suerte que hubiera podido correr don Antonio, como significado militante del PSOE, pero a los pocos días recibió un telegrama expedido desde Portugal, en el que su maestro le comunicaba que se había refugiado en ese país en espera de los acontecimientos, en compañía de Mariana. Pero las más principales, Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao... seguían fieles al gobierno que, sin duda, disponía de medios suficientes para sofocar la sublevación.

Casares Quiroga, presidente del Gobierno, consintió en que se armase al pueblo y no parecía una medida disparatada, pues ya se hablaba de que los sublevados habían conseguido alzar

en armas al ejército de África, el más profesional de todos los de la nación, y a su frente se había puesto un general de gran prestigio llamado Francisco Franco Bahamonde.

En el reparto de armas a Melchor le tocó una pistola del nueve largo, que se resistió a recibirla ya que ni era partidario de las armas de fuego, ni sabía cómo usarla. Pero Cipriano Mera, en persona, se preocupó de colocársela en el cinto, con su cartuchera, y le dijo que de él dependía usarla, o no, pero que su obligación era dar ejemplo de militante aguerrido dispuesto a jugarse la vida, pistola en mano, por las libertades del pueblo en trance de ser más oprimido, todavía.

De primeras a Melchor no le disgustó la nueva situación puesto que veía al pueblo protagonizando su propio destino y, por muy pacifista que fuera, comprendía que no quedaba otro remedio que responder a la violencia con la violencia.

El primer disgusto se lo llevó con lo sucedido en el Cuartel de la Montaña en el que se había hecho fuerte el General Fanjul, al frente de un Regimiento, y contando con la colaboración de grupos de falangistas que se habían concertado en reunirse en ese cuartel para desde él, y con la ayuda de refuerzos que debían llegar de los cuarteles de Carabanchel, Getafe, y Cuatro Vientos, proyectaba iniciar la conquista de la ciudad. Pero los refuerzos no llegaron y el cuartel, que estaba en el centro de la ciudad, fue rodeado por las milicias populares que con la ayuda de la artillería en cuestión de horas les obligaron a rendirse. El general Fanjul salió con vida gracias a un teniente de Asalto que, con buen criterio, decidió mantenerlo con vida para que fuera juzgado. Pero el resto de los sublevados, o buena parte

de ellos, fueron ejecutados por los sitiadores, que así decidieron vengar las bajas que habían sufrido durante el asalto.

Melchor, con la idea de escribir un artículo sobre la hazaña del pueblo, asistió al asalto en sus momentos finales, y cuando entró en el cuartel se le quitaron las ganas de escribirlo, al ver el patio lleno de cadáveres de los sitiados, la mayoría de ellos rematados con tiros en la cabeza.

Alfonso, un fotógrafo de prensa, amigo de Melchor, se dedicaba a tirar placas del siniestro espectáculo, y al ver la cara de espanto de su amigo, le dijo:

–Melchor, esto es una guerra y las guerras son así.

Hablaba de esa manera porque había sido reportero gráfico, en Marruecos, y estaba acostumbrado a ver semejantes atrocidades.

Y Melchor le replicó dolorido:

–¿Así deben ser las guerras? ¿No se habían rendido los sitiados?

–Claro que se habían rendido. Un oficial salió con bandera blanca de rendición y fue al primero que mataron. Yo he sacado una foto.

–¿Y para que has sacado una foto de esa atrocidad?

–Es mi trabajo, reflejar con la cámara cuanto suceda.

Alfonso cobró fama como reportero gráfico de la guerra civil española y algunas de sus fotos las vendió a la prensa extranjera que, por regla general, publicaban las que mejor reflejaban los horrores de una contienda fraterna.

El triunfo del Gobierno en la capital de España se consideró un éxito frente a los militares sublevados, logrado gracias al pueblo armado que había conseguido abortar el alzamiento combatiendo en el Cuartel de la Montaña. Por eso las denuncias que hizo Melchor sobre lo que consideraba una atrocidad, la ejecución sin piedad de los que se habían rendido, no tuvo ningún eco en las altas esferas.

Y los meses que siguieron pusieron a prueba el talante humanista y liberal de Melchor Rodríguez.

El triunfo en la capital parecía haber sido efímero ya que el temible ejército de África había logrado atravesar el Estrecho de Gibraltar, y a marchas forzadas bajo el mando de los generales Yagüe y Varela lograron plantarse en la Ciudad Universitaria, a las puertas del mismo Madrid, que podía caer en sus manos en cuestión de días. Eran cuatro las columnas que se dirigían a la capital, y el general Queipo de Llano, desde un programa de radio que tenía en Sevilla, dijo que dentro de la capital disponían de una «Quinta Columna», compuesta por falangistas y otras gentes de orden, que en su momento darían el golpe definitivo a los defensores de la «nefasta República».

So pretexto de combatir esa quinta columna comenzaron a cometerse barbaridades y gentes inocentes, acusados de pertenecer a ella, eran fusilados en las tapias de los

cementerios, o en las afueras de la ciudad, en los que se conocieron con la expresión «de dar el paseo», ya que a los detenidos se les decía «Vamos a dar un paseo», que terminaba de la forma dicha. Se crearon unos centros de justicia, de raíz soviética, denominados checas, en los que no era fácil que los que entraran en ellas salieran con vida.

Las cárceles, tan bien conocidas por Melchor, abrieron sus puertas y salieron de ellas quienes no debían salir, de suerte que muchos que eran más bien delincuentes, se comenzaron a afiliar a los partidos políticos, entre otros a la FAI y cuando Melchor protestaba le decían que los precisaban a todos para combatir al verdadero enemigo, los militares sublevados, que se servían de moros salvajes que violaban a las mujeres, y cortaban los testículos a los hombres. El problema es que estos nuevos afiliados no se iban a combatir al frente, sino que se quedaban en la retaguardia depurando responsabilidades, y lucrándose con esas depuraciones.

Melchor era consciente de que lo que consideró, al principio, como una algarada militar se había convertido en una lucha a muerte sin cuartel, ya que bien claro había dejado sentado el principal promotor del alzamiento, el general Emilio Mola, que quien se opusiera a él, sería pasado por las armas, y cumplieron su palabra y en cada plaza conquistada se fusilaba masivamente a los opositores.

El caso más notable, y que tuvo gran repercusión en la prensa extranjera, fue el de la ciudad de Badajoz que opuso resistencia al avance de las tropas de África, y cuando por fin fue conquistada, el 14 de agosto de 1936, sufrió la más terrible

y sonada de las represiones. Encerrados los vencidos en la plaza de toros fueron ametrallados en una cifra indeterminada, pero no inferior a los dos mil, y como la masacre les llevó tiempo tuvieron que encender focos para poder continuar haciéndola de noche.

Cuidaron los mandos de la República de repartir fotos de la matanza –a saber si no las sacaría Alfonso que se movía con soltura entre un bando y otro– entre la población de Madrid, con una advertencia: mirad lo que nos espera, si nos dejamos vencer por los moros.

Melchor pasó los meses más complejos, al tiempo que amargos, de su vida. Comprendía que una derrota sería de consecuencias desastrosas y se imaginaba la población de Madrid masacrada como lo había sido la de Badajoz. Había que impedir esa derrota, pero también había que impedir que se siguieran cometiendo tropelías en la retaguardia.

Comenzó por preocuparse por sus amigos que podían ser considerados de derechas, y visitó a los Álvarez Quintero que vivían en Madrid, en una casa próxima al parque del Buen Retiro, y los encontró demudados: todavía no habían sido detenidos, pero se temían que pudieran serlo, ya que habían recibido visitas inquietantes de un supuesto comisario político, que les había acusado de ser autores de unas comedias burguesas contrarias al ideario marxista de igualdad de todos los seres humanos.

Además, tenían noticia de que el famoso autor Muñoz Seca, buen amigo suyo, había sido detenido y estaba encarcelado en

la Modelo, en espera de un juicio que le podía costar la vida, y ellos temían que les pudiera ocurrir otro tanto y estaban pensando pedir asilo en una embajada.

Procuró tranquilizar a sus amigos, y fue cuando se le ocurrió crear su propia checa, o algo muy parecido a una checa, en la que pudiera dar protección a quien lo precisara.

En aquellos meses existía un notable desorden jurídico en buena parte de España y señaladamente en Madrid, y las milicias populares ocupaban edificios abandonados por sus dueños, para cumplir sus patrióticos fines. Y a Melchor le hizo ilusión hacerse cargo del palacio del Marqués de Viana, bien conocido por él por una razón muy plausible: había pertenecido al Duque de Rivas, por quien sentía una gran admiración, y había tenido ocasión de visitarlo por amistad con uno de sus empleados e, incluso, de saludar a su actual propietario, el marqués de Viana. La visita la hizo años atrás, cuando todavía era torero y el marqués, como aficionado, le conocía y le trató con la deferencia que los aristócratas trataban a los toreros. No le hizo mala impresión el de Viana, pese a tener fama de mujeriego; sabía que con buen acuerdo, en previsión de lo que iba a suceder, como otros muchos nobles se había ido a veranear a Biarritz, en Francia.

Su admiración por el Duque de Rivas estaba justificada ya que además de ser un excelente dramaturgo y poeta, había sido un hombre de acción que pese a pertenecer a la aristocracia, había militado en un liberalismo extremo. Había desertado de la Guardia Real, de la que era oficial, para combatir a los franceses, y llegó a ser condenado a muerte por

participar en el golpe que diera el general republicano Rafael Riego, que fue ahorcado y después decapitado. El Duque no corrió igual suerte, logró salvar la vida, y tuvo una carrera muy brillante como dramaturgo. Por indicación de don Antonio, Melchor llegó a aprenderse de memoria partes de su famosa obra «Don Álvaro o la fuerza del sino».

Le pareció ese palacio un lugar adecuado para sus planes y, como le dijo a Francisquita: Voy a cuidar del palacio de alguien que podía haber sido mi amigo.

Procuró hacer las cosas dentro de la legalidad, y se informó de que había un administrador del marqués, el señor Luengo, al que localizó y le hizo ver las ventajas de que su grupo político se hiciera cargo del palacio. El administrador le confesó que se estaba temiendo la incautación del inmueble, en cualquier momento, sin contar para nada con su anuencia y que, por tanto, agradecía el detalle.

—Nosotros —lo advirtió Melchor— no nos vamos a incautar de nada, solo vamos hacer uso del palacio durante unos meses (es lo que soñaba Melchor que iba a durar el conflicto) con fines sociales y culturales y a su término lo devolveremos en las mismas condiciones que lo hemos recibido, y si tiene dudas podemos hacer un inventario detallado de todo lo que contiene.

El administrador a todo dijo que sí y le dispensó del trámite del inventario confiando en su palabra.

Este señor Luengo fue de los que depuso en la causa que se le siguió a Melchor Rodríguez, después de la guerra, y confesó

que para nada conocía a Melchor, ni había oído hablar de él, pero a cualquiera le hubiera dado su conformidad, pues oponerse en aquellos meses a un miembro de las milicias populares era jugarse la vida. Luego todo fueron satisfacciones por el buen uso que hizo el señor Rodríguez del palacio y cumplió como un caballero, pues lo devolvió íntegro, sin que faltara un cuadro y eso que los había muy valiosos y fáciles de vender.

Entró Melchor en posesión del palacio en el mes de agosto de 1936 en condiciones singulares ya que a su frente se encontraba un mayordomo y una servidumbre compuesta por un mozo de comedor y varias doncellas. Cuando Melchor le comunicó al mayordomo que el palacio pasaba a la disposición del grupo anarquista, «Los libertos», el hombre se apresuró a decir, sí señor, nosotros nos vamos.

—Aquí no se va nadie —le dijo Melchor— esta casa es muy grande y cabemos todos. Pero ustedes no se quedan como criados, sino como camaradas, y su ayuda nos vendrá muy bien para atender al uso que pensamos darle.

Aunque sea anticipar acontecimientos en el palacio de Viana llegó a haber cerca de cincuenta refugiados, de la más diversa condición, curas, falangistas, militares, en ocasiones repartidos en colchones por los suelos, todos atendidos por un servicio doméstico completo, ya que ninguno desertó pese a que Melchor les ofreció la posibilidad de irse a quien lo deseara. El único que se tuvo que marchar fue el mozo de comedor que fue llamado a filas.

Al tomar posesión del palacio Melchor le dijo a Francisquita:

–Ahora vamos a vivir como marqueses.

Y dejaron su casa de la calle del Amparo y se fueron a vivir al palacio, aunque eligieron para ellos una habitación de la servidumbre y a Amapola, que estaba para cumplir los dieciséis años, la colocaron en una pequeña alcoba de la buhardilla. Melchor consideró necesario estar presente día y noche en el palacio, para avalar con su presencia un lugar expuesto a la codicia de quienes con torpes intenciones discurrían por la noche madrileña.

Los primeros refugiados fueron los hermanos Álvarez Quintero que estuvieron seis meses, hasta que se serenaron las aguas y dejaron de producirse los siniestros «paseos», y pudieron volver a su piso del parque del Buen Retiro. Otro de los primeros en entrar fue el padre Gafo, dominico, revoltoso y liberal, que había coincidido con Melchor en el penal de Ocaña, por haber tomado parte en una huelga, y que decía que el anarquismo de Melchor era lo más parecido al cristianismo y estaba empeñado en convertirlo al catolicismo, pero Melchor se resistía y le decía que estaba bien como estaba, y no deseaba estar mejor. A este respecto se gastaban sus bromas, pero ambos se tenían gran aprecio, y fue Melchor quien le recomendó que se refugiase en el palacio, pues dados los tiempos que corrían de poco le hubiera podido servir su liberalismo frente a las masas descontroladas.

En el mes de agosto solicitó refugio Rafael Salazar Alonso, que había sido ministro de la Gobernación con el gobierno

radical de Alejandro Lerroux, y por quien Melchor no sentía ninguna simpatía, ya que siendo ministro había sucedido el infausto fusilamiento de Galán y García Hernández, sin que hiciera nada por evitarlo, y además se dudaba de que no hubiera estado implicado en un turbio asunto de corrupción, conocido como el del «estraperlo». Y para colmo, estando casado, pidió el asilo en compañía de una amante que tenía, llamada Irene.

Cuando se enteró Francisquita que pensaba dar cobijo a ese ex ministro puso el grito en el cielo. ¿Cómo pensaba amparar a ese impresentable? A lo que Melchor le respondió que no estaba dispuesto a ayudar solo a los que le caían bien, y tenía la seguridad de que Salazar Alonso para nada había tomado parte en el alzamiento militar del 18 de julio.

Para mantener a salvo su supuesta cheka, Melchor tomó medidas. Hizo colocar carteles de los que resultaba que el inmueble había sido incautado, como Museo del Pueblo, y Centro Cultural, y figuraba al frente otro refugiado, en este caso un Catedrático de Derecho, quien hacía las veces de director del Museo, o lo convertía en juez cuando convenía invocar la condición de cheka.

Las actividades de Melchor se conocían, en parte, en su organización de la FAI, y a veces sus compañeros le pedían cuenta de lo que venía haciendo, y Melchor les replicaba que lo único que pretendía era hacer justicia, y tener «detenidos» –así denominaba a sus refugiados– a los sospechosos para depurar

responsabilidades y, en su caso, entregarlos a una justicia recta, y no a la arbitraría que impartían otras chekas. Sus superiores acababan diciendo son «cosas de Melchor» y se lo consentían pues era mucho el prestigio que tenía en la organización.

En el mes de octubre de 1936 recibió una visita, que le puso en un aprieto. Se presentó en el palacio una joven, bien parecida, pero con todos los arreos propios de una miliciana: el fusil en bandolera, la cartuchera cruzada sobre el pecho, el gorro cuartelero, y el mono azul de trabajadora. Pero todo llevado con cierta gracia y con aspecto de ropa recién estrenada que, por supuesto, no había conocido los avatares del frente de combate. Se presentó a él sin rodeos:

—¿Camarada Melchor? Vengo en nombre de Dolores La Pasionaria.

La Pasionaria se había convertido en un mito durante la guerra civil. Militante del Partido Comunista, de cuya ejecutiva formaba parte, oradora apasionada, defensora a ultranza de los derechos de la mujer para hacer de todo, hasta matar o dejarse matar, había puesto de moda el eslogan de «NO PASARÁN», cuando Madrid estaba cercado por los rebeldes, y la ciudad aparecía llena con carteles con su efigie y debajo el «no pasarán». A la sazón había sido nombrada vicepresidenta de las Cortes Republicanas, y su nombre se decía con fervor por buena parte del pueblo, sobre todo por las mujeres que la tenía por una diosa, laica, pero diosa.

Pero otra parte del pueblo, entre los que se contaban los

anarquistas, no la tenían por tal ya que cada vez estaban más en desacuerdo con el modo de llevar la guerra que pretendían los comunistas, a los que consideraban corifeos del Soviet ruso.

Como primera medida Melchor no consintió que la joven miliciana pasara del vestíbulo, y la hizo entrar en un cuartucho que le servía de despacho.

–La camarada Dolores quiere verte– le espetó la joven con la autoridad que le daba venir en nombre de tan significado personaje.

La respuesta de Melchor fue rápida:

–Yo no puedo entrevistarme con un miembro calificado del Partido Comunista, sin permiso de mis camaradas superiores.

La joven venía preparada para esta objeción porque le replicó:

–La camarada Dolores me ha dicho que te advierta que no se trata de nada político, sino que quiere pedirte un favor personal. ¿Un favor personal la Pasionaria? Melchor se quedó desconcertado, y se limitó a balbucear:

–¿Y cuándo quiere verme?

–Ahora mismo, un coche nos espera fuera.

Y Melchor se fue con la joven que había adoptado el nombre ruso de Irina, y por el camino le preguntó:

–¿Y cómo debo llamarla, Dolores o Pasionaria'?

–Las personas de su confianza la decimos Dolores, pero es conocida como Pasionaria.

La oficina de Pasionaria estaba en un piso alto del edificio de Bellas Artes, en el centro de Madrid, en cuyos bajos funcionaba una cheka, con fama de ser de las peores, y que solo nombrarla ponía espanto en los que algo tenían que temer. Siempre pensó Melchor que, fuera quien fuera Pasionaria, no hablaba a su favor compartir edificio con tan siniestro organismo represor.

La mujer no le hizo esperar y le recibió en un despacho lleno de papeles y legajos, pero muy bien ordenados, y con varios teléfonos que sonaron varias veces durante la entrevista. Unas veces los cogía Irina –que ya se había despojado del fusil, de las cartucheras, y se había quitado el gorro cuartelero– y otros un secretario y según quien llamara se lo pasaban a Pasionaria, o evacuaban ellos la consulta.

–Melchor– fue lo primero que le dijo– he oído hablar mucho de ti, y bien –y añadió una broma–. Bueno, como torero no te he conocido porque soy contraria a esa fiesta que me parece un poco bárbara, y me vas a perdonar.

–Estás perdonada, compañera –le contestó Melchor–, yo también he oído hablar mucho de ti.

Pero no le dijo si bien o mal.

Melchor se quedó asombrado de lo informada que estaba

aquella mujer acerca de su persona, ya que le siguió ensalzando las veces que había estado en la cárcel por defender las libertades obreras, y hasta le mencionó el papel que le había correspondido jugar en la sublevación de Jaca y después de estas loas, pidió a Irina y al otro secretario que les dejaran solos.

–El favor que te quiero pedir, Melchor, es un poco singular. ¿Tú tienes algo contra las monjas?

–Yo nada, apenas he tenido trato con ellas– fue su sorprendida respuesta.

–Yo sí, en Bilbao, estudié en un colegio de monjas, y había de todo, pero en general eran aceptables. Sobre todo las monjas de la caridad, a su modo procuran ayudar a los pobres.

Se hizo un silencio. Melchor apreció que la que tenía enfrente no era la Pasionaria de los carteles, gritando el ¡No pasarán! sino una sencilla mujer vestida no con un mono azul, sino con un discreto vestido negro, más o menos de su edad, cuarenta y tantos años, más bien guapa, aunque no le favorecía el peinado, con el cabello muy recogido, pegado a las sienes. Y haciéndose la simpática porque le iba a pedir un favor: ¿podría dar refugio en su cheka –lo de cheka lo dijo con retintín– del palacio de Viana a seis monjas amigas suyas?

–¿Cómo dices compañera? –se hizo repetir Melchor.

–Son buena gente, algunas son de Bilbao –y volvió a bromear– ya sabes que los de Bilbao somos buena gente, aunque un poco fanfarrones, y me están complicando la vida,

las tengo en un piso del barrio de Usera, pero todo es muy complicado.

–¿Pero no puedes meterlas en una embajada? –le brindó Melchor.

–En mi posición es muy delicado negociar con embajadas extranjeras, prefiero negociar contigo.

–¡Ah! ¿Pero estamos negociando? –fingió admirarse Melchor.

–Sí, una negociación que nos conviene a los dos. Si tú cuidas de mis amigas, yo cuidaré de ti. En lo que de mí dependa cuidaré de que respeten tu cheka, y te facilitaré alimentos para que no sean una carga para ti. ¿Qué es lo que exiges de comida a tus «detenidos»?

–Nada –fue su respuesta– el que puede aportar algo, en dinero o en especie, bien, y los que no pueden nada me las arreglo yo. Pero en tu caso me parece bien que ayudes a tus amigas, con la mantención, y si puedes algo más mejor.

Concertaron un suministro abundante de legumbres, harina, patatas y aceite, que se lo llevaban cada dos o tres días, en un coche que tenía pintada en una de sus puertas la estrella del Soviet ruso. Las monjas solo estuvieron cuatro meses en el palacio de Viana, ya que por razones de espacio Melchor acabó colocándolas en la legación de Honduras, y sin embargo el suministro siguió llegando durante casi un año. Cuando se marcharon las monjas Melchor se lo advirtió al chófer del coche, para que se lo hiciera saber a Pasionaria, y la respuesta

de éste fue lacónica: «A mí me han dicho que lo siga trayendo». Por eso Melchor, a pesar de las desavenencias que se sucedieron entre anarquistas y comunistas a lo largo de toda la guerra, siempre sintió simpatía por Pasionaria, y cuando en su presencia hablaban mal de ella, solía decir: «Pues conmigo se portó bien».

Las monjas crearon un elemento de perturbación en el palacio. Llegaron las seis vestidas con poca gracia, con el pelo cortado torpemente, lo que procuraban disimular tapándose la cabeza con un pañuelo, y Francisquita, que sabía quiénes eran, se preocupó de ellas, mejorando su vestimenta, arreglándoles el pelo, que se lo cortó a lo garçon que seguía estando de moda. Por lo demás eran de trato desenvuelto, simpáticas, y fueron bien recibidas por los otros refugiados, singularmente por el padre Gafo, que les invitó a participar en la misa que venía celebrando secretamente. Esa fue la perturbación que le creó a Melchor, ya que lo que hacía el sacerdote disimuladamente en un rincón del sótano, pretendió otorgarle mayor dignidad celebrándola en una habitación espaciosa de la primera planta.

–¡Hasta ahí podíamos llegar! –clamó Melchor– ¡Lo único que faltaba es que se celebrara una misa en esta cheka!

–Tú no tienes por qué enterarte –le razonaba el padre Gafo.

–¡Pero cómo quieres que no me entere!

–Pues mirando para otro lado.

Por fin llegaron a un acuerdo. Melchor consintió que el padre

Gafo siguiera con sus singulares ritos, pero volviendo al sótano a cuyo fin dispuso que se habilitase un espacio amplio y suficiente a tal efecto. La misa la celebraba todos los días a la misma hora, las diez de la mañana, y al principio asistían solo las monjas, pero acabaron incorporándose otros refugiados, que eran católicos, sobre todo los domingos y fiestas de guardar.

A esa hora Melchor procuraba no estar en el palacio de acuerdo con el consejo del sacerdote de mirar para otro lado. Y para colmo, por indicación de Francisquita, el padre Gafo acabó celebrando una boda ya que dos de los refugiados eran novios y ambos pertenecían a Falange Española de las JONS, él con el cargo de Jefe de Escuadra y ella a la denominada Sección Femenina del partido. El chico se llamaba Enrique Ponzano y antes de la guerra había tenido tratos con Melchor ya que desde las JONS habían pretendido captarlo por considerarlo interesante para la causa laboral de la Falange. Por supuesto no lo consiguieron, pero se trataron con educación y a Melchor no le parecía disparatado el ideario falangista, aunque lo consideraba más propio de señoritos. Y, efectivamente, Enrique Ponzano era un señorito que, para colmo, había estado en el Cuartel de la Montaña y fue de los que logró salir con vida, y acabó viniendo a dar en el palacio de Viana donde Melchor lo recibió con estas palabras:

—¡Tú sí que merecías que te juzgaran por rebelde pues has participado con pleno conocimiento en la sublevación militar!

—Si me juzgan ya sabes lo que me espera: el paredón de fusilamiento.

–¿Cuántos años tienes?

–Veintitrés.

–Un poco joven me pareces para morir –fue el único comentario que se le ocurrió a Melchor.

Pero lo singular es que a las pocas semanas apareció su novia, que se llamaba Lourdes, que decía que corría peligro en la calle dada su condición de falangista, de los más perseguidos por las milicias populares, por una razón muy plausible: llegaban noticias de que en la denominada «zona nacional» eran los falangistas los que cometían más atropellos con la pobre gente.

Llevaban de novios desde que eran estudiantes y estaban para casarse cuando estalló la guerra.

Francisquita que, con la ayuda de Amapola, era la que se ocupaba de distribuir los espacios para dormir, procuraba mantenerlos distanciados, pero resultaba difícil conseguirlo, todos los días encerrados en el mismo edificio.

Francisquita participaba de los ideales de su marido, pero no estaba muy de acuerdo con lo del amor libre, y le pareció que podían acabar haciendo lo que en aquellos tiempos se consideraba un disparate. Fue la que tuvo la idea de que se casaran y al padre Gafo le pareció muy bien, y a los interesados más todavía.

La boda fue un acontecimiento en el reducido ambiente del palacio, del que Melchor no quiso ni enterarse, pese a que el

padre Gafo le decía: ¿pero qué tiene de malo celebrar una boda? ¿Es que los anarquistas no os casáis?

A lo que Melchor le replicaba que había bodas y bodas y aquella era de las que podía comprometerle y mucho: celebrar un matrimonio de dos falangistas, oficiado por un sacerdote.

La boda fue seguida de un ágape, gracias a los suministros de Pasionaria, y Francisquita les organizó la luna de miel, sin salir del palacio, reservándoles una de las mejores piezas durante unos días.

XI. PARACUELLOS DEL JARAMA

Se sucedieron meses de imparable actividad de Melchor Rodríguez que días había que apenas conseguía dormir unas pocas horas. En su organización le habían encargado un trabajo muy de su agrado, controlar el ingreso de quienes pretendían militar en el anarquismo, y depurar a los que lo habían conseguido y, en realidad, eran delincuentes encubiertos. En los primeros días de la guerra habían circulado por Madrid coches con la bandera roja y negra de la FAI, que sembraban el terror allá por donde fueran, que generalmente era por las noches, y no era raro que Melchor al frente de una importante dotación tuviera que salir a controlar semejantes desmanes.

Pero no podía descuidar la misión que se había asignado en el palacio de Viana que según se corría la voz de ser refugio de perseguidos, aumentaba el número de los que pretendían entrar en él, y la solución que se le ocurrió fue que el palacio sirviera de paso, y colocar a aquellos que disponían de dinero, en embajadas y legaciones protegidas por pabellones internacionales. Algunas de estas embajadas acogían generosamente a los refugiados, aunque siempre había algún empleado que exigía dinero; o las más pedían cantidades para comprar comida que pronto comenzó a escasear en la ciudad sitiada, y los precios subieron mucho.

Para este quehacer contó con la ayuda de un sargento de la Guardia Civil –que se había convertido en Guardia Nacional– llamado Figueras, que era quien negociaba con las embajadas los ingresos, pues a Melchor no le parecía oportuno figurar en esos tratos. Este Fresneda estuvo convencido desde el principio del conflicto de que los sublevados acabarían ganando la guerra, y cumplía esa misión pensando hacer méritos ante los vencedores. Y de vez en cuando le preguntaba a Melchor si lo que estaban haciendo serviría de algo si ganaban la guerra «los otros», y Melchor se enfadaba y le decía que la guerra no la iban a ganar «los otros», pues estuvo convencido de ello hasta poco antes del final.

Los Álvarez Quintero no precisaron pasar por una embajada, o legación, pues Melchor consideraba un honor darles asilo, y cuando se marcharon porque, como queda dicho se sosegaron las aguas y pudieron volver a su domicilio, Melchor los echó de menos.

Ambos hermanos se encontraban a gusto en el ambiente del palacio y cuando tuvo lugar la boda entre Enrique Ponzano y Lourdes, dijeron que todo ello daba para escribir uno de sus más divertidos sainetes. Aunque añadían: «Eso si salimos de ésta con vida». Sentían una gran admiración por lo que hacía Melchor y le decían que era un nuevo Pimpinela Escarlata, personaje famoso creado por la baronesa de Orczy, que se dedicaba a salvar a gente de la guillotina durante la revolución francesa, y Melchor, que había leído la novela, les replicaba que ese protagonista Sir Percy Blakeney, llevaba una doble vida, haciéndose pasar por petimetre en Londres y por héroe en París, y él no era ni lo uno ni lo otro: era simplemente un

anarquista que procuraba cumplir el ideario humanista que inspiraba su movimiento.

En el mes de septiembre de 1936 Melchor se tuvo que lamentar por lo que consideró una torpeza suya.

Salazar Alonso llevaba quince días refugiado en el palacio cuando él mismo se planteó la posibilidad de poner fin a esa situación que consideraba del todo injusta puesto que podía demostrar que era un republicano liberal demócrata, y que para nada había tomado parte en el alzamiento militar del 18 de julio sino que se había mostrado contrario a él. Y le pidió un favor a Melchor: que fuera a ver al ministro de Justicia que a la sazón lo era Blasco Garzón al que Melchor conocía ya que había sido presidente del Sevilla Fútbol Club, y de sevillano a sevillano habían tenido algún trato, y le dijera que estaba dispuesto a entregarse para someterse a un juicio justo.

Francisquita le animó a hacerlo: cuando antes se desprendieran de ese sujeto que tenía la poca vergüenza de vivir con su querida en una casa decente, mejor.

Y Melchor fue a visitar al ministro a quien advirtió que se lo entregaba con la condición de que respondiera personalmente de su seguridad, hasta que fuera juzgado por un tribunal competente. Melchor temía a los arbitrarios juicios de las chekas, pero seguía confiando en los tribunales establecidos.

Aceptó el ministro el compromiso y Melchor se encargó de llevar en su propio coche a Salazar Alonso a la cárcel Modelo, y Blasco Garzón cumplió con su palabra y el que fuera ministro de la Gobernación fue tratado con gran consideración, y veló

por su seguridad, hasta que fue juzgado el 19 de septiembre por la Sección de Derecho del Tribunal Supremo que, de manera impensada, lo condenó a muerte acusado de haber tenido parte en el alzamiento y el siguiente día 22 de septiembre fue fusilado en los lavaderos de la misma cárcel Modelo.

Melchor intentó evitar su fusilamiento y fue a visitar a su conocido, el ministro de Justicia, quien le dijo que él había cumplido mientras estuvo en su jurisdicción, pero que nada podía hacer frente a la actuación del Tribunal Supremo. A las protestas de Melchor se unieron las de un famoso socialista, Indalecio Prieto, que tampoco sirvieron de nada.

Siempre consideró Melchor que había sido torpeza suya entregarlo a la Justicia y desde ese momento tomó la determinación que del palacio de Viana, no saldría ningún acogido sino era para ir a un refugio más seguro, o en busca de la libertad a través de los Pirineos, en Cataluña, operaciones que también propició con la colaboración del sargento Fresneda.

En los primeros días de noviembre de 1936, Madrid se convirtió en una ciudad caótica. Ante el incontenible avance de las tropas sublevadas el gobierno legalmente constituido adoptó la decisión de trasladar su sede a la ciudad de Valencia,

y en Madrid se constituyó una denominada Junta de Defensa, con el mando militar atribuido al general Miaja.

La entrada de las tropas sublevadas al mando del general Mola se esperaba que podía ocurrir de un momento a otro y alguien comentó que solo un milagro podía salvar a la ciudad. A lo que Melchor replicó: pues como yo no creo en los milagros, podemos darnos por perdidos.

La batalla más terrible tuvo lugar el 10 de noviembre, en la que una avanzadilla de marroquíes logró alcanzar la plaza de España, y se corrió por Madrid la voz de que los moros ya estaban dentro, pero se consiguió neutralizarla y no quedó con vida ninguno de sus componentes.

El modesto río Manzanares, tachado de «aprendiz de río» se constituyó en un obstáculo difícil de salvar, con sus taludes y desmontes, que impidió que los sublevados pudieran entrar en la capital, bien por la Casa de Campo, bien por la parte de Carabanchel.

Los rebeldes, para conseguir sus objetivos, comenzaron a bombardear la ciudad indiscriminadamente para sembrar el pánico, y a tal fin se sirvieron de bombas incendiarias, pero el efecto que consiguieron fue encrespar el ánimo de los defensores que se aferraron a sus posiciones con gran determinación.

Aunque no todos, ya que hubo desbandadas y el general Miaja en persona tuvo que presentarse en las trincheras de la Casa de Campo, animándoles a morir si preciso fuera, como pensaba hacer él. En esos días murió en el frente el famoso

anarquista Durruti por quien Melchor no sentía ninguna simpatía ya que había sido de los más exaltados en el turbio asunto de los atracos a mano armada, pero se sumó a las loas que se alzaron sobre su heroica muerte, porque por encima de todo estaba la victoria sobre el verdadero enemigo, los militares sublevados. Y por el mismo motivo recibió con plácemes a las denominadas Brigadas Internacionales, compuesta por demócratas del mundo entero, que venían a España para ayudar a defender la República legítimamente constituida. Con plácemes, pero con algún recelo, ya que se consideraba que estas Brigadas habían sido promovidas desde Moscú, y todo lo que provenía de allí era mirado con reservas por los anarquistas. Pero lo cierto es que las Brigadas Internacionales fueron decisivas en la defensa de Madrid ya que en los combates cuerpo a cuerpo, con la bayoneta calada de los días 10 de noviembre y siguientes tuvieron un tercio de bajas.

Entre esta ayuda y la Pasionaria clamando el «¡No pasarán!» Melchor concibió esperanzas de que si los sublevados perdían la batalla de Madrid, lo mismo podía suceder en otras plazas de España. Esta esperanza tuvo su fundamento ya que las fuerzas leales consiguieron que los sublevados no entraran en la capital durante los tres años que duró la guerra.

En ese mes de noviembre se planteó un problema que requería medidas urgentes. La cárcel Modelo, la más importante de la ciudad, en la que estaban encerrados la mayoría de los militares que no se habían adherido al alzamiento del 18 de julio, amén de falangistas y otros presos políticos contrarios a la República estaba situada en lo que

entonces se consideraban las afueras y, por tanto, a unos cientos de metros de donde habían establecido su frente los facciosos. Se planteó la posibilidad de que si esos facciosos, en un golpe de mano, se hacían con la cárcel, conseguirían engrosar los cuadros de mando de los sublevados, algo que había que procurar evitar. La Junta de Defensa, con anuencia del propio general Miaja, acordó trasladar a los presos más peligrosos a cárceles de Valencia y otras plazas del Levante, lejos del alcance de los rebeldes.

Por aquellos días Melchor Rodríguez tuvo un encuentro inesperado con el encargado de negocios de la legación de Noruega, Félix Sclanyer.

El encuentro lo propició el sargento Figueras, que acababa de conseguir refugio en esa legación para uno de sus asilados, y que había sido atendido por Sclanyer, diplomático que dominaba varios idiomas, entre ellos el español, y que tenía muy mal concepto de las actuaciones del gobierno republicano, que había consentido en aquellos primeros meses de la guerra matanzas indiscriminadas de inocentes en los tristemente célebres paseos.

Era un humanista, cristiano luterano, que se dedicaba a visitar las cárceles madrileñas para conseguir que se respetara la vida de los presos políticos, no siempre con éxito, y cuando se enteró que quien solicitaba refugio procedía del palacio de Viana, le dijo a Figueras que deseaba hablar con su jefe.

Melchor, que no deseaba figurar en el tráfico de personas con las embajadas, se resistía a recibirle, pero Figueras le

insistió que no tenía otro remedio, ya que si no se les cerrarían las puertas de esa legación, y Melchor lo recibió, pero no en Viana, sino en el despacho que tenía en la sede de u organización.

Sclanyer era un hombre de una educación exquisita, muy bien informado, que le hizo a Melchor un elogio de toda su vida, incluso de la parte en la que había sido torero, que él no la conocía por no vivir todavía en España, pero le dijo que no tenía nada en contra de la fiesta de toros que la consideraba muy racial y viril. Pero sí estaba en contra de lo que estaba sucediendo en España, país muy querido por él, en aquellos días.

–¿Está usted enterado, señor Rodríguez, que se piensa trasladar a los militares y presos políticos de la cárcel Modelo a Valencia?

Tenía noticias de ello y le parecía lógica la medida para evitar que los militares presos pasaran a engrosar las filas de los rebeldes.

–Yo me dirijo a usted, señor Rodríguez, porque en Madrid es conocida su manera de pensar, y cómo se ha opuesto, en la medida de sus posibilidades a los paseos y otras arbitrariedades. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido en la cárcel de Porlier?

Confesó, con un poco de vergüenza, que no lo sabía y se quedó alarmado cuando el diplomático noruego le contó que en ella estaban encerrados ¿cien? ¿doscientos? militares jóvenes, a los que se ofreció la posibilidad de rehabilitarse

luchando por la República, y cuarenta de ellos que se negaron fueron juzgados por un tribunal popular y fusilados en el cementerio de Rivas–Vaciamadrid.

–Estos juicios populares, en un país civilizado como es España no se pueden consentir –comentó Sclanyer.

–Es que estamos en guerra –fue lo único que se le ocurrió decir a Melchor.

–¡Ah! ¿Pero es que en la guerra vale todo?

–No –terminó por confesarle Melchor– procuraré enterarme de lo que ha pasado en la cárcel de Porlier.

–Lo que pasó ha pasado ya, señor Rodríguez, lo que debemos hacer es procurar que no vuelva a pasar.

Y le contó que estaba muy preocupado por lo que pudiera ocurrir en el traslado de militares de la cárcel Modelo, ya que andaba por medio un sujeto que no le gustaba nada, Mijail Koltsof, que se hacía pasar por corresponsal del diario ruso *Pradva*, pero que se temía que fuera un jerarca soviético a las órdenes de Stalin y se rumoreaba que se atrevía a dar órdenes a Serrano Poncela, delegado de Orden Público, y a Santiago Carrillo y que éstos le obedecían. A veces Koltsof se servía del nombre español Miguel Martínez.

–De acuerdo –le dijo Melchor– Procuraré enterarme.

Ese mismo día se fue a visitar al director de la cárcel Modelo, al que conocía de cuando, meses antes, él estaba preso en sus

calabozos, pero siempre le había tratado con respeto y consideración, y Melchor no tuvo nada que oponer a que siguiera al frente del presidio pues lo consideraba un funcionario honrado. Honrado, pero aquel día un poco asustado, aunque procuraba disimularlo.

A Melchor no le hizo buena impresión que la cárcel estuviera rodeada por la denominada MIVR, compuesta por milicianos de retaguardia, y que estuvieran aparcados autobuses de dos pisos, como de los que se servían en Londres para el transporte urbano y que con la misma finalidad habían sido adquiridos por el Ayuntamiento de Madrid.

Fue lo primero que le preguntó al director de la prisión:

–¿Qué hacen esos milicianos ahí fuera? ¿Qué pintan en todo esto?

–Bueno –le contestó el director–, en la cárcel no van a entrar. Nos los han puesto para protegernos de las turbas. Cuando se han producido bombardeos de los rebeldes con víctimas civiles, ha habido amagos de asaltar la cárcel para vengarse sobre los presos militares.

–¿Y van a tener algo que ver con los traslados de militares a Valencia?

–Alguien los tiene que trasladar –fue su ambigua respuesta, y añadió–: Yo en eso ni entro ni salgo; me limitó a cumplir órdenes de la Dirección General de Seguridad, de la que en estos momentos dependemos todas las cárceles.

–¿Y se fía usted de esa gente? –le dijo Melchor que desconfiaba de una Dirección General a cuyo mando se encontraban comunistas.

El hombre se encogió de hombros y le dijo que de alguien se tenía que fiar.

–¿Nos avisará usted si observa alguna anomalía especial?

El hombre no dijo ni que sí, ni que no, y Melchor se marchó mal a gusto, pensando intentar gestiones a otros niveles, que no tuvo tiempo de llegar a hacerlas.

A la salida de la cárcel fue interpelado por un joven miliciano de su sindicato, que se presentó con un «¡A tus órdenes, compañero Melchor!».

Melchor le conocía hasta por su nombre, Emeterio González, y le extrañó verle formando parte de las MIVR.

–¿Pero qué haces tú aquí, Emeterio?

Pues estaba allí para no tener que ir al frente fue la respuesta que le extrañó:

–¿Cómo para no ir al frente?

Le aclaró que eran tres hermanos, naturales de Cuenca, dos chicos y una chica, y su madre viuda. El tenía diecinueve años, y su hermano mayor de veintiuno, había muerto en el frente de Somosierra, en el que él también había combatido. Los mandos habían dispuesto que cuidara de su madre viuda, y para poder

quedarse en la capital se había enrolado en las MIVR, pero en cuanto viniera su hermana mayor, de Cuenca, para hacerse cargo de su madre, él volvería a marchar al frente.

Melchor se conmovió por sus buenas disposiciones y le dijo que su primera obligación, ahora, era cuidar de una madre que acababa de perder a un hijo.

–Sí, compañero, pero en cuanto llegue mi hermana me incorporo al frente. Todas las armas son pocas frente a los facciosos.

–De acuerdo, Emeterio. ¿Pero qué misión tienes ahora? –le preguntó Melchor que recelaba de casi todas las milicias de retaguardia.

–No lo sé muy bien; de momento guardar la cárcel y esperar instrucciones.

–¿Instrucciones para trasladar los presos a las cárceles de Valencia?

–Eso se rumorea.

–¿Y los vais a trasladar en esos autobuses de dos pisos?

–Supongo.

–No me parecen apropiados para hacer largos recorridos por carretera.

A eso no supo que contestarle el joven, y Melchor se

despidió de él deseándole suerte, y pidiéndole un favor:

–Tenme informado de los movimientos que hacéis, te lo agradeceré.

–Por supuesto, compañero, a tus órdenes.

Y Emeterio González cumplió con lo prometido y gracias a él Melchor vino en conocimiento de lo que sucedió en Paracuellos del Jarama.

El día ocho de noviembre, que amaneció frío y desapacible, el director de la cárcel Modelo recibió un oficio firmado por Serrano Poncela, Delegado del Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid, que decía textualmente: «Sírvasse poner en libertad a los presos que se mencionan en la hoja adjunta», y la hoja adjunta eran varias en las que figuraban nombres de militares, pero también de falangistas, curas y hombres de empresa con significación política.

El director telefoneó a la Dirección General Seguridad para preguntar cómo debía dar cumplimiento a tan extraña orden; ni tan siquiera tenía suficientes funcionarios para evacuar a tan elevado número de presos. Si iban a ser puestos en libertad ¿no era mejor dejarlos salir por su propio pie de la cárcel? La respuesta fue que se atuviera a las siguientes instrucciones: una milicia de seguridad entraría en la cárcel y se haría cargo de los presos para su traslado a Valencia. Hasta ahora, objetó el director, las milicias no habían entrado en la cárcel, a lo que le replicaron que a situaciones extraordinarias, medidas extraordinarias.

Y el director de la cárcel se encerró en su despacho y no quiso saber lo que sucedió a continuación.

Hizo cabeza del desalojo Agapito García Atadell, que había comandado una denominada Brigada del Amanecer que, so pretexto de desafección a la República, había cometido numerosas tropelías en los primeros días de la guerra. Gozaba de bastante prestigio entre los revolucionarios porque en los años veinte colaboró en la formación de las juventudes comunistas y había quien consideraba que había comenzado matando de buena fe, y luego ya no pudo parar.

La Dirección General de Seguridad le había hecho ese encargo porque con los rebeldes encima, no había tiempo que perder y Agapito García Atadell había dado muestras de eficacia en estas situaciones extremas. Y una vez más dio pruebas de ella, pues consiguió en unas pocas horas tener reunidos a todos los presos de las listas despojados de cuanto de valor tenían, que lo iban amontonando en un rincón del patio, para luego sacarlo fuera y montarlo en camiones, y a continuación dispuso que les ataran las manos a la espalda, con alambres.

El día nueve de noviembre Emeterio González fue a contar a Melchor lo que había visto y padecido el día anterior. A él le correspondió entrar en la cárcel para hacerse cargo de los

presos, cuando ya estaban despojados de parte de sus ropas y enseres, y con las manos atadas a la espalda. Los había medrosos y desconcertados que preguntaban: ¿pero a dónde nos llevan? ¿Por qué nos quitan casi todas las ropas? Pero otros, sobre todo los militares, se mostraban erguidos y como no dudaran de la suerte que les esperaba, lanzaban gritos de «¡Viva España!».

Le correspondió montar en un autobús de dos pisos, conduciendo una fila de presos de la que formaban parte militares, falangistas y frailes agustinos de un colegio de El Escorial. Los falangistas iban musitando a media voz versos de su himno, que era el «Cara al Sol», sobre todo la parte que decía si te dicen que caí me fui al puesto que tengo allí, y los frailes rezaban y procuraban dar ánimos a los otros prisioneros diciéndoles que confiaran en Dios.

Lo único bueno que pudo hacer Emeterio fue ayudar a uno de los frailes, muy mayor, con barba blanca, que le rogó que le quitara los alambres que le sujetaban las manos, ya que tenía un problema de circulación de la sangre, y le prometió que no se escaparía, y Emeterio atendió su petición.

El autobús discurría por las calles desiertas de la ciudad, camino de la carretera de Zaragoza, y llegó un momento en que Emeterio se dio cuenta que aquel camino no conducía a Valencia.

El autobús, sobrecargado de gente, circulaba con precaución y tardaron más de una hora en llegar a lo que sería su fin de trayecto: un llano perdido en medio de la noche al pie de un

altozano en el que se asentaba un pueblo cuyo nombre se haría famoso con el tiempo: Paracuellos del Jarama.

El lugar tenía un aspecto fantasmagórico, solo iluminado por los faros de otros vehículos que les habían precedido, pero en el que ya se oía ruido de disparos...

—Y, entonces, Melchor, pocas dudas me quedaron de lo que estaba sucediendo, aunque no me lo podía creer ¿es que los estábamos matando a mansalva? Pero los que llevábamos en nuestro autobús sabían lo que les esperaba y la prueba es que el sacerdote mayor, al que quité los alambres de las manos, les advirtió a los otros presos que como sus vidas corrían grave peligro, les iba a dar la absolución general de sus pecados, y a todos les pareció bien.

Al llegar a este punto del relato a Emeterio se le escapó un sollozo.

—Yo —le explicó a Melchor— desde que estoy en la FAI no soy creyente, pero mi madre sí, y mucho, y pienso que le hubiera parecido bien aquello... y a mí también, compañero. Descendimos del autobús con cierto orden cuando todavía era noche cerrada, y el lugar estaba iluminado por los faros de las camionetas de los guardias de asalto. También había hogueras en las que hervían pucheros de café de las que se servían con cacillos los que llevaban tiempo matando, porque se apreciaba que había ya montones de cadáveres, algunos semienterrados, y otros no... —amagó otro sollozo, y dijo—: ¡Eso no se puede consentir, Melchor!

Melchor, con el rostro nublado, se limitó a decirle:

–¡Sigue!

Y Emeterio obedeció.

–Eso se veía que no era improvisado, alguien llevaba días organizando esa matanza porque nos dieron instrucciones muy precisas. Que no habláramos con los que íbamos a ejecutar, ni tampoco insultarlos, sino hacer el trabajo, así lo decían ¡trabajo!, lo más rápido posible pues quedaba mucho todavía, y que nos pusiéramos de acuerdo sobre quién debíamos disparar, cada uno sobre el que tuviera enfrente, no fuera a ser que todos los del pelotón dispararan sobre el mismo. Policías de la Dirección General de Seguridad eran los encargados de formar los grupos para conducirnos a los diversos lugares de ejecución que estaban repartidos por el llano.

Esta conversación la mantenían en la sede de la FAI, en el despacho de Melchor a puerta cerrada, y Emeterio ofrecía muy mal aspecto, pálido, demacrado, y se expresaba, a veces con dificultad:

–Yo, Melchor, nunca he matado así. Cuando estás en el frente y disparas al enemigo, nunca está seguro de si le has acertado, o no, pero allí no había duda puesto que tenías enfrente a un hombre y cuando disparabas le veías con tus propios ojos caer muerto, o medio muerto, porque esa es otra, no todos morían a la primera y había que rematarlos. Para mí que a más de uno lo enterraron medio vivo. Yo solo disparé en la primera tanda que me tocó, y lo hice con los ojos cerrados y no sé si le acerté a alguno. Luego pretexté que me había quedado sin balas, me aparté del grupo y me fui a esconder a

un bosquecillo que hay a la izquierda según se mira. Éramos tantos los que disparábamos que, por fortuna, nadie me echó en falta.

–¿Y qué más viste desde el bosquecillo? –le requirió Melchor.

–Yo no quería mirar...

–¿Pero miraste?

–No podía dejar de mirar, sobre todo cuando comenzó a amanecer, y veía los montones de cadáveres, cientos o miles, no lo sé, a mí me parecían miles. Y cuando amaneció comenzaron a asomar los vecinos del pueblo y los policías de la Dirección General de Seguridad, que eran los que mandaban, les dijeron que tenían que ayudar a cavar las zanjas, y los hombres se negaban, pero les obligaban a culatazos, y algunos se dieron a la fuga y un par de ellos vinieron a dar al bosquecillo en el que me escondía yo, y cuando me vieron se fueron para otro lado. No te puedo contar más.

Melchor tuvo una curiosidad:

–¿Pero se dejaban matar sin protestar?

Emeterio se lo pensó antes de contestar:

–No se oían muchos lamentos, algunas veces gritos de viva España y también de viva Cristo Rey. Fue horrible. Mañana me vuelvo al frente aunque tenga que dejar a mi madre sola. No soporto la idea de volver a las MIVR.

–Es lo mejor que puedes hacer. Nosotros nos ocuparemos de tu madre. Dame tu dirección.

XII. MELCHOR RODRÍGUEZ, INSPECTOR GENERAL DE PRISIONES

Melchor comprobó sobre el terreno lo que le contara Emeterio González. Se desplazó a Paracuellos del Jarama en su coche, escoltado por compañeros armados y se encontró con la desolación oliendo a muerte putrefacta, porque la primera matanza había tenido lugar el 8 de noviembre y él visitó el lugar el siguiente día 10 a sugerencia de Mariano Gómez, magistrado del Tribunal Supremo, con el que tenía una buena amistad, y que le había indicado: «Estos asuntos tan graves hay que comprobarlos».

–Menos mal –le comentó Melchor– que consideras el asunto grave, ya que hay compañeros que consideran inevitable que en una guerra se produzcan estos sucesos.

–Si según tu información han matado a cerca de mil personas en una noche, sin juicio de ninguna clase, eso no es un suceso que se considere inevitable en una guerra. Eso es una carnicería.

Visitó el lugar y se quedó horrorizado. Porque después de la matanza del día 8 se habían sucedido otras y no había forma de que desapareciesen tantos cadáveres en unas horas. Los había desparramados y medio enterrados.

Como la intención de Melchor era obtener información se presentó ante el cabecilla miliciano encargado «de aquel asunto», como un compañero anarquista que venía a ofrecer ayuda. Y el cabecilla habló y, efectivamente, se quejó de la poca ayuda que recibían para dar por zanjado el asunto. Los vecinos del pueblo se resistían a ayudarles en los enterramientos, aunque últimamente algo habían conseguido ofreciéndoles dinero. Llegó a decir una frase que a Melchor le sonó horrible: «Matar es muy fácil... ¿pero luego qué haces con los cadáveres? ¿Te los comes?».

Melchor le escuchaba y hacía movimientos afirmativos con la cabeza, como dándole la razón, para que siguiera hablando, y consiguió que le diera números aproximados de los ejecutados las noches de los días 9 y 10, que se elevaba a unos cientos, en total calculó que más de dos mil. Pero el hombre volvía a insistir en su obsesión: el error había sido elegir aquel descampado, con la tierra dura como una piedra en la que costaba hincar el pico; estas cosas había que hacerlas en un arenal, o cerca del mar, donde era más fácil deshacerse de los cadáveres.

Melchor le preguntaba: ¿pero los que fusilaban eran todos militares? No, le contestaba el miliciano, había de todo, hasta curas y también señores mayores que debían de ser capitalistas.

Y con el amargor de estas declaraciones Melchor se despidió de aquel lugar de muerte, al que semanas más tarde volvió con una comisión investigadora.

Redactó un informe muy duro, dando cuenta de lo sucedido en el que explicaba cómo, al socaire de preservarse de militares desafectos al gobierno, se había asesinado a multitud de inocentes. Incluso los militares desafectos estaban pendiente de un juicio que no había tenido lugar, puesto que la matanza, a todas luces injustificada, había sido indiscriminada, lo cual representaba un baldón para la República y para la humanidad en general. Daba detalles de cómo había obtenido la información y las comprobaciones que había hecho sobre el terreno y exigía medidas inmediatas para evitar que se repitieran semejantes desmanes.

Consiguió que se reuniera el comité ejecutivo de la FAI, a la sazón presidido por Joaquín Ascaso, ante el que leyó con voz encendida el informe y la respuesta que obtuvo no fue del todo satisfactoria. ¿Estás seguro, Melchor, de lo que dices? Segurísimo, y les invitaba a montarse en un coche y acercarse a Paracuellos del Jarama. Otros mostraban comprensión con lo sucedido: los rebeldes, con aviones alemanes, seguían bombardeando la ciudad, causando muchas víctimas civiles y era natural la reacción del pueblo. A lo que Melchor replicaba que en lo sucedido en Paracuellos, y parajes vecinos, no tenía nada que ver el pueblo de Madrid, sino que era algo perfectamente organizado ¿por quién? Según el diplomático Félix Sclanyer por los comunistas, dirigidos desde Moscú. Todos estaban de acuerdo en que podía ser así y algunos comentaban: «Esos cabrones siempre igual». Pero ¿qué podían hacer ellos? Mucho, les dijo Melchor, ya que desde el día 4 de noviembre los anarquistas tenían cuatro ministros en el gobierno, entre ellos el de Justicia, Juan García Oliver, que era a quien le correspondía poner fin a esas atrocidades.

Joaquín Ascaso le recordó a Melchor que cuando un militante del sindicato accedía a un puesto oficial, disponía de libertad para ejercer su cargo según le dictaran sus convicciones, sin que en su trabajo se pudieran inmiscuir los dirigentes de la organización.

Pero ¿podré hablar con él, no? objetó Melchor. Sí, siempre que lo hiciera a título personal.

Y a título personal, haciéndose acompañar por Mariano Gómez, magistrado del Tribunal Supremo, le fue a visitar Melchor.

Les recibió en su despacho del ministerio de Justicia, bastante suntuoso, y García Oliver, a pesar de que el tiempo estaba frío, les recibió con una camisa de manga corta y el pecho cruzado con una bandolera de cuero, y sobre la mesa, al alcance de su mano, una pistola del nueve largo. Eran tiempos de guerra con el enemigo a las puertas.

Gozaba de gran prestigio en el anarquismo más extremo, como hombre de acción, ya que había participado con Buenaventura Durruti en diversos asaltos, y se le atribuía un atentado, muy sonado, contra el rey Alfonso XIII.

Melchor le conocía e, incluso, había tenido desacuerdos con él por causa de las acciones armadas, pero ambos se respetaban. Les atendió con consideración, y comenzó por hacerles una declaración curiosa: les dijo que no era incompatible ser anarquista y ser ministro, que lo único incompatible era ser ministro y ser burgués. Quizá lo dijo para justificar aquel lujoso despacho, que no era habitual que lo

ocupara un anarquista. Obviamente le dieron la razón y Melchor pasó a exponerle el motivo de su visita.

¿Estaba enterado de lo sucedido en Paracuellos del Jarama? Con un gesto de disgusto hizo un gesto afirmativo, y se limitó a comentar:

–Es una complicación.

–Compañero –le dijo Melchor– es algo más que una complicación, es algo muy grave para la República.

–De acuerdo, pero habrás venido para algo más que para contarme lo de Paracuellos.

–Mi impresión, compañero, es que lo que no se puede consentir es que las cárceles las ocupen las milicias populares; las cárceles las deben gobernar los funcionarios. Te lo digo yo que he estado más de veinte veces entre rejas. Y tú también has estado unas cuantas, ¿No?

–Unas cuantas –admitió y como quien desea ir al grano le preguntó– ¿Y tú que pretendes?

–Que me nombres director general de prisiones, cargo que depende de tu ministerio.

García Oliver no mostró demasiada sorpresa ante semejante pretensión.

–Llevo poco tiempo en el cargo, todavía no sé cómo esta ese asunto– comentó.

–Yo sé bastante y creo que está mal. Si hablas con un director de cárcel, te dicen que reciben instrucciones de la Dirección General de Seguridad y eso no puede ser. De esa Dirección, y de los que están a su frente, que no los nombro, pero los conoces tan bien como yo, es de dónde parten todos los desórdenes.

El magistrado Mariano Gómez, que había permanecido callado, intervino:

–Serrano Poncela y Santiago Carrillo.

García Oliver no hizo ningún comentario a esa aclaración, y le preguntó:

–¿A ti quién te avala para el cargo que pretendes? Yo te conozco, pero tampoco demasiado, Melchor.

Volvió a intervenir el magistrado:

–Le puede avalar la Junta Revolucionaria del Colegio de Abogados.

–No sé si será suficiente. Lo tengo que pensar, Melchor. Déjame un tiempo.

Y se levantó para dar por terminada la sesión.

Melchor y Mariano Gómez no salieron muy bien impresionados de la entrevista, pero a los pocos días Melchor recibió una llamada de Sánchez Roca, subsecretario del ministerio, para informarle que García Oliver había accedido a

nombrarle Inspector especial de Prisiones, con toda clase de atribuciones. Y le puntualizó:

–El ministro está deseando que se acabe con los desórdenes que se están produciendo, o sea que cuanto antes comiences tu trabajo mejor. El nombramiento saldrá en la Gaceta en un par de días, pero tú puedes comenzar ya.

Comenzó aquella misma tarde, porque seguían llegándole noticias de que en aquellos siniestros días se estaban produciendo «sacas» todas las noches.

Antes de ir a las cárceles pasó por el palacio de Viana para cambiar de vestuario; acostumbraba a vestir de paisano, con un pantalón corriente, una chaqueta e, incluso, le gustaba llevar corbata, pero para lo que le esperaba consideró más oportuno vestirse de forma más aguerrida, con pantalón y camisa caqui y con una bandolera de la que colgaba la pistola, sin balas normalmente, pero que en aquella ocasión le metió un cargador.

Comentó su reciente nombramiento con los suyos y a Francisquita, de primeras, le pareció bien:

–Si eres el director de prisiones, ahora ya no te podrán meter en la cárcel.

–Eso espero– se rio Melchor.

A los hermanos Álvarez Quintero les pareció una buena noticia, aunque le advirtieron:

–¿No será un cargo peligroso para ti, como están las cosas?

–¿Y es que hay algo en una guerra, que no sea peligroso?

Pero en general recibió felicitaciones de los refugiados en el palacio, y el padre Gafo le dijo que siendo Melchor el director de prisiones, ya podía abandonar aquel refugio, porque si le detenían ya sabía quién cuidaría de él en la cárcel. Efectivamente, fue de los primeros en salir de palacio porque entendía que la ciudad sitiada precisaba más de sus servicios ministeriales, que el cómodo refugio de Viana.

A la media tarde del día 12 de noviembre se personó en la cárcel Modelo, acompañado de una escolta de seis guardias, uniformados de azul –que era el uniforme de los antiguos guardias de asalto– dependientes de la Audiencia Nacional, y que los había puesto a su disposición el magistrado Mariano Gómez, asegurándole que eran hombres acostumbrados a obedecer a quien ostentara la autoridad.

Y la orden que les dio Melchor fue que prohibieran entrar en la cárcel a miembros de las milicias populares, y que si estaban dentro, ya, que los expulsaran. Sin contemplaciones, por las buenas o por las malas.

En la cárcel se dirigió al despacho del director, Jacinto Ramos, recién nombrado, antiguo anarquista que pertenecía al cuerpo de funcionarios de prisiones. Cuando entró Melchor en su despacho estaba confeccionando unas listas con ayuda del subdirector de la cárcel. Melchor fue terminante:

–Se terminaron las listas y las sacas. Acabo de ser nombrado

Inspector Especial de Prisiones y tomo el mando de todos los presidios. ¿Qué estabais haciendo?

–Cumpliendo órdenes de la Delegación de Orden Público de confeccionar listas de presos para trasladarlos de prisión –fue la explicación que le dio Jacinto Ramos.

–¿Y a qué prisión dice la orden que se deben trasladar?

–Eso no lo dice.

–¿No será, más bien, para trasladarlos a descampados donde acaban con ellos? ¿No sabías, tú, nada de todo eso?

–Eso no es de mi competencia, compañero –balbuceó Jacinto Ramos.

–Pues desde ahora lo es. Lo primero que he dispuesto en mi nuevo cargo, es que queda terminantemente prohibido cualquier traslado de presos entre las seis de la tarde y las ocho de la mañana. Cualquier traslado que proceda, se hará a plena luz del día. Y si hay que hacer alguna excepción, se me avisará y yo, personalmente, acompañaré a la expedición para que, de verdad, llegue a su destino. ¿Está claro?

–Muy claro, compañero, y para mí es una buena noticia. No te creas que era un plato de gusto confeccionar listas, que me daba cuenta que no tenían mucho sentido.

A continuación se desplazó a las cárceles de Porlier y de San Antón y tomó las mismas disposiciones.

Manuel Carrasco Verde, general de brigada en el Ejército de los vencedores dirigió el siguiente escrito al presidente del Consejo de Guerra que juzgó a Melchor Rodríguez al final de la guerra:

«Manuel Carrasco Verde, general de brigada del glorioso Ejército Nacional, juro por mi honor ser cierto lo que a continuación paso a relatar:

»En fecha indeterminada de mediados de noviembre y principios de diciembre de 1936 me encontraba preso en la cárcel Modelo, de Madrid, por mi condición de teniente coronel del Ejército que se había negado a servir a las órdenes de un gobierno que carecía de legitimidad como era el de la denominada República que la había perdido como consecuencia del glorioso alzamiento del 18 de julio.

»Aquellos días de noviembre, cada noche se producían lo que denominaban “sacas” en las cárceles, de las que se ocupaban brigadas de milicianos populares, y en la Modelo era la tristemente célebre “Brigada del Amanecer”, mandada por Agapito García-Atadell, que solo miraba a su lucro personal, ya que los que iban a ser asesinados eran despojados de cuanto de valor llevaran encima, tales como medallas de oro, relojes, cadenas, y hasta ya muertos dicen que les arrancaban las muelas si eran de oro. Decían que nos mataban por ideales, pero su principal ideal era hacerse con ese cuantioso botín.

»El director de la cárcel, don Jacinto Ramos, nos trataba con cierta consideración, sobre todo a los que éramos

mandos militares, pero no hacía nada por evitar aquellas “sacas” y, a veces, como quien nos hacía un favor, nos decía si estábamos, o no, en las fatídicas listas. ¿Por qué lo hacía? Sin duda de algo servía ya que el caos que se producía cuando llegaba el momento de la “saca” era notable, pues nadie creía que nos fueran a trasladar a otra prisión, y los designados se resistían. Algunos jóvenes, principalmente falangistas, si sabían que su nombre estaba en una lista, se escondían, porque el hombre se las ingenia cuando cree que va a morir, y esos jóvenes se escondían hasta en tejadillos cuya existencia ignoraban los guardianes, y después de llamarles se marchaban sin ellos. Así salvó su vida más de uno.

“Sería la noche, del 12 de noviembre, eso no lo puedo asegurar, cuando un funcionario me hizo saber que aquella noche me tocaba a mí, y lo acepté como venido de la mano de Dios. Los militares presos nos habíamos concertado en morir con dignidad, por si les servía de ejemplo a aquella banda de forajidos, y nada hice por evitarlo, si no que me dispuse a ello, confesándome con uno de los sacerdotes encerrados. Digo, que no intenté esconderme como lo hicieron algunos jóvenes, porque yo ni era joven, y era suficientemente conocido como para que se fueran a ir sin mí.

»Cuál no será nuestra sorpresa cuando resultó que, por primera vez en varios días, aquella noche no hubo “saca”. Pensamos que lo dejarían para la noche siguiente, y tampoco la hubo, ni la otra, ni la otra. ¿Qué pasa? nos preguntábamos. Que hay un nuevo director, no de la

Modelo, sino un director general de todas las cárceles de España, nos dijeron los funcionarios.

»Y a los pocos días ese nuevo director general, don Melchor Rodríguez, nos hizo reunir a todos los presos políticos –excluyendo a los delincuentes comunes– en el patio central de la prisión y nos dijo que a partir de ahora, la justicia seguiría su curso, pero por los cauces establecidos; el que lo mereciera sería juzgado, por tribunales del pueblo, pero competentes. Y ningún preso saldría de la prisión si no era para ser juzgado, y que en ningún caso se producirían salidas colectivas, y cuanto menos de noche, y que si por excepción había que hacerlo se haría a la luz del día y él, personalmente, se ocuparía que el traslado llegase a término.

»Con esa decisión don Melchor Rodríguez salvó la vida de ¿mil? ¿dos mil personas? y por supuesto salvó la mía y, siempre que he tenido ocasión le he mostrado mi agradecimiento públicamente. Se puede decir que gracias a don Melchor Rodríguez se terminaron en buena medida los siniestros “paseos” que fueron el baldón de un gobierno corrupto a los comienzos del glorioso alzamiento nacional.

»Y ahora me dirijo a vuestro señoría para que tome en consideración lo que en este escrito torpemente se expone y a la hora de juzgar a don Melchor Rodríguez se le tenga en cuenta el bien que hizo, y que si estuvo desacertado no adhiriéndose al alzamiento nacional, lo remedió con creces con su conducta posterior.

»Conmigo firman esta súplica buena parte de los que deben su vida a don Melchor Rodríguez, que se muestran dispuestos a testificar donde sea preciso.

»Es gracia que espera alcanzar de V.E. cuya vida Dios guarde muchos años.

XIII. MELCHOR Y LA SUPRESIÓN DE LAS CHECAS EN MADRID

No fue la única vez que visitó la cárcel Modelo el día que reunió en el patio central a todos los detenidos, sino que de vez en cuando se daba una vuelta por ella, y si se presentaba la ocasión hablaba con alguno o algunos. Lo hacía porque decía que si cuando él había estado preso, el director del presidio le hubiera dirigido la palabra se hubiera considerado el hombre más feliz del mundo. También lo hacía para que no dudaran de que allí seguía él, dispuesto a cumplir su palabra de atenerse a la ley e impedir sacas indiscriminadas.

Todos le daban muestras de agradecimiento y le decían que desde que era director de prisiones –aunque según la *Gaceta* su cargo era el de Inspector Especial de Prisiones, coloquialmente era conocido como Director de Prisiones– habían vuelto a poder dormir tranquilos, sin el temor de que aquella fuese su última noche. Y una de las veces se le presentó uno de los sacerdotes reclusos, y le dijo:

–Don Melchor, rezamos por usted. ¿Le parece bien?

Se echó a reír, y le contestó:

–Yo no creo en esas cosas, pero si ustedes creen, igual sirve de algo. Mal no me vendrá.

Celedonio Pérez, un hombre de su confianza, le advertía:

–Cuidado, Melchor, no les des tantas confianzas.

A lo que Melchor le replicaba:

–Como se nota, Celedonio que no has pisado la cárcel.

Lo cual era cierto ya que su amigo había sido un anarquista con suerte que no había llegado a estar en la cárcel. A este Celedonio acabó nombrándole director de la prisión de San Antón ya que procuró que los cuatro presidios que funcionaban en Madrid estuvieran dirigidos por hombres de su confianza.

En aquellos meses demostró tener un temple poco común. Cuando llevaba pocos días en el cargo, el ministro que le había nombrado, García Oliver, que a la sazón residía en Valencia como el resto del gobierno, se presentó en un rápido viaje en Madrid, para pedirle cuentas a Melchor. Le acusó que se había enfrentado a la Junta de Defensa, presidida por el general Miaja, que con tanto heroísmo estaba defendiendo la ciudad frente a los rebeldes.

–Yo no me he enfrentado a la Junta –le replicó Melchor–, me he enfrentado a los que dirigen en la Dirección General de Seguridad, el Orden Público, que es el mayor de los desórdenes, ¿quieres que te diga nombres?

–No los necesito.

–Pues te los digo. Serrano Poncela es el que firma todas las sacas, y por encima de él tiene a Santiago Carrillo. Todos comunistas que están empeñados en capitalizar a favor del PCE la defensa de Madrid.

–Pues lo están consiguiendo –le dijo el ministro adusto.

–¿Pero a qué precio? ¿Es que hace falta matar, mejor dicho, asesinar a todos los presos, muchos inocentes, para ganar la guerra? ¡Hay que defender a la República no solo con las armas, sino también con la razón y la humanidad!

A continuación se enzarzaron en una discusión en la que el ministro le insistía en que el gobierno se mostraba muy satisfecho de la actuación de la Junta, y que la defensa de Madrid estaba por encima de todo, a lo que Melchor le replicó que no por encima de la Justicia, y si el señor ministro no estaba de acuerdo, en ese mismo acto le presentaba su dimisión. «Dimisión aceptada», fueron las últimas palabras del ministro.

La noticia de la dimisión de Melchor Rodríguez corrió como la pólvora por Madrid, y produjo distintas reacciones: en las cárceles de pánico de que pudieran volver las «sacas; en el Partido Comunista, cada vez más enfrentado a la FAI y la CNT, de satisfacción; y en el Cuerpo Diplomático, del que era decano Aurelio Núñez Morgado, embajador de Chile, de evidente contrariedad. Casi todos los embajadores y cónsules de Madrid conocían a Melchor, entre otras razones porque tenían refugiados en sus sedes a muchos de sus protegidos, y

comenzó una campaña, que arrancó en París, y llegó hasta Valencia sede del Gobierno republicano, reclamando que Melchor Rodríguez recuperará su cargo de director de prisiones. Al ministro de Justicia, García Oliver, no le quedó más remedio que telefonear a Melchor para que volviera a ocupar el cargo. Melchor le advirtió que si lo aceptaba, sería con la condición de disponer de toda clase de atribuciones, incluida la de poner a disposición de los tribunales a los culpables de los atropellos y aclaró: cualquiera que sea el partido al que pertenezcan. García Oliver accedió y le rogó que se desplazara a Valencia para concretar los detalles.

Mediado el mes de noviembre emprendió el viaje en coche a Valencia de noche, ya que durante el día los viajes podían resultar peligrosos, pues las carreteras podían ser bombardeadas por la aviación rebelde; al llegar a la altura de Alarcón se encontraron un tronco que cruzaba la carretera que les obligó a parar, y en el acto el coche fue ametrallado, y el chófer, que se llamaba Rufo, logró con un brusco golpe de volante sacar el coche de la carretera, y refugiarse en un bosque vecino. Los dos escoltas que le acompañaban resultaron heridos, uno de gravedad, y Rufo también en un brazo. El único que salió indemne fue Melchor. Y a su mente le vino lo que le decía su padre: que él no tenía nada contra Dios, pero creer, lo que se decía creer, solo creía en el ángel de la guarda, ya que si no fuera por su ángel, con tantos peligros como había corrido en Marruecos, no estaría vivo. ¿Tendría él, también, un ángel de la guarda que era quien le había sacado del peligro? Intentó desechar un pensamiento impropio de un anarquista y razonó que, en todo caso, su ángel de la guarda había sido Rufo, que fue quien acertó con el volantazo

oportuno. Esto, pasado un tiempo, tuvo ocasión de comentarlo, medio en broma, con el padre Gafo, quien le aclaró: «¿Y por qué no vas a tener un ángel custodio? Pero ten en cuenta que los ángeles custodios no son Dios, no conocen nuestras necesidades, hay que pedir su ayuda. Tú, cuando te encuentres en un apuro, por si acaso, acuérdate de él».

En los múltiples apuros que la vida le deparó, a veces se acordaba del consejo del padre Gafo, y musitaba un *ángel, a ver lo que haces*.

Cuando llegaron a Valencia y dieron cuenta de lo sucedido, no dudaron de que se trataba de un atentado contra Melchor, de alguien que no le quería bien. Y Melchor comentó:

–Hay demasiados que no me quieren bien.

Pasado un mes Sánchez Roca, subsecretario de Justicia, le informó de que ya se sabía quién había sido el autor del atentado, precisamente un pistolero de su propia organización, de la FAI, conocido como el Botas; se trataba de un delincuente común, que había sido admitido al comienzo del conflicto indebidamente en el sindicato, y en aquellos primeros meses de desorden había campado a su anchas. Había organizado una brigada con gente de su calaña y era de los que se encargaban de las «sacas» para quedarse con las pertenencias de las que despojaban a los condenados. Y llegaba a ponerse en contacto con las familias y ofrecerles salvar las vidas de sus deudos a cambio de joyas o dinero. Y como Melchor había venido a poner fin a su negocio, de ahí que hubiera pretendido deshacerse de él. Después del atentado fallido había

desparecido y se creía que con el botín conseguido había huido a América.

Según se conocían estas atrocidades cometidas por desalmados al socaire de la revolución, en el gobierno se confirmaban en la necesidad de actuaciones como la de Melchor, y cada vez ponían menos reparos a lo que hacía aunque tuviera que enfrentarse a la Junta de Defensa de Madrid.

Su prestigio era creciente y se animó a hacer otro viaje a Valencia para entrevistarse con Ángel Galarza, ministro de la Gobernación, que gozaba de prestigio como jurista, especializado en Derecho Penal, y que llevaba ocupando cargos de relieve desde los inicios de la República. Había pertenecido a diversos partidos revolucionarios y al comienzo de la guerra se había afiliado al PSOE.

Melchor no había tenido tratos con él como para tutearle y se dirigió a él, con mucho respeto, como «señor ministro», pero estuvo muy claro en su denuncia. El ministro le preguntó, cortésmente, sobre cómo marchaban las cosas por Madrid, y Melchor se atrevió a decirle que mejor en el frente que en la retaguardia. En el frente se luchaba con decisión y valor y se había conseguido detener el avance de los facciosos, pero en la retaguardia lo único que se había conseguido era que funcionasen unas cárceles populares denominadas chekas, que las dirigían gentes que so pretexto de imponer justicia en la retaguardia, se salvaban de ir al frente que era donde debían de estar.

–Señor ministro, soy el director de prisiones, las únicas que deben funcionar, dirigidas por funcionarios, y las demás son cárceles clandestinas dirigidas por milicianos que se convierten en verdugos y, de paso, en ladrones. Y de su ministerio depende poner fin a ellas.

El ministro le replicó que por encima de todo estaba la defensa de la capital y que gracias a esas chekas se conseguía detectar a los quintacolumnistas que eran un peligro para consolidar esa defensa. Melchor le razonó quienes estaban al frente de esas chekas, a su juicio corifeos del partido comunista, que consentía lo que no debía, y le puso ejemplos de inocentes asesinados, que poco tenían que ver con esos supuestos columnistas.

El ministro le dijo que recabaría información, y Melchor no salió muy bien impresionado de la reunión, pero al cabo de unas pocas semanas vio sus frutos: la primera que se clausuró fue la que peor fama tenía, la denominada checa de Fomento, y en el plazo de unos meses dejaron de existir todas las checas de Madrid.

XIV. MELCHOR SE JUEGA LA VIDA EN LA CÁRCEL DE ALCALÁ

«Querido don Antonio:

»Comprendo su enfado conmigo tantos meses sin contestar a su última carta, pero sirva de disculpa lo muy ocupado que he estado desde que me han nombrado director de prisiones, cargo por el que usted me felicita y yo no sé qué decirle, y Francisquita menos pues dice que no ha hecho más que complicarme la vida y la mujer se queja, y con razón, y dice que por un motivo o por otro me paso el día en las cárceles, antes como recluso y ahora como defensor de los reclusos, pero lo que yo le digo: ¿dónde quieres que esté un director de prisiones, sino es en una prisión?». ».

»Me da usted la buena noticia de que ha encontrado en Lisboa una plaza para dar clases de español en un instituto y me alegro por sus alumnos porque mejor profesor no van a tener. Supongo que aunque las clases sean en español, algo de portugués tendrá que saber, pero ya se las habrá arreglado usted para aprenderlo. Y espero que Mariana también sepa el suficiente portugués como para ir a la compra».

»Permítame que le dé un consejo: quédese en Portugal mientras las cosas no se arreglen en España, y no quiero ser derrotista, pero no llevan camino de arreglarse como nosotros quisiéramos. Quiero decir que los rebeldes cada vez reciben más ayuda del extranjero sobre todo de Alemania e Italia, y la que recibimos nosotros es de Rusia, pero en mucha menor proporción. Hay que mantener el ánimo y confiar en la victoria final, pero cuesta. Por eso me alegro tanto de que haya encontrado trabajo en Portugal para que pueda aguantar y no tenga que precipitar su regreso. Los que estamos aquí no tenemos más remedio que seguir, pero ese no es su caso».

»Por supuesto que sigo escribiendo en esta máquina, con la que me arreglo muy bien, y raro es el día que no tengo que hacer comunicados por escrito para dirigirlos a los que dependen de mí, o a veces a aquellos de los que yo dependo, para cantarles las cuarenta. Y también sigo con mis aficiones literarias que, gracias a usted, no las pierdo. Hace poco terminé un Himno al Anarquismo que dicen que ha quedado muy poético, gracias a que en él colaboró mi buen amigo Serafín Álvarez Quintero, que de anarquista tiene poco, pero de poeta más que yo».

»Y me pide usted que le cuente lo que sucedió en la cárcel de Alcalá de Henares, de la que hasta Portugal han llegado noticias de que me porté como un héroe, y me da de reír que por haber cumplido con mi obligación me tachan de héroe. ¿Qué quiere que le cuente? ¿Todo lo que sucedió? Como el incidente duró horas, desde las cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada, me llevaría varias resmas

de papel contarle por menudo, por eso le voy a contar lo más principal.

»Comenzó con una atrocidad, con un bombardeo de la aviación fasciosa sobre la población de Alcalá de Henares, pero no se crea usted que buscaban objetivos militares, sino que los aviones volaban muy bajo, y aprovechándose de que no teníamos artillería antiaérea, se cebaron en la plaza principal del pueblo a una hora en que la buena gente estaba paseándose, excusase el daño que hicieron, muertos más de una docena, algunos niños y heridos muchos. Los organismos internacionales, con la Cruz Roja a la cabeza denuncian tales atrocidades, pero no sé si sirve de mucho.

»La reacción del pueblo yo la comprendo porque es humano –¿o inhumano?– tomar venganza, y la quisieron tomar sobre los más indefensos, los presos de la cárcel de Alcalá que estaba llena, cerca de mil doscientos presos, en su mayoría políticos, que yo había considerado oportuno trasladar desde la cárcel Modelo de Madrid, por razones muy plausibles, porque la Modelo estaba atestada de gente, y porque siempre cabía el peligro de que se pasaran al enemigo por estar la Modelo muy próxima al frente que se decía que podía caer de un día para otro aunque luego, gracias a nuestro tesón, no ha sido así. No digo que el pueblo quisiera matar a todos los presos, pero sí a los más principales, que los había muy significados como algunos Luca de Tena, fundadores del reaccionario diario ABC y militares de alta graduación.

»Por casualidad andaba yo no lejos de Alcalá en mi

misión de inspeccionar cárceles –mi cargo técnico es el de Inspector Especial de Prisiones, aunque todos me digan “director”– cuando me llega la noticia del alboroto popular y de su intención de asaltar la cárcel y allí me dirigí con premura. Me costó entrar en su interior, rodeada como estaba por una multitud enfurecida, y me impresionó alguna mujer desgredada, clamando justicia porque en el bombardeo habían matado a un hijo suyo, lo cual era muy comprensible, pero no lo de hacer justicia asesinando a quien nada había tenido que ver con aquel malhadado bombardeo.

»Una vez en el interior me encontré con el director demudado, quien me puso al corriente de que visto el cariz que estaban tomando los acontecimientos había recabado la ayuda del general Pozas, comandante en jefe de esa Región Militar, quien le advirtió que de ningún modo se disparara contra el pueblo. Y le vino a decir que el pueblo era sagrado. Pero ese pueblo sagrado se disponía a cometer el mayor de los atropellos, que yo no estaba dispuesto a consentir aunque me fuera la vida en ello. Eso suena un tanto enfático, pero es así. Llevaba apenas un mes en el cargo, para el que había sido nombrado precisamente para evitar esos desmanes y en la primera ocasión que se me presentaba ¿lo iba a consentir?

»Me puse en el portón principal de entrada en la cárcel, en el que se encontraba el grueso de la multitud, y con ayuda de un megáfono intenté conseguir que se hiciera silencio y cuando lo conseguía, solo en parte, les daba las razones que me venían a la mente: que todos aquellos

presos estaban allí para ser juzgados por tribunales competentes, no por un pueblo justamente enfurecido, que sobradas razones tenía para solicitar justicia por el grave agravio que habían padecido, pero no para tomársela por su mano, pues en tal caso seríamos tan malvados como los que habían cometido el atropello. Y que yo había sido nombrado por el Ministerio de Justicia como director de las cárceles para hacer que esa justicia se cumpliera. De entre la multitud salían voces que decían que si yo defendía a los facciosos, es que era tan faccioso como ellos, a lo que yo con tono indignado –estaba indignado pero fingía estar más indignado todavía– les recordaba que había sido un humilde chapista que por defender al pueblo trabajador había estado en la cárcel más de treinta veces. ¿Eso era ser fascista?».

»Todo este discurso lo mantenía protegido por cuatro guardaespaldas, armados de fusiles máuser, y uno con un ametrallador, y yo con la pistola al cinto, que de vez en cuando sacaba, y que la llevaba cargada pues desde que sufrí el atentado de la carretera de Valencia los mandos me dijeron que la llevara así, y aunque yo estaba dispuesto a no hacer uso de ella, nada más que en caso de necesidad extrema, lo que se llama legítima defensa, pensé que pudiera ser que en aquella ocasión podía no quedarme otro remedio, y le había echado el ojo a un energúmeno, que en primera fila de los manifestantes, era el que más gritaba y el que animaba a los demás a asaltar el presidio, y cuando yo dije que si querían entrar en la cárcel tendrían que pasar sobre mi cadáver, dijo que estaban dispuesto a ello y que él sería el primero en dispararme y por eso pensé que sería

legítima defensa si yo disparaba antes. Pero uno de mis guardaespaldas, muy versado en su trabajo, me dijo que no tuviera cuidado que ese no disparaba. Por abreviar: tuvimos localizado al energúmeno, y luego nos informamos que no tenía ningún pariente herido en el bombardeo, que ni tan siquiera era de Alcalá, sino que era uno de tantos facinerosos de los que se lucraban con el botín de los que asesinaban, y que de haber conseguido asaltar la cárcel hubiera hecho otro tanto. Esos sujetos son el baldón de la verdadera República y merecen el mayor de los castigos y, al otro día, al que se había significado tanto, fue fácil detenerle y en estos momentos se encuentra en la cárcel pendiente de juicio y como se demuestre que ha cometido asesinatos puede pagarlo con la vida. Como buen anarquista soy contrario a la pena de muerte, pero hay casos en que no queda otro remedio, sobre todo en tiempo de guerra».

»Ya digo que todo esto duró horas y yo acabé agotado. Unas veces les daba razones de justicia y humanidad, y otras les increpaba tachándoles poco menos que de canallas, pero siempre insistiendo que si querían entrar tendrían que pasar sobre mi cadáver»

»Los funcionarios de la prisión, viendo mi actitud, se armaron de valor y se alineaban conmigo, como si ofreciéramos un frente unido difícil de superar. Se ha contado, o en algún panfleto he leído, que yo amenacé a los manifestantes que si persistían en su actitud, estaba dispuesto a dar armas a los reclusos para que se defendieran, lo cual es absolutamente falso. ¡Cómo iba a

decir semejante disparate! Los que propagan semejante infundio son los que no me quieren bien y están empeñados en tacharme de faccioso, dispuesto a armar a facciosos para enfrentarlos al pueblo llano. Son los de siempre, los que se lucraban al frente de las siniestras checas, que van desapareciendo. La única medida que tomé con los reclusos fue que los retiraran de sus celdas y los bajaran a un sótano muy amplio que hay en los bajos, para que en el caso de que lograran asaltar la cárcel, les fuera más difícil llegar a ellos, pues en ese sótano, con una entrada única, resultaba más fácil defenderlos».

»El caso es que llegó un momento, ya de madrugada, en que quizá por agotamiento, los manifestantes se fueron retirando y dimos el incidente por terminado. Y yo entré en la cárcel, me dirigí al sótano para decirles a los reclusos que había pasado el peligro y que podían volver a sus celdas. Algunos, los más jóvenes sollozaban y yo lo comprendo pues desde el interior oían lo que sucedía extramuros, y no dudaban de que podían ser asesinados. Había militares, gente seria, que me daban las gracias y uno, en nombre de todos –creo que era un falangista muy significado– me pidió permiso para darme un abrazo y yo se lo di, lo cual en ciertos ambientes no ha caído bien. ¿Cómo es que me he dejado abrazar por un fascista significado? Y yo les contesto que en el frente seríamos enemigos, pero que aquí son seres humanos –no olvidar nunca que son seres humanos– y que hay que tratarlos como tales. ¡Cómo hubiera querido yo, en mis tiempos de recluso, que me hubiera abrazado el director de alguna de las varias prisiones por las que pasé!».

»Bueno, don Antonio, no se quejará de la extensión de esta carta, en la que creo que le he contado lo principal de lo que usted quería saber, y ahora contéstemelo contándome cosas más divertidas. Por cierto ¿sigue usted yendo a los toros? Ya sé que en Portugal se suprime la suerte de matar, lo cual a usted, aficionado de pura cepa, le disgustará, pero a mí, en mis tiempos no me habría venido mal, porque era la suerte que peor se me daba. Aquí, como es lógico, apenas hay corridas, aunque algunas se siguen celebrando en Valencia por San José, pues aunque no creemos en los santos, en Valencia hacen una excepción con san José y las fallas.

»Francisquita bien, y resignada con mi nuevo trabajo, aunque no siempre, y Amapola cada días más guapa, y no lo digo yo solo, sino todos los que la conocen.

»Cuénteme cosas de Mariana, ¿qué tal le va la vida en Portugal? ¿Se ha hecho a ella?

»Un fuerte abrazo de su siempre discípulo, Melchor».

Melchor Rodríguez ocupó el cargo de Inspector Especial de Prisiones, hasta el 2 de marzo de 1937 en el que cambió de puesto por razones plausibles que se contarán en su lugar.

Durante ese tiempo sostuvo un forcejeo continuo por mantener sus principios, principalmente enfrentado con José Cazorla, miembro del Comité central del Partido Comunista que compartía con Santiago Carrillo la consejería de Orden

Público, y al que se le acusaba de haber organizado checas, y hasta un Servicio de Información Militar al servicio del Partido Comunista de España y al margen de la propia Junta de Defensa. Sus enfrentamientos con los anarquistas fueron continuos, singularmente con Melchor Rodríguez cuya política penitenciaria la consideraba impropia de un revolucionario y desmoralizadora para los que se estaban jugando la vida por defender la capital de España.

En febrero de 1937 tomó una determinación que fue muy contestada por la consejería de Orden Público: poner en libertad a un buen número de las reclusas de la cárcel de mujeres. Al principio del conflicto las mujeres habían estado encerradas en la cárcel de las Ventas, que fue preciso convertirla en cárcel de hombres, porque eran más los varones encerrados, que las mujeres, y a éstas las trasladaron a un presidio que habilitaron en el Convento de Capuchinos, situado en la plaza del Conde de Toreno, cerca de la Gran Vía.

Como las mujeres corrían menor peligro de padecer las terribles sacas –aunque algunas también las padecieron– Melchor se ocupaba menos de ellas y confiaba en que su mujer y su hija las atendieran, que lo hacían con gusto y un par de veces a la semana se pasaban por Capuchinos y se interesaban por sus necesidades, sobre todo de la de una joven que pertenecía a la Falange y que se había quedado embarazada, según ella porque la habían violado, pero eso no estaba claro porque tenía un novio con no muy buena fama. Seguían el embarazo con mucho interés y cuando llegó el momento del parto la buscaron una comadrona que lo atendió con acierto, y el contento de la madre fue tan notable que no era de suponer

que el niño fuera producto de una violación. Cuidaron de no separar al niño de su madre, y se convirtió en el juguete de toda la prisión.

Amapola estaba para cumplir los diecisiete años, pero parecía mayor no solo en lo físico sino también en la manera de discurrir y fue la que advirtió que no tenía sentido que mujeres de avanzada edad, en muchos casos amas de casa, que no representaban ningún peligro para la República, estuvieran encarceladas. Algunas estaban presas porque en sus casas se habían encontrado estampas del Sagrado Corazón, o propaganda fascista, pero que no era de ellas, sino de sus maridos o hijos. Otras, simplemente, por ser monjas. Esto se lo comunicó a su padre, quien mandó hacer una inspección de las reclusas del Convento, se confirmó ser cierto lo que decía su hija y ordenó poner en libertad a treinta de ellas, entre las que se encontraba Pilar Millán Astray, hermana del fundador de la Legión y general destacado del bando de los rebeldes. Melchor estudió su caso y se dio cuenta de que la habían tomado presa solo por el apellido que llevaba, sin que hubiera tenido parte alguna en la sublevación, ni tan siquiera ideas políticas definidas. ¿Tenía inclinación por las ideas de su hermano pequeño, el general Millán Astray? Podía ser, pero eso no era para tenerla encerrada. Además Melchor sentía simpatía por ella, ya que era una comediógrafa destacada, autora de una comedia, «La tonta del bote», que la había dado mucha fama. La puso en libertad, personalmente, y luego se tomaron un café en un local de la Gran Vía, y departieron sobre teatro y Melchor le contó la amistad que le unía con los hermanos Álvarez Quintero, con los que en alguna ocasión había colaborado.

Esta puesta en libertad masiva provocó una reclamación de la consejería de Orden Público al ministerio de Justicia, lo que obligó a Melchor a dar muchas explicaciones al ministro García Oliver, que las aceptó, aunque advirtiéndole que procurara ser prudente y Melchor le prometió que lo sería, siempre que su conciencia social se lo permitiera.

Y su conciencia social no le permitió que los presos se murieran de hambre.

En el Madrid sitiado por los rebeldes se pasaba mucha hambre a todos los niveles, pero en las cárceles era extremado. Cada vez que visitaba un presidio –y raro era el día que no lo hacía– tanto los funcionarios, como los reclusos, se quejaban de que la comida cada día era peor, porque peores eran las condiciones de abastecimiento en la ciudad sitiada. Y uno de los días le mostraron un cazo en el que flotaban más piedras que lentejas, y éstas llenas de gorgojos. Y decidió poner remedio en la medida de sus posibilidades.

Intentó, sin éxito, obtener mejoras por parte de la Junta de Abastos, y la respuesta fue terminante: existían otras prioridades más significadas, como era la de alimentar a los que estaban combatiendo en el frente, antes que a los presos. Y entonces recurrió al ámbito internacional ya que mantenía buenas relaciones con algunos embajadores, sobre todo con el de Chile, quien le puso en contacto con la Cruz Roja Internacional con sede en París, a los que consiguió convencer de las necesidades alimenticias carcelarias con un resultado que causó asombro y escándalo. Llegaron barcos a Valencia con legumbres y cereales con destino específico para las

cárceles de Madrid, que era la población más afectada por la hambruna. Nuevamente la consejería de Orden Público elevó una protesta: ¿se podía consentir que los presos, enemigos de la República, estuvieran mejor alimentados que la población civil que estaba dando su vida por la libertad? Y elevaron la queja hasta el mismo presidente de la Cruz Roja Internacional, Monsieur Debé, quien contestó con un razonado escrito en el que explicaba que sus estatutos no permitían ayudar a los bandos combatientes, pero sí a los desplazados por las guerras, entre los que se podían contar los presos.

Y Melchor dio una razón de peso: en su casa, ahora, se comía peor que en las cárceles.

El día uno de marzo de 1937 el Subsecretario de Justicia, Mariano Sánchez Roca, se desplazó a Madrid para despachar diversos asuntos, entre ellos el cese de Melchor Rodríguez como Inspector Especial de Prisiones. Lo último que se esperaba Melchor. Gracias a Sánchez Roca había sido nombrado para el cargo, y el subsecretario, compañero anarquista, siempre le dio muestras de deferencia.

—¿Es que he hecho algo mal? —le preguntó perplejo Melchor en la entrevista que mantuvieron.

—En absoluto, compañero, en todo caso lo has hecho demasiado bien, ya sabes que en la organización estamos muy satisfechos de tu labor. Pero...

El «pero» era el enfrentamiento con el partido comunista, que pedía la cabeza de Melchor al que consideraban colaboracionista de los sublevados, y el gobierno entendía que

con el enemigo, más en puertas que nunca, ahora atacando por la parte del río Jarama, era necesario que cesaran las diferencias entre los diferentes partidos y estuvieran todos unidos en la defensa de la capital.

–¿Tan importante es mi persona como para suponer un obstáculo para esa unión? –se asombró Melchor.

–No, eres una pieza más del eslabón. Además, el ministro y yo, no dudamos de que te hacemos un favor. Tu vida puede correr peligro, si sigues contrariando a los que tienen pocos escrúpulos en eliminar a los que se oponen a lo que ellos consideran los verdaderos intereses del pueblo.

–Cuento con ello.

–Pero nosotros no. Ya sabes que Largo Caballero ha dispuesto la disolución de la Junta de Defensa de Madrid, que va a ser sustituida por un Consejo Municipal y hemos pensado que tú formes parte de ese Consejo.

Melchor se dio cuenta de que era una promoción en su trayectoria política, y se lo agradeció a Sánchez Roca, pero le preguntó:

–¿Y qué va a pasar con las cárceles?

–Tú has conseguido acabar con las sacas, y sabes que no van a volver. Los tiempos han cambiado y las checas van desapareciendo. Hemos pensado nombrar en tu puesto a la persona de tu confianza que tú elijas. ¿Te parece?

XV. MELCHOR RODRÍGUEZ CONSEJERO DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

«Querido don Antonio:

»A usted que tanto se ocupa de mi persona o más bien se preocupa de lo que me pueda ocurrir, tengo que darle una noticia importante: he cesado en el cargo de Inspector Especial de Prisiones el pasado día 2 de marzo de 1937, según mis superiores en el sindicato por hacerme un favor, pues mi vida peligraba, ya que me había creado demasiados enemigos en mi trabajo, aunque éstos eran los de siempre, los forajidos que se lucraban a costas de las sacas, o los que sin lucrarse entienden que los presos fascistas están de más, y lo mejor es deshacerse de ellos como hicieron en Paracuellos. ¿Quiénes lo hicieron? Ya se imagina usted quienes fueron».

»El contento de Francisquita y Amapola ha sido grande y con razón, pues lo de que mi vida estaba en peligro era cierto y en más de una ocasión pensé que se deshacían de mí, pues ya sabe usted que la vida en tiempos de guerra se deprecia mucho, y el que a mí me hubieran pegado un par de tiros, no hubiera sido nada extraordinario».

»Lo último que hice antes de cesar en el cargo fue

ponerme al frente de una expedición de ¡250 presos! que ya no cabían en las atestadas cárcel de la capital y era preciso trasladarlos a las de Valencia. Estos traslados masivos ponían espanto en los reclusos, pues no era la primera vez –aparte de lo de Paracuellos– que se quedaban por el camino en una cuneta de la carretera. Hicimos el traslado en varios autobuses y los reclusos iban con tanto recelo que no se querían bajar de los vehículos ni para orinar. Cada vez que veían una patrulla, que las había, sobre todo de las Brigadas Internacionales, se echaban a temblar, y servía de poco que yo les dijera que podían estar tranquilos. Cuando por fin alcanzamos Valencia, se quedaron tranquilos, y yo el primero, pues era mucha la responsabilidad que pesaba sobre mi persona. Luego se muestran muy agradecidos, y algo me compensa de los apuros que paso».

»Le supongo enterado de que ha dejado de funcionar la Junta de Defensa de Madrid, porque está claro que después de la derrota que han sufrido los facciosos en la batalla del Jarama, el frente de Madrid se encuentra estabilizado sin peligro de romperse y, por tanto, es más propio que la ciudad esté regida por un Consejo Municipal, como cualquiera otra población, y a mí me han nombrado consejero, que es un honor que no sé si merezco, aunque supongo que me seguirá complicando la vida. He pedido ocuparme de los cementerios, no para cuidar de los muertos, que para nada necesitan de mis cuidados, sino de los vivos que puedan dejar de serlo, ya que aunque las checas están en clara extinción y ya ninguna funciona con ese nombre, sigue habiendo quienes se empeñan en tomarse la justicia por su mano y de producirse algún

fusilamiento suelen hacerlo en las tapias de los cementerios, principalmente en el de las Ventas, y por eso cuido de darme una vuelta a la madrugada, además de tener compañeros que los vigilen y me avisen si ven patrullas descontroladas, y alguna vez ya me han avisado y he podido intervenir a tiempo. Para que vea como son las cosas, el otro día mis vigilantes retuvieron a una patrulla que llevaba un pobre desgraciado a fusilar, y cuando me presenté yo y les pedí cuentas me dijeron con no poco descaro que si no les permitía fusilarlo en “mi” cementerio que lo harían en un descampado que estaba cerca de allí. Yo les dije que me parecía muy bien, pero que les iba a tomar la filiación, para dar cuenta a los tribunales de justicia, y allí se acabó el asunto. El que pretendían ajusticiar era un administrador del ferrocarril en construcción Madrid–Burgos y lo que buscaban esos sinvergüenzas era quedarse con el hierro que tenía en depósito. Así es la vida».

»De momento no se me ocurre nada más, don Antonio. Le tendré al corriente de que tal me va en mi nuevo cargo, que no solo es ocuparme de los cementerios sino, también, participar en el buen gobierno de la ciudad».

»Como siempre acordándome mucho de usted y de Mariana con todo mi cariño y un fuerte abrazo de su buen amigo, Melchor».

Su condición de concejal de cementerios le sirvió para dar

cumplimiento a los últimos deseos de su buen amigo, Serafín Álvarez Quintero, que falleció de manera impensada el 12 de abril de 1938.

El anterior día 7 le dio un ictus que le paralizó medio cuerpo, pero conservó el sentido y la familia decidió llevarlo a un hospital que funcionaba en lo que había sido –y volvería a ser– el hotel Palace, en el que tenían un médico amigo.

Aquel hospital de campaña estaba lleno de heridos de guerra, algunos moribundos, y el médico amigo les dijo que estaría mejor atendido en su casa, por una enfermera, y una botella de oxígeno que les facilitó. Pero los cuidados sirvieron de poco y a los cinco días fallecía.

Durante esos días, a pesar de sus múltiples ocupaciones, Melchor le visitaba y llegó a hablar con él y una de las veces, entre balbuceos, el enfermo le tomó de una mano y con aire suplicante le solicitó algo que no entendió, pero que se lo aclaró su hermano Joaquín:

–Serafín era un católico muy profundo, y se lamentaba que de morir en el Madrid rojo, perdona Melchor que lo nombremos así, su entierro no sería como el que dispone la Iglesia. Esa fue su preocupación mientras tuvo consciencia, y alguna vez nos pidió que te lo dijéramos y, por fin, intentó pedírtelo él. Ya sabes que Serafín tenía mucha admiración por ti.

–Y yo por él.

Lo cual era cierto. Melchor mantenía una buena amistad con

ambos hermanos, a los que acabó tuteando, pero siempre pensó que Serafín era el que más valía de los dos; además Serafín recababa su opinión sobre las comedias que ambos escribían y llegó a aceptar sugerencias de Melchor lo que le llenaba de orgullo.

Por eso le preguntó a Joaquín:

–¿Cómo quería Serafín que fuera su entierro?

–Le hubiera gustado un funeral, y sobre todo, que el ataúd llevara un crucifijo pues Serafín siempre entendió su vida muy unido a Cristo, y deseaba que ese Cristo que tanto amó le acompañara en su último viaje.

–Lo del funeral no lo veo fácil... ¿pero qué se puede hacer en lugar del funeral? –preguntó Melchor en su incultura litúrgica.

–Bueno, se puede hacer un responso en el momento de enterrarle...

–Para eso hace falta un cura ¿no?

–Por supuesto, Melchor, pero no te preocupes demasiado. Comprendemos que en estas circunstancias es imposible hacerlo y cuando termine esta guerra, si es que algún día termina, le haremos el funeral y le pondremos la cruz en el ataúd. No te vayas a meter en un lío por nosotros.

Pero Melchor fue terminante:

–Si Serafín quería una cruz en su ataúd, su ataúd llevara una

cruz y, en lo posible cumpliremos los demás ritos que señala vuestra iglesia para estos casos.

Lo de la cruz lo negoció con el alcalde del Ayuntamiento de Madrid, que pertenecía al partido socialista quien de primeras, le dijo que era imposible ya que una ordenanza en vigor disponía que los entierros debían ser laicos, y sin muestra alguna de profesión religiosa. Melchor le engañó y le dijo:

–¡Si en estas circunstancias a los entierros van cuatro gatos! ¿Quién se va a enterar de si el ataúd lleva una cruz?

–Haz lo que quieras, pero yo no quiero saber nada –condescendió el alcalde.

La cruz, bastante grande, la consiguió de la embajada de Polonia, y cuando se la llevó al fabricante del ataúd, el hombre, medroso, le dijo que él no se atrevía a poner aquella cruz tan ostentosa en el ataúd. Sugirió que si ése era el deseo del finado, se podía colocar una cruz más pequeña dentro del féretro.

–Se pondrá ésta –exigió Melchor– La pondré yo. Traiga un martillo que no en vano he sido chapista, y algo entiendo de estas cosas.

Y con pegamento y clavos la colocó bien centrada en el ataúd.

El entierro resultó multitudinario ya que despidieron al famoso autor todos los artistas que habían trabajado a sus órdenes, más personal de la cultura y de las embajadas dada su

proyección internacional, personalidades políticas y lo presidía el alcalde que procuraba mirar para otro lado.

Melchor marchaba detrás de la familia que la componía Joaquín, su hermana María Luisa y diversos sobrinos, y cuando algunos políticos cuchicheaban a cuenta del crucifijo, Melchor les decía: «Ya lo tengo hablado con el alcalde», con lo cual no faltaba a la verdad.

El entierro tuvo lugar en el cementerio del Este, que disponía de una capilla en desuso y en bastante mal estado, que Melchor cuidó de que la arreglaran y la encalaran toda de blanco, y en ella se celebró el responso, que lo ofició un cura vestido de paisano, pero con la estola colocado en el cuello.

El sacerdote había sido capellán de la Legión y estuvo refugiado en el palacio de Viana cerca de un año, al cabo del cual le suplicó a Melchor que le buscara una credencial para que pudiera cumplir su ministerio pastoral en la calle, y Melchor lo afilió a la CNT para formar parte de un denominado Sindicato de Enseñanza, que funcionaba en la Casa del Reloj, en la plaza de Colón. «¡A ver lo que enseña usted, pater! ¡Qué de los curas me fío poco!» le dijo Melchor cuando le entregó la credencial. «¡Nada malo, se lo prometo Melchor!».

Cuando Melchor fue a buscarle a la Casa del Reloj y le propuso officiar el entierro de Serafín, el sacerdote se quedó perplejo: ¿Un entierro público con un crucifijo? ¡Eso no era posible!

—¿Por qué no? —le replicó Melchor, y le dijo lo que diría a los demás—: Yo lo tengo hablado con alcalde.

–¡Ah, bueno! Si lo autoriza el alcalde. Lo que podemos hacer es rezar el responso disimuladamente...

No, Melchor quería que lo rezara de una manera ostensible y llevando algún distintivo que mostrara su condición de sacerdote. Eso le hubiera gustado a su amigo difunto. ¡No querrá que me ponga una sotana! se alarmó el cura. Por fin se concertaron en que se pusiera una estola, que era distintivo suficiente.

–Se lo agradezco de corazón, pater –le dijo Melchor.

–Le debo esto y más, Melchor –le contestó el sacerdote, a quien no le tembló el pulso a la hora del responso, que no solo lo rezó en la capilla, sino que en el momento de dar tierra al difunto pronunció las oraciones previstas por la Iglesia para ese momento.

La muerte de Serafín Álvarez Quintero tuvo bastante repercusión en la prensa internacional que se refirió a la ceremonia del enterramiento, como funeral, y provocó una avalancha de críticas tanto de los comunistas, como de los de su propia organización, pero que, curiosamente, se centraron más en el oficiante que en Melchor, a tal extremo que al sacerdote no le quedó otro remedio que desaparecer. Con ayuda de Melchor se trasladó a Barcelona y desde esa ciudad acometió la travesía de los Pirineos.

«Querido don Antonio:

»En esta ocasión le pongo unas letras para comunicarle mi cambio de domicilio del palacio de Viana, al paseo de

Recoletos número 23, y el motivo es que el palacio ha sufrido daños como consecuencia de un bombardeo faccioso, que es lo que más descalifica a nuestros enemigos, el que en sus bombardeos, se les dé poco si se trata de objetivos militares o inocente población civil. ¿Que nosotros hacemos lo mismo? ¡Pues mal hecho! Y por eso yo no voy a cambiar de manera de pensar.

Cada vez que se produce uno de esos inicuos bombardeos, hay quienes siguen pensando que tenemos que tomar represalias contra los prisioneros como si éstos tuvieran alguna culpa. La culpa para mí es de Franco que con tal de ganar esta guerra está dispuesto a todo».

»El palacio no ha quedado muy mal y se lo hemos podido devolver a su administrador como lo recibimos, salvados los daños referidos. Podíamos seguir viviendo en él, pero Francisquita ha preferido que busquemos un lugar más apartado de los bombardeos, y nos hemos decidido por el del paseo de Recoletos, y confiamos haber estado acertados».

»Sus cartas me llegan con mucho retraso, pero me llegan, ya que al venir de Portugal, se considera correo internacional y con la ayuda de la Cruz Roja acaban llegando a su destino. A veces, por los matasellos, me da la impresión de que pasan por Francia. ¡La de vueltas que dan! Pero si se hubiera quedado usted en Sevilla no nos hubiéramos podido cartear, pues entre zonas enemigas no funciona el correo, y hubiera echado de menos los buenos ánimos que me da, cada vez más necesarios, ya que no nos

podemos engañar, pero la guerra no va bien. De eso prefiero no hablar».

»El piso de Recoletos es muy grande ya que necesito mucho espacio, pues a la gente hay que continuar ayudándola, ya que hay quien me sigue pidiendo cobijo, y si yo puedo se lo doy».

»¿Terminará alguna vez esta guerra? ¿Volveremos a vernos? Confío que sí, pues si ganas tengo de verle a usted, no menos a Mariana, de la que siempre me he sentido muy prendado, no lo tome usted a mal, pues yo era muy joven y su mujer solo tenía atenciones hacia mi persona».

»Con mi cariño para ambos, un abrazo de su amigo y discípulo, Melchor».

Paradojas de la vida. Han decidido cambiarse de domicilio buscando seguridad y mediado el mes de agosto de 1938 un obús cae sobre el edificio del paseo de Recoletos y Francisquita resulta herida de consideración.

Al caer el obús Melchor se encuentra en una Junta del Ayuntamiento, y cuando le comunican que su mujer ha resultado herida, se dedica a buscarla por todos los hospitales de Madrid, hasta que la encuentra y al verla herida, aunque fuera de peligro, rompe a llorar como un niño. ¿Es que no se puede hacer nada para que termine esta guerra? Melchor se encuentra al borde de la desesperación, porque entiende que los rebeldes están empeñados en ponerle fin, pero del modo

más cruento posible: con su artillería a las puertas de la ciudad la bombardean incesantemente, para conseguir que la población civil se rinda.

La guerra va muy mal para el gobierno; la ciudad de Barcelona está a punto de caer en poder de los rebeldes y se teme que tras Barcelona caiga Madrid. La descomposición entre las fuerzas republicanas se acentúa: se llama a filas a jóvenes de 18 años a los que apenas se les pueden dar armas para combatir. Al frente del gobierno se encuentra el doctor Negrín, republicano ferviente, pero muy unido al Partido Comunista Español, que confía en que se declare la Segunda Guerra Mundial, y que los aliados vengan en su ayuda. Todo menos rendirse a Franco, y propugna una política a sangre y fuego incluso llegando a proponer volar las valiosas minas de mercurio de Almadén.

Melchor, temiendo que corifeos del doctor Negrín intenten una política de destrucción en la capital, que pueda afectar a quienes siguen encarcelados, desarrolla una gran actividad procurando vigilar las cárceles, y refugiando en el piso de Recoletos a los que temen los estertores finales de un régimen en descomposición. Grupos extremistas hablan de volar Madrid, para lo que todavía cuentan con dinamita suficiente. Todo corre peligro, hasta el museo del Prado. Que los vencedores se encuentren con lo que se merecen: un país arrasado.

Por fin, el 5 de marzo de 1938 el coronel Segismundo Casado da un golpe de estado, que pone fin al gobierno pro soviético del doctor Negrín y se constituye un Consejo Nacional de

Defensa, presidido por el general Miaja, y del que forma parte el prestigioso socialista Julián Besteiro.

Se pretende con este Consejo Nacional lograr una paz honrosa con el ejército vencedor, algo que no se consigue. Franco exige una rendición sin condiciones y a ella hubo que plegarse.

XVI. MELCHOR, ALCALDE MADRID, ENTREGA LA CIUDAD A LOS NACIONALES

Mediado marzo de 1939 el coronel Casado llamó a su presencia a Melchor Rodríguez y lo recibió en el edificio de Bellas Artes convertido en cuartel general, para darle cuenta de algo que Melchor ya sabía: las negociaciones de paz habían fracasado. Y añadió que, conociendo el talante de los vencedores, se temía que la represión sería muy dura. Le confesó que tanto él, como el general Miaja, y los principales militares implicados en la defensa de la República, se disponían a abandonar el país.

–De quedarnos nos espera el pelotón de fusilamiento. Son las leyes de la guerra –dijo con militar resignación–. Pero nuestra información es que Franco se dispone a hacer una depuración total de todos los que no han prestado su apoyo a lo que ellos consideran glorioso alzamiento nacional, y eso alcanza, también, a los políticos significados, entre los que se puede encontrar usted.

–¿Piensa usted, mi coronel, que yo soy un político significado? –se asombró Melchor–. Yo solo soy un sindicalista.

–Sí, pero también es un dirigente anarquista de la FAI, y por eso le pueden juzgar.

–¿Y fusilar?

El coronel se encogió de hombros. Y Melchor aclaró:

–Yo no tengo las manos manchadas de sangre.

–Perdone que le hable con sinceridad, Melchor, pero no sé si eso le servirá de mucho. Tenga usted en cuenta que Franco acaba de dictar una denominada Ley de Responsabilidades Políticas, por la que se condena a todos los que hayan apoyado a la República.

Y le ofreció, al igual que había hecho con otros dirigentes políticos, la posibilidad de salir de España para la cual tenían dispuestos navíos con pabellón extranjero, en el puerto de Valencia, para trasladarlos a Marsella.

–¿Y podré llevarme a mi familia? –preguntó.

–Por supuesto. Pero tiene que decidirse pronto, antes de mañana, no hay tiempo que perder.

Y decidió quedarse. Ponderó que en Madrid quedaba mucha gente que seguía confiando en él, entre otros los presos de las cárceles, que temían una represión a muerte de los perdedores que abandonaban la ciudad. Aquella misma tarde volvió al edificio de Bellas Artes y pudo hablar unos minutos con el coronel Casado, que estaba muy ocupado, para decirle:

–Muchas gracias por su ofrecimiento, mi coronel, pero me quedo.

–¿Y cómo eso Melchor?

La única respuesta que se le ocurrió fue decirle:

–Alguien tiene que quedarse ¿no le parece?

En el rostro demacrado de noches sin dormir, del militar, asomó una sonrisa y le dijo:

–Le admiro, Melchor, es usted un hombre de bien hasta el final. Espero que tenga suerte.

Se levantó de su asiento para darle un abrazo, y tuvo una última sugerencia:

–Puesto que se queda, puede hacer un último favor a la República: entregar la ciudad de Madrid con orden y concierto.

El último decreto que firmó el general Miaja, como presidente del Consejo Nacional de Defensa, fue el nombramiento de Melchor Rodríguez como alcalde en funciones de Madrid.

Le aclararon que lo de «en funciones» era para comprometerle menos, aunque le comprometió lo suficiente como para terminar en la cárcel, pendiendo sobre él una sentencia de muerte.

Siempre recordaría Melchor aquellos días como de los más singulares de su vida. Los previos a su entrega se hizo en la ciudad un silencio sobrecogedor: acostumbrados al continuo cañoneo de los rebeldes –que estaban a punto de dejar de

serlo— sorprendía el silencio que envolvía las calles por las que apenas circulaba gente, hasta que comenzaron a entrar las primeras tropas franquistas, que ofrecían un muestrario abigarrado de soldados uniformados de caqui, falangistas de camisa azul, requetés de boina roja, legionarios de camisas verdes, y moros con turbante y chilabas blancas, y todos dando gritos entusiasmados de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!, a los que se unió la población civil que mostraban su satisfacción por la terminación de la guerra, vitoreando al que consideraban artífice de esa paz.

Melchor se mantuvo en su despacho de la Alcaldía con traje y corbata, soñando que aquella entrega podía ir seguida de un abrazo de Vergara. Lo último que hizo fue lanzar un mensaje a través de Unión Radio, la única que funcionaba, pidiendo a los madrileños serenidad ante la adversidad de haber perdido la guerra.

Y a las 13 horas del día 28 de marzo entregó las llaves de la ciudad a quien había de sucederle en el cargo, Alberto Alcocer, que se mostró educado, y hasta le dio las gracias.

Fue el último acto de benevolencia que recibió de los vencedores, ya que a los pocos días estaba encerrado en la prisión que improvisaron en un edificio de la calle Duque de Sexto.

El arrebató de los nacionales por hacer justicia entre los culpables de haber convertido Madrid en un infierno resultó desmesurado y en el mes de mayo la ciudad estaba llena de cárceles y campos de concentración provisionales, en los que

se hacinaban miles de presos acusados de los más diversos delitos y el que más pesó sobre Melchor Rodríguez fue el de haber sido el alcalde de la ciudad en la que más crímenes habían cometido los rojos.

Al primer carcelero que le interrogó Melchor intentó aclararle que había sido alcalde en funciones, solo durante dos días, a los solos efectos de entregar la ciudad, y el carcelero le replicó:

–¿Le parece poco?

Se sucedieron los quince días más amargos de la vida de Melchor Rodríguez. Experimentado en su ya larga vida de recluso, era la primera vez que volvía a sentirse recluso, pero al margen de toda posibilidad de justicia.

Los que hacían de guardianes no eran profesionales, sino que se trataba de gente que parecía rezumar odio contra los detenidos. Uno de los que le tocó a Melchor le dijo que ahora iban a pagar lo que le habían hecho a su padre, al que habían fusilado los milicianos en la tapia de un cementerio. Vestía camisa azul, presumía de haber sido quintacolumnista en Madrid, llevaba un pistolón al cinto con el que amenazaba a los reclusos, y para hacer alarde de su autoridad uno de los días le gritó a Melchor:

–¡A ver tú, alcalde, te toca fregar los suelos!

–No pienso hacerlo –fue la respuesta de Melchor.

Y la del guardián fue cruzarle el rostro con un bofetón.

Y no siguió porque apareció otro guardián que le advirtió:

–Solo se maltrata a los presos cuando hay que obtener información de ellos, sino no.

Cuando llevaba una semana arrumbado en la prisión, sin apenas posibilidades de poder lavarse, que era lo que más le deprimía, se le presentó un joven, también con camisa azul –que se había puesto muy de moda entre los vencedores– que le trató con gran respeto, ya que había oído hablar de él a un hermano de su padre, al que había tenido refugiado en el palacio de Viana. Y Melchor no pudo por menos de quejarse amargamente:

–Lo que hice con tu tío, lo hice con miles de personas. ¿Dónde están? ¿Es que no viene nadie a avalarme?

El joven, que se llamaba Segismundo, le dio una explicación plausible. Muchos pensaban que se había escapado al extranjero, otros no sabían que estaba encerrado en aquella prisión y otros... sencillamente, tenían miedo. No estaba bien visto en la zona nacional mostrar simpatía hacia quienes habían convertido a España en un averno.

Segismundo se comprometió a dar información sobre su situación a personas que pudieran ayudarle. Y le hizo entrega, disimuladamente, de un paquete de comida explicándole que se lo había dado su hija Amapola, que venía todos los días con intención de visitarle, pero que no la dejaban pasar. A Melchor se le saltaron las lágrimas y le rogó a Segismundo que procurase tranquilizar a su hija, y que le dijera que se encontraba bien. Y le pidió que una de las personas a las que

podía informar de su situación era a Joaquín Álvarez Quintero, de cuya fidelidad y amistad no dudaba.

A los dos días apareció Joaquín Álvarez Quintero en compañía de un militar de alta graduación que fue quien consiguió que le asignaran en aquel mare magnum de cárcel, un pequeño cubículo que servía como celda individual. Joaquín se abrazó a él muy emocionado y le preguntó:

–¿Cómo se te ha ocurrido quedarte? Todos pensamos que te habías ido.

–¿Tú crees que tenía motivos para marcharme? –le respondió dolorido Melchor.

–Tenías motivo para quedarte y que te hicieran un monumento, pero...

Y se quedó en ese pero, prometiéndole que desde ese momento comenzaba a hacer gestiones para que se le hiciera justicia.

–De momento –le dijo Melchor– me conformo con que dejen visitarme a mi hija Amapola.

Al día siguiente apareció Amapola a la que procuró tranquilizar –la niña de dieciocho años no dejaba de llorar–, diciéndole que en cuestión de días saldría del presidio.

Y la siguiente visita fue la que más le sorprendió. Se trataba de las seis monjas, recomendadas de Pasionaria, a las que tuvo refugiadas en el palacio de Viana durante cuatro meses. Al

principio no las reconoció y casi le parecieron ángeles, con sus hábitos y tocas blancas, y sonrientes, muy distintas de aquellas jóvenes atemorizadas, con el pelo mal cortado y regularmente vestidas a las que dio cobijo en el palacete. Dieron muestras de gran alegría de verle vivo, y le cogían de las manos una y otra vez para besárselas, y una de ellas le dijo que tenía un tío carabinero, que seguro que le podría ayudar. A Melchor esta salida le dio la risa, y le dijo que se temía que un carabinero no sería suficiente para sacarle del apuro en el que estaba metido.

Le habían traído un «paquetito» de dulces que hacían en el convento, y pensaban traerle más. También le dijeron que toda la comunidad rezaba por él. Y la mayor de todas le explicó:

–Claro que también rezamos por Pasionaria.

–Puestos a rezar –bromeó Melchor– no creo que Pasionaria lo necesite mucho porque a estas horas ya debe estar a salvo en Francia, o vete a saber si en Rusia, o sea que mejor que sigan rezando solo por mí.

Entonces esa monja mayor le dio una explicación que Melchor no acabó de entender: por Pasionaria rezaban por su alma, y lo precisaba más que Melchor, que era una buena persona, con un alma limpia, mientras que Pasionaria con ellas se había portado muy bien, pero se temían que no tuviera el alma tan limpia.

–Por mí –les dijo Melchor festivo– pueden rezar por quien quieran, pero no dejen de traerme los dulces porque aquí no se come demasiado bien y yo soy muy goloso.

Cumplieron las monjas y siguieron visitándole, por turnos, generalmente por parejas, durante el tiempo que pasó en prisión, llevándole siempre el paquete de dulces.

Por fin, en diciembre de 1939 fue trasladado a la cárcel de Porlier, bien conocida por él, en la que recibió un trato más considerado porque su director era un funcionario de prisiones, que conocía la trayectoria humanista de Melchor. Además eran muchas las personas que se interesaban por él, y se sabía que se estaba recogiendo un pliego de firmas encabezado por Joaquín Álvarez Quintero, y en el que aparecían personalidades importantes, como el locutor Bobby Deglané, militares ilustres como los generales Muñoz Grandes y Carrasco Verde, y hombres de la opinión pública como Javier Martín Artajo, que intercedían por su libertad.

Salas Larrazábal, general del ejército nacional, y primera autoridad histórica sobre la guerra civil española, informó al autor de este libro que fue Franco, personalmente, quién redactó la plantilla de la sentencia a la que debían de ajustarse los Consejos de Guerra, según la cual se preveía la pena de muerte para los militares y personalidades políticas que se hubieran adherido a la rebelión. Como los que se habían adherido eran miles, durante los primeros meses de la paz franquista los Consejos de Guerra se sucedían sin parar, varios al día en cada tribunal, porque era deseo del Generalísimo una justicia rápida y expeditiva y, sobre todo, ejemplar. Por ese motivo se dictaron miles de sentencias de muerte y, sin duda, era la que le correspondía a Melchor Rodríguez, anarquista, que había ocupado cargos relevantes en un gobierno en el que todos merecían la pena de muerte.

Su juicio comenzó a primeros de febrero de 1941 y el ministerio fiscal, conforme estaba previsto, pidió para él la pena de muerte. El tribunal había recibido el pliego con más de dos mil firmas pidiendo su libertad, y entre ellas destacaba la del general Muñoz Grandes que explicaba que gracias a Melchor Rodríguez había logrado salvar la vida. Preso en la cárcel Modelo, el denominado Ángel Rojo evitó que lo ejecutaran en una de las sacas indiscriminadas de los primeros días de noviembre, y consiguió que fuera juzgado por el Tribunal Supremo que le condenó a nueve años de prisión por abandono del deber, pena de la que fue indultado gracias a las gestiones que Melchor Rodríguez hizo con el presidente del Consejo de Defensa Nacional, general Miaja, lo que le permitió trasladarse a Valencia y de allí pasarse a la zona nacional, para poder servir como general de división a las gloriosas órdenes del Generalísimo Franco, Caudillo de España.

Muñoz Grandes había sido compañero de promoción en la Academia de Infantería de Toledo, de Francisco Franco, y era de los pocos generales que le trataba de tú, y le visitó para decirle que no podía mandar ejecutar a quién a él le había salvado la vida, a lo que Franco le replicó que por una cosa buena que hubiera hecho no podía ser dispensado de la pena que, en justicia, le correspondía a un revolucionario tan significado.

Pero el caudillo acabó condescendiendo con su compañero de armas, e hizo llegar una indicación al tribunal que fue suficiente para que no fuera condenado a muerte.

Los Consejos de Guerra de aquellos meses apenas duraban

una hora, ya que sus componentes se limitaban a rellenar la plantilla de la sentencia, y el de Melchor Rodríguez duró un día entero pues eran muchos los testigos que querían deponer a su favor, aunque el ministerio fiscal se opuso a que la mayoría de ellos lo hicieran.

Consiguió testificar Javier Martín Artajo, que había sido diputado de la Ceda, y que al término de la guerra se convirtió en el editor del diario YA, el de mayor difusión de la capital, y el tribunal no se atrevió a impedir que lo hiciera.

Declaró que Melchor Rodríguez, no solo le había salvado la vida, sino que para ello se había jugado la suya, ya que se encontraba en la cárcel de Porlier, cuando en el fatídico mes de noviembre de 1936 vinieron unos supuestos policías de la Dirección General de Seguridad para llevárselo, a lo que Melchor, recién nombrado director de prisiones, les dijo que ese preso no salía de allí sin ser juzgado. Los policías sacaron sus pistolas con las que apuntaron a Melchor diciéndole que se lo llevaban por las buenas, o por las malas, a lo que Melchor, arqueando el pecho, les espetó: «Disparad si os atrevéis». Y no se atrevieron y gracias a ello él seguía vivo.

Cada vez que se producía un testimonio de este calado, el ministerio fiscal procuraba replicar con acusaciones siempre referidas a las maldades cometidas por los anarquistas, de los que Melchor Rodríguez era significado dirigente y prueba de ello era que había terminado como alcalde de la capital.

Cada vez que Melchor intentaba hablar para explicar la verdad de lo sucedido, el presidente del Consejo le advertía

que todavía no era su turno, y cuando llegó éste, al final del juicio, solo pudo hablar cinco minutos durante los que, según su abogado, un joven teniente de veintidós años, no estuvo muy acertado, pues los destinó a defender los principios liberales de la revolución, más que las torpes acusaciones que pesaban sobre él.

El día 5 de febrero de 1941 fue requerido por el director de la cárcel, quien le comunicó una buena noticia: la sentencia del Consejo de Guerra sustituía la pena de muerte solicitada por el fiscal, por la de prisión a veinte años y un día.

Melchor se limitó a comentar:

–No sé qué es peor –y a continuación le preguntó–: ¿Y podré cumplir la condena aquí, en Madrid, donde me pueda visitar mi familia?

–Lo siento Melchor, pero las penas de larga duración, por regla general, se cumplen en el penal de El Puerto de Santa María.

–Entonces hubiera preferido la muerte –concluyó Melchor que ya había padecido las condiciones de aquel penal.

EPÍLOGO

Cuando Melchor ingresó en el penal de El Puerto de Santa María acababa de cumplir los cuarenta y dos años y todavía le quedaba una larga vida por delante, en la que pasó buenos ratos, por lo que se alegró de no haber muerto.

Las condiciones de aquel penal, en los años cuarenta del siglo pasado eran pésimas, por el hacinamiento y la falta de higiene. Entre los reclusos se encontraban los que habían sido condenados a muerte, de la región de Andalucía, y raro era el día que no sacaban a uno, o más, para fusilar. Las ejecuciones las llevaban a cabo en el mismo patio del penal, y el oír los disparos, cada madrugada, era lo que peor llevaba Melchor. Sobre todo cuando los ejecutados pertenecían a la CNT, o alguna de las organizaciones afines.

En tan penosas circunstancias no le gustaba que le hicieran visitas, sobre todo su mujer y su hija, pero Amapola le visitó en un par de ocasiones, y Melchor procuró asearse y dar la mejor imagen posible.

La visita que más agradeció fue la de Javier Martín Artajo ya que le animó a escribir y le dijo que si escribía algo interesante se lo publicaría en el diario YA. Escribió coplillas en las que, disimuladamente, contaba anécdotas carcelarias y Martín

Artajo, bajo seudónimo, se las publicó en el periódico. En otra visita le propuso el que escribiera sus memorias y, efectivamente, se puso a ello, pero pasado más de un año desistió, ya que consideró que mientras viviera Franco, era impensable que se pudiera publicar lo que él podía contar de una guerra que tan mal había terminado para sus ideales, por culpa de los vencedores.

El capellán de la prisión, un fraile agustino, le animaba a participar en sus catequesis pues esa asistencia comportaba reducción de la pena. Melchor se llevaba bien con él, le escuchaba con gusto, y a su instancia escribió un soneto que tituló «A Cristo Redentor» en el que no quedaba muy claro si Jesucristo había conseguido con su muerte la redención de la humanidad. Con lo mal que lo estaba pasando, Melchor se mostraba pesimista en ese aspecto y a Jesús lo nombraba como «el divino rebelde», es decir, como alguien que no estaba alineado con el poder establecido.

Cuando llevaba cuatro años en prisión se produjo un acontecimiento, que había de cambiarle la vida: en 1945 Muñoz Grandes fue nombrado Capitán General de la I Región Militar, y una de sus primeras medidas fue poner en libertad a Melchor Rodríguez, valiéndose de una argucia jurídico-militar de dar por cumplida parte de la condena, lo que le permitía indultar el resto.

Al salir de presidio fue a visitar al general para darle las gracias y Muñoz Grandes, le dijo que todavía no estaban en paz, puesto que Melchor le había salvado la vida, y él solo le había salvado de la cárcel. Y para compensar la deuda se

brindó a buscarle trabajo, que seguro que lo precisaría, y le ofreció un puesto en los sindicatos del régimen.

–Mi general –se sinceró Melchor– le estoy profundamente agradecido a lo que ha hecho por mí, pero yo sigo siendo anarquista y lo seré hasta que me muera. No podría servir en un régimen con el que no estoy de acuerdo, sobre todo viendo la feroz represión con la que trata a los vencidos.

Muñoz Grandes, que tampoco estaba de acuerdo con la política represiva impuesta por el Caudillo, se limitó a decirle que si cambiaba de opinión siempre estaría a su disposición.

Se sucedieron años felices, siempre relativamente para un anarquista que al no renegar de sus convicciones volvería a pisar la cárcel en más de una ocasión, pero tuvo compensaciones: su hija Amapola estaba bien casada y le dio tres nietos, el último un niño que llevaba su nombre, Melchor. Se había llevado a vivir con ella a su madre, Francisquita, a la que le había llegado la vejez antes que a su marido.

Obtuvo grandes satisfacciones con la poesía, ya que escribió poemas populares, algunos sobre temas taurinos, que se los publicaba Martín Artajo, en la revista «Dígame», o en el YA. Y el gran logro fue que consiguió que le estrenaran canciones que compuso para los maestros Padilla y Quiroga, a los que había sido recomendado por Joaquín Álvarez Quintero.

Y la vida se la ganaba como agente de seguros de la compañía aseguradora Adriática, actividad con la que podía haberse hecho rico si hubiera presionado a hacerse un seguro a tantos cientos o miles de personas a las que salvó la vida, y

cuando algún directivo de la aseguradora se lo proponía, les contestaba: «Es que no tengo mucho interés en ser rico». A pesar de todo se ganó bien la vida porque más de uno se brindaba a hacerse el seguro, sin necesidad de que él se lo propusiera.

En febrero de 1972, estando en su domicilio de la calle de la Libertad sufrió un grave coma que obligó a su traslado al Hospital de la Beneficencia, situado en la calle Diego de León, en el que falleció rodeado de toda su familia, y con la compañía de su amigo Javier Martín Artajo su velador hasta el último momento. Conservó la cabeza hasta el final y Martín Artajo, le pidió un favor:

–¿Te importaría besar un crucifijo? Me quedaría más tranquilo.

–Pues si te quedas más tranquilo... –musitó Melchor.

Y lo besó.

Falleció el 14 de febrero de 1972, con una gran sensación de paz ya que pasó de la lucidez a la agonía, con una sonrisa en los labios. Según sus deudos el último nombre que salió de sus labios fue el de Francisquita, como si en el momento de su marcha definitiva le viniera a la mente la bailaora que lo enamoró de joven.

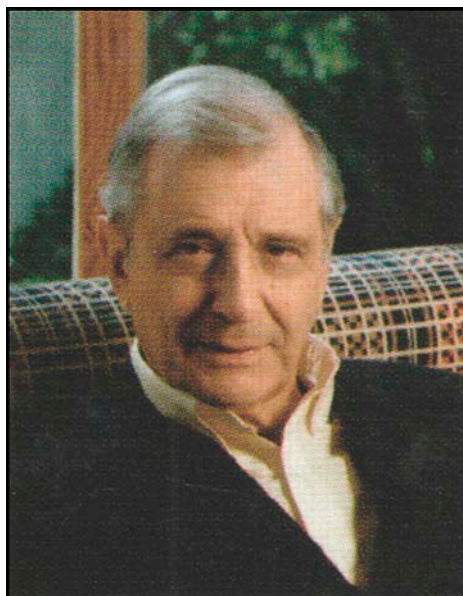
Fue enterrado en la Sacramental de San Justo lo que produjo cierta extrañeza en los camaradas anarquistas que asistieron al sepelio: ¿cómo es que se enterraba en sagrado a quien se había declarado, por lo menos, agnóstico? Y el capellán del

cementerio les dio una explicación plausible: ignoraba las creencias religiosas del difunto, pero la realidad era que Melchor Rodríguez, en persona, había venido a comprar el nicho, meses antes, lo que significaba que en él quería ser enterrado.

Al sepelio asistieron cientos de personas de ambos bandos, rojos y nacionales, y junto a la familia lo presidía el general Manuel Carrasco Verde, que había ocupado cargos políticos de relieve en el gobierno de Franco, y que nunca olvidó que Melchor le había salvado la vida.

Uno de los asistentes, destacado dirigente de la CNT, manifestó su deseo de que fuera enterrado envuelto en la bandera anarquista roja y negra, y le pidió permiso para hacerlo a la familia, que no dijo ni que sí ni que no, y obligó a intervenir al general Carrasco Verde, quien manifestó que le parecía de justicia que fuera enterrado con los colores a los que con tanta fidelidad y dignidad defendió toda su vida. El capellán rezó un responso muy sentido, que fue escuchado con respetuoso silencio por los anarquistas, que cerraron el acto cantando el himno revolucionario «A las barricadas», que fue escuchado con igual respeto por los que no eran anarquistas.

Descanse en paz quien con toda justicia fue considerado El ángel rojo.



JOSÉ LUIS OLAIZOLA (San Sebastián, 1927) ejerció la abogacía durante quince años. Su extensa carrera literaria ha sido reconocida con numerosos galardones, entre ellos el Premio de Ateneo de Sevilla 1976 por su novela *Plañido* o el Premio Planeta por *La guerra del general Escobar*, considerada por Álvaro Mutis y Javier Cercas como la mejor novela sobre la guerra civil española. En 1982 obtuvo el Premio Barco de Vapor por su novela *Cucho*, traducida al francés ganó el Grand Prix de l'Académie des Lecteurs de París; en 1992 fue reconocido con el Prix Littéraire de Burdeos, por su novela *El cazador urbano*, y en 1993 por el Premio de Prensa L'Oréal.

La niña del arrozal, obtuvo el Premio Literario Troa, de "Libro con valores". Lleva publicados más de setenta libros de los más diversos géneros, de los que ha vendido más dos millones de ejemplares. Es fundador y presidente de la ONG Somos Uno,

que lucha contra el drama de la prostitución infantil en Tailandia. En LibrosLibres ha publicado con gran éxito la novela *A la conquista de los apaches*, que cuenta la epopeya de Álar Nuñez Cabeza de Vaca en el descubrimiento del sur americano